

MATEO GARCÍA ELIZONDO

---

*Una cita  
con la Lady*



**ANAGRAMA**  
Narrativas hispánicas

# **UNA CITA CON LA LADY**

**MATEO GARCÍA ELIZONDO**



**ANAGRAMA**

Narrativas hispánicas

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© imagen de cubierta, Tomas Harker

© Mateo García Elizondo, 2019

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2019  
Pedró de la Creu, 58  
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4103-9

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

[anagrama@anagrama-ed.es](mailto:anagrama@anagrama-ed.es)  
[www.anagrama-ed.es](http://www.anagrama-ed.es)

*Para Cuau*

# 1

Vine al Zapotal para morirme de una buena vez. En cuanto puse el pie en el pueblo me deshice de lo que traía en los bolsillos, de las llaves de la casa que dejé abandonada en la ciudad, y de todo el plástico, todo lo que tenía mi nombre o la fotografía de mi rostro. No me quedan más que tres mil pesos, veinte gramos de goma de opio y un cuarto de onza de heroína, y con eso me tiene que alcanzar para matarme. Porque si no, luego no tendré ni para pagar la habitación, ni para comprar más *lady*. No me va a alcanzar ni para una triste cajetilla de cigarros, y me voy a morir de frío y de hambre allá afuera, en vez de hacerle el amor a la Flaca lento y suave, como tengo planeado. Creo que con lo que tengo hay de sobra, pero ya van varias que no le atino y siempre me vuelvo a despertar. Algo debo tener pendiente.

Ya tenía tiempo queriendo hacer este viaje. Era mi última voluntad en esta vida que ya carece de todo deseo. Llevo tiempo soltando lo que me ataba a esta existencia; mi mujer se murió, mi perro también. Rompí puentes con familia y amigos, vendí la tele, los trastes, los muebles. Fue como una carrera conmigo mismo para ver si lograba conseguir suficiente chiva y tener una lana para irme antes de quedarme inmóvil por completo. Quería perderlo todo, era algo que tenía que hacer. Allá adonde voy ya no necesito ni el cuerpo, pero el saco de huesos me vino siguiendo todo el camino y no tuve de otra más que traerlo cargando conmigo.

Aparte de eso solo traje la lata con el kit. Ahí vienen mi pipa, mi cuchara, mis jeringas; todo el material. Ahí guardo la feria, también. En la estación de autobús me compré este cuaderno, porque sé que no tendré mucho que hacer para entretenerme en lo que me muero, y no quiero volverme loco. Creo que necesito dejarlo en claro. No para nadie más, sino para mí, para entender lo que me sucede desde hace algún tiempo. Necesito decir lo que se siente morir, porque la gente nunca está para contarlo, pero yo sí. Sigo aquí, y ya estoy muy cerca. Sé cómo es vivir en el limbo, estarse cayendo del otro lado. Soy como un muerto viviente, así me mira la gente desde hace tiempo. No se lo puedo contar a nadie en voz alta, porque lo que tengo que decir ya no lo pueden oír los vivos. Espero que nadie lea esto, para evitar malentendidos, que ni siquiera lo encuentren, que lo quemen o lo tiren a la basura o a la fosa junto con lo que sea que quede de mí.

Vine hasta acá porque cuando me muera no quiero que me vuelvan a despertar. No quiero que me encuentren y me anden levantando de mi catre, ni que me vistan ni me maquillen. No quiero toda la faramalla de los ritos, y los llantos, y las palabras bonitas. Quiero que digan que abandoné todo, como un santo, que dejé atrás las ataduras terrenales y las preocupaciones de la carne y me fui solo allá al cerro a enfrentarme con la muerte, que piensen en mí y que digan que «qué valiente» y que «no cualquiera». La gente piensa que este tipo de cosas se hacen por cobardía, pero no. Esto es lo que sucede cuando uno entiende que a esto venimos: ya cualquier otra cosa

carece de sentido excepto esto. Esto sí tiene sentido. Eso creo. Eso es lo que quiero desentrañar, nada más.

Nunca había oído hablar del Zapotal y no sé por qué vine a dar aquí. Yo lo que quería era llegar al final de la línea, donde ya no se pudiera ir más lejos en esta tierra, pero nunca me imaginé que sería este lugar. Aquí se acaba el mundo de los hombres, y luego solo hay selva y monte; dicen que más allá del pueblo la gente se pierde en la manigua y se vuelve loca, que se aparecen monstruos y da una fiebre que lo hace a uno sangrar por los poros. Todo el día se oye el ruido de las chicharras que se mezcla con el estruendo de las sierras eléctricas con que los hombres del pueblo van talando el bosque en una lucha por ganarle a la naturaleza e invadir su territorio. Cada árbol es una victoria que deja descampados estériles envueltos en una niebla calurosa y pestilente, yermos desolados que ya no sirven para nada y quedan abandonados de toda forma de vida. Mientras tanto las malas hierbas crecen más rápido de lo que las pueden cortar, e invaden el pueblo, devorando calles y casas en su camino. Los hombres batallan contra esta maleza bajo el calor sofocante, y en las noches, para distraerse y olvidar, se emborrachan y pelean hasta desplomarse.

Tengo entendido que el pueblo se fundó como una explotación maderera, porque es lo único que hay aquí, lo único que le podría interesar a la gente en este lugar. Para animar el asentamiento, el gobierno hizo venir prostitutas de todo el estado, y el poblado que formaron los leñadores y las prostitutas se volvió el Zapotal. Aparte de las casas de la gente, en su mayoría humildes, hay algunas granjas, un par de aserraderos, una capilla, dos haciendas abandonadas, una miscelánea y una cantina. El camino de tierra que trae hasta acá solo existe para permitir el tránsito de camiones cargados de árboles recién talados que son, junto con el ocasional autobús de pasajeros como el que me trajo, los únicos medios de transporte que se adentran en estos páramos, con el abastecimiento suficiente de cerveza, cigarrillos y Coca-Cola para darle una ilusión de civilización al pueblo.

Cerca de la parada de autobús encontré una casa de huéspedes, o en todo el pueblo es lo que más se le parece. El don me deja quedarme en un cuarto en el segundo piso de una construcción de concreto con techo de lámina que aún no está terminada. Tiene vista a la calle de un lado, y del otro al patio trasero y a la cisterna del señor. Me lo deja en cien pesos la noche, aunque es una pocilga. Solo hay un catre, una mesa y una cómoda, y al fondo una letrina con un lavabo y un retrete sin asiento. Las paredes de cemento ya están resquebrajadas, y a través de las cortinas de flores se filtra una luz rojiza en las tardes. Es perfecto para morir.

Me preguntó el don qué venía yo a hacer al pueblo, y como sé que la gente no entiende, le dije que venía de vacaciones. Me dijo que no fumara en el cuarto, que la gente que viene de vacaciones como yo siempre quema los colchones, que ha tenido varios incendios ya. Le dije que no se preocupara y le di seiscientos pesos para tener algunos días de paz. Luego me tiré en la cama a fumar opio. Acababa de llegar y ya no había prisa de nada.

Recuerdo que me dio sueño, y sentí una pelota de algodón en la boca que se amoldaba a mis dientes. Poco a poco se me dormían las fosas nasales, las órbitas de los ojos y los lóbulos de las orejas; me envolvía una sensación de placer que me recorría entero, desde la punta del pelo hasta los dedos de los pies.

Así es como empieza.

## 2

Al fumar goma se despeja esa niebla que trae uno en la cabeza; los pensamientos se ven con la misma presencia y materialidad que los objetos físicos, y parece que los pudieras tocar. Dicen que el opio da sueño; pero yo nunca me siento tan despierto como en estos momentos. Bajo el manto suave de su humo, las visiones escondidas en los sótanos de la mente, imposibles de capturar en vela, se desenvuelven en permutaciones armónicas, aparecen y se conjugan con la claridad de un panorama límpido. Hasta se siente uno bien, siente que tiene una inteligencia y refinamiento, que tiene fuerza en los miembros, y que si alguien tocara a la puerta los recibiría con té y galletas. Yo cuando fumo goma me siento como si estuviera recostado en un cuarto lleno de obras de arte, mesas de mármol y asientos de terciopelo, como si estuviera en un castillo, en la mansión de algún millonario. Siento que ese millonario soy yo, y que este reino exuberante y voluptuoso es mío, todo mío.

Te vas quedando dormido y los sueños se vuelven como un bajo, una música de fondo que al cabo de un rato ya no se oye, aunque sigue ahí. Yo lo primero que veo cuando me agarra la dormilona son parvadas de pájaros que vuelan en el cielo, al unísono, sin tocarse unos a otros, como un manto que ondula y palpita en el viento. Sé que es un recuerdo lejano, algo que vi cuando era un niño, desde un coche, mientras mi padre manejaba por una carretera, cruzando una planicie infinita de pastos dorados, monótonos. No logro ponerle otro contexto; no sé adónde íbamos ni de dónde veníamos, pero desde la ventana del asiento trasero yo observaba esa presencia gigante y ominosa con una mezcla de espanto y fascinación.

Siempre tengo la impresión de ver en esa entidad única y viva, que se contrae y se expande en el cielo, una presencia, a veces más humana, otras quizás más animal, como si ese fuera el velo a través del cual se asoma un rostro que me observa, me cuida. Me saluda por un momento antes de volver a desaparecer. Es una presencia conocida, pero me es difícil reconocerla, y cuando la claridad es tal que pienso que podría hacerlo, entonces la nube de aves se contrae de nuevo. Se esconde una vez más, y si la espero no regresa. Solo vuelve cuando la olvido, y la dejo tomarme por sorpresa una vez más.

Esa visión me arrulla, me tranquiliza. Lucho contra el sueño abrumador que se apodera de mí en cuanto esa imagen surge en mi mente. Me mantengo en vela solo para seguir observándola, y si no logro dormirme, me la imagino y nunca tardo en caer profundo, como un cadáver. En ese movimiento aleatorio veo panoramas que adquieren nitidez antes de volver a esfumarse, e intento encontrar un hilo que me lleve a través de sus pasadizos y sus compuertas, de sus callejones oscuros, a recintos conectados por bóvedas y escaleras. Voy por entre sus vértices y sus aristas, a través de los subsuelos y los espacios detrás de las paredes, perdiéndome en la textura de cada

visión hasta que, como en todos los sueños, olvido que estoy soñando, y me dejo llevar por esas tramas improbables que llevan a lo más recóndito de ese mundo, a la vez íntimo y extranjero a mí.

Yo caminaba por un jardín frondoso lleno de estatuas de mármol como dioses griegos, pero huesudas, llenas de llagas y moretones, y al verlas de cerca me di cuenta de que los conocía. Eran mis amigos del picadero. A algunos no los había visto desde hacía mucho tiempo. Entre ellos estaba el Mike, y él, pues, él había muerto hacía mucho, aunque al final quizás no había muerto del todo. Vi que estaba el Mike muy quieto pero se le movían los labios, y me decía:

—¿Ya tan rápido con nosotros, flaco? Sáquese de una vez, que aquí no se puede estar...

Yo entendía por sus palabras que todos ellos habían venido a dar aquí, que el Zapotal era un gran picadero de chiva, y que en vez de lograr escaparme solo había vuelto al punto de origen. Mike me decía que volviera a la ciudad, que aquí era un club muy selecto, y era raro porque él nunca fue así, siempre te recibía y te invitaba cuando tenía, y yo nomás le decía:

—Pinche Miguel, ¿qué te traes?, ¿de cuándo acá te volviste tan mamón, eh? ¿Andas con el mono o qué?

Entre sueños sentía que un perro me lamía la mano, como tratando de despertarme, y yo abría los ojos y miraba alrededor de la habitación. Había una señora muy vieja y muy flaca que iba y venía por el cuarto. Se comportaba como mi madre, aunque no podía serlo, porque mi madre murió al darme a luz. Quizás ella también había venido a dar aquí. Se veía preocupada, y por un rato pensé que ella también quería que me fuera, que volviera a la ciudad. Luego entendí que estaba inquieta por el desorden. Yo le decía: «¿Cuál desorden, señora, si aquí no hay nada?», y ella apuntaba como asustada o preocupada a todas las chácharas de colores que aparecían regadas por el cuarto, vasijas y floreros de vidrio tintado y estatuas de animales exóticos que yo imaginaba que había traído Mike en alguna maleta secreta, que de alguna casa se los habría robado y los quería arrumbar aquí. Eran objetos muy frágiles y preciosos, quizás invaluable, y así como trataba de acomodarlos se iban rompiendo uno por uno. Que por qué no había cocina en el cuarto, me decía la mujer, que qué iba yo a comer. Me obligó a prometerle que me compraría un hornillo eléctrico para poderme preparar aunque fuera un café.

Yo nomás intentaba ignorar al Mike y a la señora para que se fueran, me parecía desastroso haberme ido de la ciudad hacía menos de dos días y que ya hubieran dado conmigo. Parecía que ambos solo venían a dar lata, a hacer ruido y mover cosas para ponerme inquieto, para no dejarme descansar. Me ponía nervioso sentirlos yendo y viniendo como enanos de circo, esculcando las gavetas y los rincones recónditos del cuarto. Temía que me robaran el kit, que todo mi plan se viniera abajo. Mike quitó aquel tabique flojo en la pared que daba a los túneles subterráneos, y recuerdo pensar que eso era algo bueno, que sería un buen lugar para refugiarme si me sentía solo o cansado, si todo llegaba a ser demasiado abrumador.

No sé qué pasó con el Mike, quizás dijo que me esperaría allá, en el subsuelo. Recuerdo que la señora se sentó en la cama junto a mí y me acarició la cabeza durante un largo rato. Yo sentía sus manos flacas y huesudas y me preguntaba si era la Triste que había venido por mí, si con su arrullo me haría caer en un sueño del cual ya no despertaría nunca jamás.



### 3

Al abrir los ojos esa mañana supe que seguía vivo, que todo había sido un sueño de esos que tienes cuando fumas goma, que me la habían vuelto a aplicar. Así que hice una cita con la *lady*. Nunca fui muy de desayunos, y no iba a empezar ahora, pero cocinando el arpón me di cuenta de que me había acabado el encendedor, y como no podía ni prenderme un cigarro tuve que salir a la tienda por otro.

Las calles del pueblo estaban desiertas. Había más perros que gente y algunos me ladraron durante una parte del camino, hasta que vieron que yo era uno de ellos, huesudo y sin hogar, y entonces me siguieron tranquilos. Quizás esperaban que cayera muerto y fuera su plato del día. Aun así, yo sentía bondad en su presencia, como si supieran que había que acompañarme y guiarme por las calles del pueblo.

Los pocos campesinos y los borrachos, las mujeres con rebozos que me llegué a cruzar, todos me miraron de reojo y siguieron su camino, como si yo no estuviera ahí, como si no quisieran saber que ahí estaba. Un grupo de adolescentes, serían cuatro o cinco, pálidos y vestidos con harapos, me observaron desde la maleza una parte del camino, cuchicheando entre ellos. Yo me detenía por momentos, e intentaba discernir dónde se escondían, pero no lograba dar con ellos. Al retomar la marcha los volvía a oír, los veía de reojo siguiéndome por entre la hiedra y los árboles. Llegaron incluso a aventarme una piedra que rebotó sobre mi hombro, antes de escabullirse por entre las tablas rotas de una casa que parecía totalmente abandonada. Algunos metros más adelante, otro grupo de niños que jugaban sobre el piso de tierra gritaron y se dispersaron al verme venir. Dejaron ahí regadas todas sus corcholatas. Todavía no sé si lo hicieron para burlarse o porque realmente les di miedo; ambas me parecen opciones viables.

En este pueblo azota muy fuerte el sol, y con el calor y el sudor se me seca la boca y todo el cuerpo me da comezón, más que de costumbre. Nunca me pican los moscos, yo creo que les da asco mi sangre, pero aun así la experiencia de mi cuerpo es la de una rasquiña constante que me pide a gritos que me arranque la piel. No puedo esperar a salirme de él.

Desde las calles se disciernen a lo lejos las paredes rosas y cuarteadas de unas enormes haciendas en ruinas devoradas por la maleza. Parecen de otra época, vestigios de un asentamiento previo al Zapotal. Podrían ser alcaldías o monumentos históricos, si no hubieran sido condenadas al abandono y el pueblo no se hubiera intencionalmente aislado de ellas. No me cabe duda de que algo tiene que haber sucedido ahí en algún pasado distante para que hayan dejado esas fincas a la merced de la selva, y todavía se siente. Todavía emana una sensación lúgubre y ominosa de esos lugares que parecen suspendidos en el tiempo, simultáneamente ausentes y presentes, como yo. Siento que serían un buen lugar para mí, que allá es donde tendría que estar, que podría ir y

encontrarme algún asiento para recostarme entre el cascajo e instalar ahí mi reino. Quisiera ir a verlas de cerca, pero el acceso parece totalmente cerrado por los matorrales.

En la tienda quise comprar una vela, pero solo tenían veladoras. No dejaba de lanzarme miradas la vieja, con esa mezcla de sospecha y asco a la cual ya estoy acostumbrado. No me sorprende ni me molesta, de hecho me divierte provocarles asco a los demás, un estremecimiento de horror, como un insecto. Me porté bien porque, si me empezaban a rehusar la venta en la única miscelánea del pueblo, la aventura se iba a acabar más rápido de lo previsto. Luego, del dinero nadie desconfía. Eso sí es algo palpable, algo que pertenece a este mundo.

Compré una veladora con la imagen de San Judas, el encendedor, cigarros y agua. Eso y un bote de yogur natural. Quizás no dure mucho el bote en este clima y sin refrigerador, pero el hecho es que mi intestino ya no es lo que era antes. En mis años de experiencia con esto he encontrado muy pocas cosas que siempre puedo digerir, y una de ellas es el yogur. Hay gente que puede digerir todo menos eso, pero a mí a veces es lo único que me pasa por la tripa. Me lo bebo directo del bote y me retaco la panza, no por hambre sino porque sé que si no lo hago luego no voy a tener fuerzas ni para levantarme del colchón y cocinarme otro *fix*.

Saliendo de la tienda se me acercó un hombre muy fornido, muy macho, de sombrero y bigote y botas, y todo el atuendo. Alrededor del cuello traía un collar muy llamativo, del cual colgaban una cruz muy ornada e imágenes de la Virgen, la Trinidad, y de múltiples santos. Se me plantó enfrente, me recorrió con la mirada y tuvo un momento de vacilación nauseabunda, tras el cual se presentó.

—Buenas —me dice—, Rutilo Villegas, humilde servidor.

Sin extender la mano me preguntó todo amigable que cómo me iba, que si venía yo de fuera. Típico tira de pueblo, de esos que ni policías son —porque ni para policías les alcanza—, nomás es algún evangelista que escoge a la gente para estar cuidando, y luego creen que eso les da derecho para meterse en los asuntos de los demás nomás así porque sí. Con este había que ser delicado, no fuera que luego quisiera ir a husmear al cuarto.

—Buenas, jefe. Sí, vengo de fuera, y ya voy de salida —le digo todo sonriente mientras me alejo de él. El tipo me sigue el paso a una distancia prudente.

—N'ombre —me dice—, si aquí hemos visto bastantes decadentes como usted que solo vienen a importunar. Ni crea que nos vamos a quedar nomás viendo mientras va usted por ahí violentando a las jovencitas y robando a la gente honesta.

Me pareció inútil explicarle que los placeres de la carne ya no eran lo mío, que las jovencitas de su pueblo se me antojaban más o menos igual que un chuletón de *rib eye*, que por más sabroso y jugoso que fuese me revuelve el estómago ante la simple idea del trabajo que me costaría masticarlo y digerirlo.

—No se alebreste —le digo—, estoy de tránsito, nomás.

Me miró como si no creyera una palabra de lo que le decía.

—Si usted supiera, joven —me dice—, aquí la gente nunca viene nomás de paso. Siempre se acaban quedando. Y ya somos demasiados aquí.

Miré alrededor. La desolación era tal que le faltaba poco a este lugar para ser un pueblo fantasma.

—En lo que se queja alguien de mí ya me habré ido, patrón. Ya verá que yo no soy como la demás gente.

Así le dije, muy confiado, y para que no creyera que venía a robar, le di una palmada en la espalda, le dije que le invitaba una chela y le di cien pesos. Al fin que es cierto que ya no me queda mucho tiempo aquí, y sería una pena no acabarme la feria.

Nomás se quedó ahí parado, viéndome. La gente lo mira a uno como a un extraterrestre viscoso con un olor extraño, con una mezcla de pavor y resentimiento, como si por tu sola presencia te hubieras cagado en su sala de estar, con una hostilidad que congela la sangre porque, al fin y al cabo, esta gente ni siquiera me conoce, ni siquiera sabe quién soy. Es como ser un extranjero, pero no de otro pueblo ni de otra región, sino de la raza humana entera. Y sí, lo soy. Yo no soy de esta tierra, solo estoy de paso. A la gente le toma tiempo entenderlo. Cuando por fin lo hacen, cuando entienden que estás en otro canal, no saben bien si compadecerte o mentarte la madre. Nomás no les cabe en la cabeza.

Este como que se alivió y se apiadó de mí; me dijo que fuera a hablar con el cura, que fuera a ver a los alcohólicos. Le dije que no veía para qué, que yo no me confesaba y que alcohólicos había regados por todo el pueblo.

—No sea sarcástico —me dice—, eso es lo que le está haciendo daño...

Luego se aventó una tirada evangélica, en la cual me advertía que tenía que aceptar la luz de Dios, que tenía que retomar las riendas de mi destino.

—Aunque no sea fácil —me decía—. Son vías impenetrables, pero usted tiene que entrar en conciencia, poner a prueba su fuerza de voluntad para tomar el buen camino. Escúcheme lo que le estoy diciendo...

Seguro que tenía razón. Yo ya quería acortar porque me estaba empezando la comezón, la otra comezón, la que empieza con mariposas en la panza pero bien rápido se vuelven calambres y retortijones, y como no quería al rato estar sudando frío y escuchando voces, es posible que fuera más abrupto de lo necesario cuando corté la conversación y le dije al tipo este que se ocupara de sus tiliches y me dejara morirme en paz. Ese cabrón de Rutilo nomás chasqueaba la lengua y negaba con la cabeza, y cuando me alejé escuché que decía:

—Ni crea que aquí en el pueblo vamos a ponerle su tumba, joven.

Y yo nomás pensaba: menos mal, mi buen. Menos mal.

## 4

A veces me pregunto por qué no me doy un pasón y ya. Luego me acuerdo de que no es cosa fácil, esto de morir. Inevitable sí, pero fácil, no siempre. También por eso vine acá, porque allá en la ciudad ni pelarla tranquilo se puede. Ya van varias veces que me voy y me reviven, y sigo aquí, no logro dar el paso. Algo debo tener pendiente. Pero es de lo más bonito que hay, morir. No es para nada como lo pintan, como algo confuso y aterrador. A mí se me hace que a uno se lo pintan así porque descansar en paz suena demasiado tentador, porque si no lo hicieran todo el mundo querría morir.

No, morir no da miedo. Más bien es como deslizarse todo entero en un lugar cálido y estrecho, como una gran vagina, y salir del otro lado, ligero. Se siente uno libre, como si tu cuerpo fuera un peso que llevas cargando toda la vida y por fin te deshicieras de él, o como si la vida fuera un taladro que traes encajado en el riñón y por fin te lo quitaran. Sientes que «de aquí soy, aquí me quiero quedar para siempre». Hazte de cuenta que te dan chance de ver tus pensamientos, y aquello se parece al cielo nocturno, lleno de estrellas. Te quedas ahí viendo cómo se van apagando las estrellas una por una, y cómo se va quedando todo oscuro y vacío. Es espectacular. Se siente muchísima paz.

Y luego te empiezan a revivir. Cómo la chingan, de veras. Imagina que estás dormido y tocan a la puerta, muy despacio primero, y luego cada vez más fuerte e insistente hasta que te tienes que levantar a abrir y gritarles que vayan y chinguen a su puta madre. En ese instante te despiertas, y una cosa sí es segura; confuso no es irte del otro lado, sino despertarte cubierto de vómito, rodeado de gente en pánico y paramédicos que te andan dando de cachetadas y gritando que te ibas a morir. Sientes un retortijón en el pecho cuando te vuelve a echar a andar el corazón, y cuando metes aire se te queman los pulmones por dentro, como si los usaras por primera vez. Te viene un hormigueo por todo el cuerpo, porque toda la sangre que se te había ido al cerebro y las entrañas te regresa a las extremidades, y ahí es cuando te entra la temblorina y el mareo. Yo creo que más o menos así se debe sentir nacer. Y prefiero mil veces morir, la verdad. Cuando me reviven, siempre llego enojado y con dolor de cabeza y hartazgo, porque la naloxona, aparte de que te resucita, también te da el mono de inmediato. Lo único que quieres es volverte a morir otra vez.

Claro que cuando le tocaba a alguien más, también los revivía uno. A los que se podía, pues. El Jairo nomás no regresó, el buen Mike tampoco; pero se fueron bien bonito, se ve que les fue bien, que encontraron lo que buscaban. Tenían en el rostro esa mirada que tiene el yonqui que le atinó a la dosis; se ven descansados, en paz, como esos santos que pintan mirando para el cielo. Mi Valerie, pues, ni se diga; ella sí se dio un pasón, no hubo nada que hacer. Pero siempre lo

intentábamos. Era como una cortesía que había entre nosotros, aunque cuando funcionaba nunca nadie te lo agradecía, al contrario. «Pus ya me hubieras dejado pelarla, pendejo.» Eso es lo que te dicen cuando los regresas. Y se entiende, o por lo menos yo lo entiendo. Cuando te encuentras con la muerte tantas veces como yo, la vida cobra otro sentido. Ese lugar del cual hablo no está hecho para los vivos, y cuando has ido y regresado tantas veces, la verdad es que después ya no perteneces realmente a este mundo tampoco.

Yo digo que empiezas a existir en una especie de limbo. Eso es lo que es todo este pueblo. Eso es lo que es la heroína, también. Estás a medio camino entre el mundo de los vivos y el de los muertos, y ambos evitan tu presencia. Es el precio a pagar por ese viaje de ida y vuelta al otro lado, pero vale cualquier precio, esa paz que se encuentra allá. A lo que se vuelve uno adicto no es a la droga sino a esa paz. Volver a encontrarla es el propósito de todas las cosas. Entiendes que uno viene a morir, a encontrar ese lugar, y entonces a eso vas. No hay de otra.

He ahí la dificultad de este asunto. Si le atinas, esa línea que divide al *rush* de la muerte es tan delgada que, cuando menos te lo esperas, ya estás ahí. No hay dolor, no hay tiempo; solo paz, mucha paz. Es una dosis muy difícil, y uno vive el final de su vida tanteando para encontrarla. Hay otros a los que se les va la mano, y se les ve en los ojos que lucharon contra el sofoco y la angustia hasta que se quedaron sin aliento; como ahogados en el mar, pero ahogados en sí mismos, en su propio vómito. Así como mi Valerie. No creo que haya nada peor que eso. Ese es el peligro que corremos todos. Por eso estas cosas no se pueden hacer nomás así como así, a la ligera. Se tienen que planear bien. Hay muchos yonquis que intentan hacer viajes como este y nunca los llevan a cabo porque no viven lo suficiente, pero yo ya llevo tiempo en este juego y sigo vivo. He alcanzado los niveles superiores.

## 5

Pasé algún tiempo, quizás días enteros, tirado en el catre con la mirada fija en la esquina de la cómoda. La madera cambiaba de textura, se transformaba de una ondulación vibratoria, como un espejo de agua, a una carne fibrosa y viva que respiraba y se retorció. Los ángulos del mueble formaban enormes acantilados, paredes colosales de una roca filiforme, una materia sólida que había tardado siglos en escurrirse sobre sí misma. Era como tener un panorama del fin del mundo. Asombroso, pero, ante todo, de una sencillez que me procuraba una profunda sensación de plenitud y calma. No suscitaba inquietudes, ni preguntas. Era un espectáculo que seguiría hasta la desintegración del universo. Habría podido observarlo hasta desfallecer, y mantener la misma serenidad hasta que mi cuerpo se momificara y transformara en polvo, y crecieran hongos y flores silvestres de él.

Nunca supe cómo ni en qué momento sucedió, pero me encontré deambulando de noche por las calles del pueblo. No creo que levantarme de la cama haya sido una decisión consciente; hace meses que ya no hay volición en mí, que no hago más que lo que dicta mi cuerpo para preservarse a sí mismo. Creo que tuvo algo que ver con saber que tendría que pasar una noche más en este mundo, y eso me impulsó a salir, ese instinto de sentir y encontrar vida y calor, aun donde no los hay. O quizás mi cuerpo tenía sed, o hambre. No lo sé, no estoy seguro. Con la *lady* se me olvidan ciertas cosas.

Salí a las calles, aunque no podía esperar encontrar nada allá afuera. El cuerpo me pesaba, iba dando tumbos y arrastrando los pies por el polvo de las calles sin asfaltar, hundido en una oscuridad cerrada. El pueblo se apaga y duerme en cuanto el sol se acuesta, toma un aura fantasmagórica, como si todos lo desertaran al caer la noche. El aire húmedo y caliente olía a una mezcla de tierra mojada, agua de caño, humo de leña y estiércol de vaca, y a lo lejos se oían voces de hombres y una música de banda lejana. Solo distinguía las siluetas de algunas casas de cemento esparcidas entre la maleza que formaban parches negros sobre el cielo estrellado.

En este pueblo no existe el alumbrado público más que alrededor de las cantinas. La gente acude a los tugurios locales por el mismo principio que las moscas vuelan alrededor de las lámparas en la noche: son los únicos puntos de referencia, los únicos lugares para situarse en el espacio físico de la aldea. En las calles aledañas empieza el rastro de borrachos tirados en el piso, con las caras cubiertas de una mezcla de vómito, moco, lágrimas, baba y mugre que lleva a la taberna, y con cada paso la música de banda se vuelve más envolvente y estrepitosa. A dos cuerdas, uno podría guiarse por el olor a cerveza rancia aun sin el destello de un foco de halógeno, puesto ahí para guiar los pasos de los comensales como un faro en medio del mar. Sobre la puerta de entrada cuelga un letrero de Corona Light, iluminado parcialmente por la luz blanca,

en el cual se puede descifrar el nombre del bar: El Rincón de Juan.

Afuera, un chico de unos dieciocho años le metía una paliza a un tipo mayor, de unos cincuenta y tantos, y otros hombres gritaban y hacían apuestas alrededor de ellos. Había hordas de perros callejeros rondando, saqueando los restos de comida de las bolsas de basura que alguien había dejado junto a la puerta trasera de la cocina. El hombre mayor sangraba por la nariz y la boca, se tambaleaba y gritaba, mientras que el chavo apenas empezaba a sudar. Usaba al viejo como costal de práctica, y entre golpes le daba caladas a un cigarro y tragos a una botella de cerveza que había dejado junto a un matorral. Alguien tenía que interrumpir esa pelea, pero nadie lo hacía, todos reían y gritaban, y entre los golpes secos sobre la cara del hombre y el ruido de su respiración que gorgoteaba de sangre oí a dos borrachos hacer un comentario sobre la virginidad de su hija.

Entré al sonido de la música de banda y la peste a cerveza y orines. Las paredes cubiertas de baldosas blancas le daban al antro un aspecto de matadero de reses en desuso, o de baño público transformado en obra gris. No había nada más que una barra, y algunas mesas y sillas de plástico. Al fondo, varios tipos hacían cola para usar el meadero, un cubo de concreto adosado a la pared y separado del resto del espacio por una cortina de baño. En un rincón alejado, otro grupo de hombres reunidos en círculo intercambiaban billetes, pero no logré ver a qué le apostaban; podrían haber sido dados.

Las luces eran demasiado deslumbrantes para un burdel, que era lo que parecía ser este lugar. Había varias gordas bailando sobre una pista improvisada entre las mesas, algunas sentadas en las rodillas de los clientes, a muchos de los cuales ya les era imposible hablar, o siquiera intentarlo sin babear sobre sus barbillas, sus camisas ya empapadas de sudor, los escotes abiertos de las putas. Varios hombres bailaban solos, tratando de manosearse a las chavas, y en cuanto estas les hacían el feo, bailaban unos con otros, sabroseándose entre carcajadas sin el menor pudor. Por ahí andaba rondando el policía de pueblo, el buen Rutilo, pero mi presencia no parecía interesarle ahora que se estaba gastando los cien pesos que le había dado en chupe y viejas. Alrededor de mí todos tenían ojos rojos y vidriosos, las frentes brillantes por el sudor. Sospeché que debía haber piedra dando vueltas por el pueblo; todos se gritaban y se empujaban, forcejeaban. Estaban muy prendidos, y aguantaban demasiado bien el alcohol, o no lo aguantaban para nada; se doblaban, trastabillaban, apenas podían mantenerse de pie, y aun así seguían bebiendo, como si la sed que sentían no se les pudiera quitar con nada.

Hace años que el alcohol no me emborracha, y mucho antes de sentir su efecto siento dolor en el cuerpo y mareo y monqui, pero sentía la boca y el cuerpo secos, y tenía la certeza de que pedir un vaso de agua en este lugar era asegurarse una disentería fulminante, así que ordené una cerveza en la barra y me senté en una silla de plástico a bebérmela. Quería gozar de la presencia de otros seres vivos, y observarlos un rato sin que nadie se fijara en mí. Parecía haber mucha gente de fuera que también había acabado aquí, al final de la recta; alcohólicos, desertores del ejército o criminales en fuga, todos trabajando en los aserraderos o allá en la selva talando monte. Comparten los mismos empleos y a veces los mismos techos, comparten mujeres e hijos; los mismos amigos, botellas, cigarros, y las mismas enfermedades venéreas, claro está. Pasan el día entero allá afuera y regresan a orinarse el sueldo, a olvidarse de sí mismos. Aquí todos son como yo, muertos vivientes que vagan por el pueblo arrastrando los pies, con la mirada perdida, aunque yo daría lo que fuera por emborracharme, por poder gozar del olvido de nuevo. En mi estado por así decirlo «terminal», estoy adormecido a toda clase de sensación, y no gozo ni deseo más que una sola cosa.

Eso le intento explicar a la jovencita que viene a sentarse conmigo después de un rato. Es morena, de nariz chata y labios carnosos, pelo negro y lacio hasta la cintura, y no está tan gorda, pero solo porque es joven; no parece tener ni diecisiete años. Me embarra la cintura, me pide que le compre una cerveza. Creo que le huelo a dinero. Puede que sea la última vez que bebo con una mujer, entonces se la compro. Ella intenta hablar por encima de la música de banda, pero yo no la escucho. Su voz me llega ensordecida, lejana. Pasan tipos borrachos que le gritan piropos y la tratan de sacar a bailar, pero ella se queda a terminarse la cerveza.

Durante una pausa en la música me pregunta que de dónde vengo, y le digo: «De la ciudad.» Luego me pregunta que adónde voy, y se lo digo, le digo que voy directo a la tierra de los muertos y como que no parece entenderme o, en todo caso, no le sorprende. Nomás me recorre con la mirada y me dice:

—¿Tú eres de esos que veneran a la Señora?

Me pareció extraña la pregunta.

—¿A cuál Señora? —le digo.

—A la Muerte —contesta—. De esos hay varios aquí.

Ella le da un trago a su cerveza y sonrío, fumándose un cigarro que solo pudo haber sacado de mi cajetilla sin que yo me diera cuenta.

—No, no tiene nada que ver con eso —le digo—. Yo no venero a nadie.

Me pone la mano en la rodilla.

—Es que aquí se aparece —me dice—, todas las noches. O casi. Dicen que es la dueña. A cada rato viene a echar un vistazo, y nunca falta al que acuchillan, el que se cae borracho por la barranca, o al que se le truena el corazón por andar fumando piedra. Si te quedas igual y la ves.

Sentí que me acariciaba la pierna, pero de mí ya no salía ninguna reacción. Volteé hacia el grupo de hombres parados e hincados en semicírculo que vociferaban y se aventaban dinero, y entendí que estaban apostando sobre peleas de insectos. Luego me enteré de que los recogen de la selva y los traen de vuelta en cajas de cerillos para sacarles una feria en la noche. Tenían frente a ellos a dos alacranes amarillos, abrazados, intentando frenéticamente picarse el uno al otro.

Ella sonrío e insiste, mueve la mano hacia mi entrepierna y me agarra el pito, sin quitarme la mirada de encima.

—¿No la quieres conocer? Ándale —me dice, sonriendo—, nomás hay que rentar un cuarto.

Me pregunté si hablaba en serio, y durante un instante solo la observé. Observé sus ojos grandes y húmedos, hundidos en su cráneo, sus dientes blancos y afilados, sonriéndome; y en eso, le empezó a suceder a esta niña algo similar a lo que le pasaba a la madera de la cómoda de mi cuarto. Su piel se volvió translúcida, como si se pudiera ver a través de ella. Podía ver su sangre fluyendo por cada capilar, los ángulos salientes de sus huesos encajados detrás de su carne, y sus entrañas suaves y cálidas palpitando adentro de su vientre. Y vi que se asustó. Volteó hacia un compa que tenía al lado suyo, un joven flaco y afeminado con un bigote cerca de las comisuras de los labios, y por primera vez me percaté de la presencia de tres tipos que nos rodeaban y escuchaban la conversación.

—Este es puñal —les dice ella, e intenta irse cuando otro de los hombres, pequeño y fornido, la toma del brazo y la retiene en el grupo. El alto afeminado se me acerca.

—¿De veras? —me dice—, porque aquí hay para todos, corazón.

Me toma la mano y la empieza a acariciar. Yo no la quito, ni por reflejo. Todo me parece



lejano. Detrás de él escucho las voces de los otros dos que le hablan a él pero se refieren a mí:

—Pregúntale que quién es, que qué quiere..., dile que le conseguimos lo que anda buscando, pero va a tener que aflojar...

Levanté la mirada para verlos a los ojos. Aparte del tipo alto y afeminado y el chaparro regordete que retenía a la morrita del brazo, había otro más. Era el chamaco que se había madreado al viejo hacía un rato. Tenía el rostro intacto pero los nudillos cubiertos de heridas rojas y frescas, la camiseta manchada de sangre, y todavía se veía caliente de la pelea. Todos ellos me fijaban encima su mirada vidriosa, y me ponían nervioso porque, ¿qué hacían aquí? O es muy amigable la gente en este lugar, o todo esto era una estafa para atraerme a algún callejón, molerme a golpes y robarme. Cada vez se parecía más al momento en el que un grupo de niños encuentra un insecto extraño, y lo voltean, lo examinan. Pronto empezarán a arrancarle las alas.

A mí todo esto me preocupaba porque yo traía la lata con el kit guardado en el bolsillo de los pantalones, muy cerquita de los huevos. No lo iba a dejar en el cuarto donde cualquiera se lo podría robar. Por más que estuviera preso del más profundo delirio, el kit sería lo último que cargaría conmigo hasta las puertas del inframundo. Si me lo llegaran a robar, ahí sí tendría que tirarme de una barranca o algo.

Tanteé la situación. Era probable que aquel bote de yogur fuera lo único que había ingerido en las últimas cuarenta y ocho horas, más o menos. No tenía ningún chance en una pelea, poco de salir corriendo siquiera hasta la puerta, y aún menos de llegar a la esquina. Vi lo ebrios que estaban, los ojos de lagartija que tenían, negros de dilatados, fijos y fríos, y entonces entendí. Entendí que estaban pasando por ese estado de ebriedad, esa parte de la noche en la que uno se encuentra algo y no sabe bien si quiere partírselo la madre, darle chichi, cogérselo, comérselo, o salir huyendo. Ellos mismos no entendían bien lo que les sucedía. Sobrios, la mayoría de la gente me habría evitado. Ebrios, se vuelve todo más complicado.

No lo puedo explicar. Ya intenté hacerlo; te vuelves un insecto exótico, un trozo de materia fecal de otra dimensión, y les provoca una especie de fascinación frívola y mórbida al mismo tiempo. La mayoría te ven venir y cruzan la calle, te miran de reojo con asco y disgusto. Piensan que eres algo sucio, y es cierto que tu cuerpo está lleno de veneno y en un proceso de putrefacción en vida, pero no entienden que en realidad tu alma es ligera, y brillante, y eso es lo que realmente los asusta: que uno no está atado por los deseos y preocupaciones que dominan la existencia. Todos nuestros deseos y preocupaciones se han reducido a la búsqueda de la quietud, la dicha, la paz. De la *lady*. Hemos abandonado todo a favor de eso, como monjes, o como santos en realidad, seres que están de paso y ya no pertenecen a este mundo. Cuando los demás beben y se drogan, cuando pierden las inhibiciones, pierden el miedo, y ya no temen acercarse. Muchas veces entienden adónde vamos y vienen con toda clase de recados y encomiendas que quieren que llevemos al otro lado.

Lo que siguió fue un lento descenso al delirio. Hablamos, o más bien gritamos —o ellos gritaron—, un largo rato. Recuerdo haber comprado una ronda de tragos, y que terminamos sentados alrededor de una mesa de plástico, donde me obligaron a comer un caldo de gallina que no me pude terminar. Estaba sentado entre Rubí, la prostituta de diecisiete años, que no paró de acariciarme las rodillas y las costillas y de decirme lo flaco que estaba, y Chachi, el tipo chaparro y regordete, que resultó ser un emigrante sureño atorado a mitad de camino al gabacho por tomar una desviación errónea que lo trajo al Zapotal, y desde entonces su callejón sin salida se había vuelto su hogar definitivo.

Vi desfilar docenas de botellas de cerveza que mis compañeros bebían como agua, más rápido de lo que jamás vi a nadie beber agua, mientras escuchábamos a Uriel, el maricón soñador tendido en la mesa al borde del coma, que hablaba de cómo a él lo que lo hacía retorcerse por dentro, lo que le envenenaba el alma y lo estaba matando a fuego lento era esta soledad que pulula por todo el pueblo, que infecta todo y se siente por todos lados, y que es igual que la muerte porque nadie le puede escapar.

Al hilo de la conversación entendí que lo único que querían los jóvenes como Rubí y el otro —el de la golpiza, su nombre era Beto—, su máxima ambición en la vida, era dejar el pueblo. En reacción a las tiradas nostálgicas de los demás, ella solo asentía con la mirada perdida, y Beto vociferaba y gesticulaba salvajemente, como si en cualquier momento fuera a destrozar el local, pero no acababa por voltear ni un solo vaso.

—A mí nada de eso me importa —decía—, porque yo sé que algún día lograré salir del pueblo. Este lugar ya no tiene nada para mí. Yo voy a irme de aquí...

—Pero ¿y Chela? —le decía Rubí.

—¿Cuál chela? —preguntaba él, mirando las botellas de cerveza vacías con una mezcla de confusión y rabia, porque en el fondo sabía de lo que le estaban hablando.

—Chela, chingaos, Arcelia, la hija del viejo al que le acabas de reventar el hocico. ¿No te la cogiste y está embarazada?

—¿Y eso a mí qué? —decía él—. Si ese escuincle de veras es hijo de su padre, él también se irá del pueblo algún día.

—¿Y eso qué? —gritaba ella—. ¿Eso a quién le importa?

—Eso es lo único que importa —respondía el chavo.

Era lamentable, porque ese chico ya era el hombre que sería en la vida, y si hubiera sido capaz de dejar el pueblo ya lo habría hecho hacía mucho tiempo. Su hijo con toda certeza tampoco se iría. Ninguno de nosotros dejaría el pueblo, era algo que todos parecían saber y aceptar con cierta resignación, pero era conmovedor ver a alguien a quien eso aún le quitaba el sueño.

Yo no podía ni siquiera terminarme la primera cerveza que había pedido. Los veía entrando en una especie de furor etílico, pero a mí me sucedía algo muy diferente. A mí con toda la goma y la chiva me cuesta trabajo pensar, pero sobre todo me cuesta trabajo sentir. Las cosas desfilan lejanas ante mí, lo único que me recuerda que estoy vivo es la rasquiña y el dolor de panza que siento entre que se me pasa el *rush* y me empieza a entrar la malilla otra vez. Si me mantengo prendido, como intento la mayor parte del tiempo, ni siquiera eso siento.

Cuando tu mente ya no está preocupada con sensaciones, con buscar placer y evitar dolor y aversiones, se crea un vacío que empieza a llenarse de sombras, productos fantásticos que se forman a partir de los residuos de cordura que quedan varados en las playas de la conciencia. La memoria falla, uno cae en una espiral de olvido que carcome todo lo que fue su vida, pero se mantiene activa una parte del cerebro que recicla todo lo que queda enterrado y adormecido, y la convierte en una especie de ensoñación constante, indistinta de la vida cotidiana. La realidad adquiere la textura bizarra de los sueños, y uno acaba con el mismo tipo de recuerdos de su vida que los que tiene de sus sueños; vagos, fragmentarios y absurdos, sin un hilo coherente.

Adentro del bar la luz no cambiaba, y el lugar no se vaciaba nunca. Era imposible estimar el paso del tiempo. De un cuartucho que no había notado al principio, y en el cual solo había un catre y una silla, entraban y salían las gordas con diversos clientes. Yo nomás esperaba a ver si llegaba la dueña, esa Señora de la cual todos hablaban. Les pregunté a mis amigos si era cierto que la

Muerte era dueña del lugar, y todos ellos me dijeron que sí.

—¿Y por qué se llama El Rincón de Juan? —les pregunté.

—Juan es el propio de la Señora —me contestó Rubí.

—Algunos dicen que es su consorte —añadió el Chachi.

—Se dice «chichifo» —soltó Beto con ojos pícaros.

Rubí los interrumpió:

—Pero la patrona es la Señora.

Luego Uriel, desparramado sobre la mesa, volteó sus ojos vidriosos hacia mí y sonrió.

—Dicen que Juan es el Diablo.

Lo decía con una expresión de absoluta seriedad.

—¿El Diablo se llama Juan? —le contesté, y creo que me reí—. Oigan, pero si la Señora es la Muerte y Juan es el Diablo, por ahí tendría que estar Dios también. ¿O no?

Beto pareció ofuscado por el comentario.

—Desde luego que hay un Dios —dijo—, solo que en este pueblo no pone el pie.

—Juan no es el Diablo —dijo el Chachi—, nomás es el que cuida la puerta. Pero no siempre permite el paso.

—Por eso hay tanta alma en pena —soltó Uriel desde su estupor, aún doblado sobre sí mismo y rodeado por torres de vasos vacíos.

Entre todos me dieron a entender que la Señora era la mera jefa de todo el lugar, aunque nunca nadie la veía. Beto dijo que las haciendas en la selva las había construido ella, una dama muy rica que se volvió loca, que primero fueron sus fincas y luego los volvieron claustros, luego cárceles, y más tarde cuarteles militares. Que en una época las ocuparon colonos franceses, desertores del ejército, y fueron sitiadas durante mucho tiempo, un sitio largo durante el cual sucedieron muchas atrocidades ahí dentro. Que las abandonaron por la insalubridad, que porque ahí había enfermedades por todos los cadáveres que dejaron tirados y nunca enterraron, y las haciendas se habían ido deteriorando con el tiempo.

Beto decía que él sabía estas cosas mejor que nadie, porque él había nacido en el Zapotal, no como los tantos que habían ido llegando, y hablaba en presente de una era lejana, como si en el pueblo no pasara el tiempo. Dijo que sí había manera de llegar a las haciendas, que él conoce gente que te puede llevar por la selva, y que adentro hay chácharas viejas y un chingo de huesos vestidos, que el pueblo y la selva están plagados por las almas en pena de toda esa gente, y de varias más, que luego los ves rondando por entre los árboles, y cosas así.

Uriel y Rubí sacaron un cristal de piedra, y tuve la mala idea de darle un golpe. Al principio me levantó, pero luego me dio una ansiedad que lo único que quería era meterme *lady* para quitármela. Fui al baño varias veces a ver si podía aunque fuera esnifar un poco, pero no había mucha privacidad detrás de esa cortina de baño. En cuanto me empezó a dar la comezón seria, el Chachi lo supo de inmediato. Trajo un alacrán a la mesa y me anduvo diciendo que me fumara el agujón. La gente le decía que no fuera un sádico asqueroso y yo lo traté de orate, pero por fin le recortó la cola al bicho y la puso en la pipa que habían usado para fumar piedra. Dijo que era un truco de barrio, y en cuanto le di una fumada se me quitó la malilla. Le pregunté dónde había más y me llevó a un hueco en el concreto de la pared, de donde pescamos varios alacranes entre las telarañas, y yo apliqué la vieja escuela de irse directo a la vena y me di de piquetes, dos, tres, cuatro veces, hasta que se me durmieron los dedos de los pies y me empezaron a zumbar los

oídos.

La gente del pueblo nunca había visto algo así. Se pusieron de curiosos, se reunieron alrededor de mí y en eso llegó Rutilo a decirles que yo, que estaba loco, que me quería morir, que era yo un suicida. Que luego no me iba a querer ir y solo le iba a traer desdicha al pueblo, y no sé cuánta cosa más. Uno de ellos, ya ebrio, sacó una pistola y trató de convencerme de echarme un ruedo contra el otro suicida del pueblo, un loquito alcohólico que supuestamente había sobrevivido a su tercera ronda de ruleta contra otros temerarios y a quien todos apodaban cariñosamente «el Muertito».

—Pero no creo que le vaya a durar mucho —me decían— y se me hace que te va a heredar el apodo a ti. Se me hace que vas a pasar a ser tú el Muertito, güey.

Así me estuvieron diciendo, los culeros, tratando de convencerme y sonsacando al Muertito para que le entrara al ruedo. Ese pobre Muertito; yo estaré jodido pero junto a él parezco un joven dinámico. Ese pobre desgraciado sí se veía miserable. Ahí estaba sentado en la barra con una cachucha roja, ojeroso, intentaba contener las lágrimas que brotaban una tras otra de sus ojos hinchados y le escurrían por los cachetes sumidos, y le daba sorbos muy pequeños a su botella de cerveza, como si le estuviera dando besos a un pezón frío e indiferente.

Yo los oía hablar pero no decía nada, y es que la gente nomás no entiende. No entienden que yo no soy suicida. Yo no me quiero matar, ni siquiera me quiero morir. Yo no quiero nada en absoluto, mi deseo está extinto desde hace tiempo. Yo estoy muerto en vida: eso es todo.

—No seas egoísta —me decían—. Va a haber dinero en juego. Si te matas aunque sea que beneficie a los demás, que le sirva de algo a alguien.

Yo les repetía que no, gracias, que no iba por ahí la cosa, mientras que Rubí les pedía a gritos que me dejaran en paz, que ya estaba yo suficientemente jodido así como para que encima vinieran a burlarse. El Chachi intentaba controlar a Beto, que ya se estaba calentando para otra pelea, y Uriel lloraba y gemía, inconsciente. Yo por dentro me juraba a mí mismo que nunca jamás volvería a salir al mundo, que las cuatro paredes de cemento resquebrajado del cuarto que me rentaban se volverían mi sepulcro en vida. Ya no podía quedar mucho tiempo para pelarla. No podía quedar en la vida mucho más que ver, ya lo había visto más o menos todo.

Así transcurrió la noche y lo que me imagino que fue una buena parte de la madrugada, entre gritos y lamentos. Yo logré terminarme una segunda cerveza durante ese lapso y sentía el ligero mareo del alcohol y el *tu-tum tu-tum tu-tum* de mi corazón latiéndome dentro del pecho por el *hit* de piedra que me había dado hacía un rato. Me había invadido un hormigueo ardiente en las puntas de los dedos, las plantas de las manos y los pies, por adentro de las fosas nasales y de las órbitas de los ojos, por todo el veneno de alacrán que me había metido. Los gritos de la gente por encima de la música de acordeones y trompetas, la luz de interrogatorio, el olor a perfume, cerveza e infección vaginal, a humo y cenizas frías, y el sudor de días supurando de los asientos y las paredes, empezaban a abrumar mi sistema nervioso, que se sentía cada vez menos adormecido y apto para lidiar con la sobrecarga sensorial que lo avasallaba de una manera implacable.

Recuerdo mal la última parte de la madrugada, solo que, entre la rotación de gente que pasaba por nuestra mesa, yo veía que llegaban a ratos mi amigo Mike y la Valerie, mi mujer. Ellos siempre aparecen ahí cuando es hora de hacer cita con la *lady*. Rubí y Beto no les hacían caso, pero yo les comenté que la Val se veía muy bien comparada con la última vez, que se había puesto toda azul y gris, y se le habían secado esos ojos tan brillantes que tiene. Tan guapa ella, les decía yo, verla así fue como encontrarme una flor toda marchita. Ya llevaban rato llorando todos, por

turnos, pero Rubí me abrazó y estuvo llorando a mi lado un buen rato. Yo les decía que ya me tenía que ir, que tenía que alcanzar a mi mujer.

—No se preocupe, vaya —me decía el Chachi—, con confianza, que allá adonde va lo está esperando su esposa. Allá nos vemos todos, si todos vamos para allá, pues. Algunos nos tardamos más, nomás. Hay que tener cuidado de no atorarse en el camino, ¿sí ve?, al igual usted tenga cuidado de no quedarse atorado cuando siga con el suyo, compa..., vaya, no se ocupe que por ahí nos vemos...

Llegaban el Mike y la Valerie y me decían que ya nos fuéramos, que por lo menos saliéramos y nos diéramos un piquete, o aunque fuera una raya. Me daba pena dejar a esta gente aquí tan sola, y tan triste, pero vi a la Val yéndose y les dije a todos que volvería muy pronto. Salí tras de ella y por más que la busqué no pude encontrarla, pero aun así me fui a un descampado cerquita del bar y aspiré tantita *lady*, primero, y luego tantita más. Y luego de eso ya no volví a entrar. Tengo vagos recuerdos de tambalearme por las calles del pueblo de vuelta a mi cuarto a una hora en la cual la obscuridad, el silencio y la soledad del pueblo eran los mismos que cuando salí hacía horas, días quizás.

Creo que era de noche cuando llegué al cuarto. Estuve fumando goma y esnifando *lady* en lo que me cocinaba un arpón. Luego me acosté en la cama y me enchufé un *fix*, y entonces todo regresó a la normalidad, por fin.

## 6

Creí que lo había logrado. Ya no quedaba nada ahí: ninguna conciencia, ninguna presencia. Flotaba en el mar obscuro previo al nacimiento, cuando empezaron a golpear a la puerta. Igual que las otras veces, despacio primero, y luego cada vez más fuerte, hasta que yo sentía que la querían tumbar. Me levanté de sobresalto, tuve tiempo de preguntarme si no sería mejor salirse a chutar allá afuera en la selva para que no diera tiempo a despertarse antes de que las hormigas me devoraran hasta los huesos, pero arrastré mi cuerpo hacia la puerta, y abrí.

Era el casero, don Tomás. Venía a preguntar si todavía me iba a quedar, y por su dinero, que porque ya habían pasado diez días desde que llegué, que cuánto más le iba a dejar. No creo que haya sido un sueño de opio, aunque es el típico de los que me dan. No tenía manera de comprobar cuánto tiempo había pasado y sospecho que el don estaba mintiendo, aunque mejor no le discutía si quería evitar que me sacara por la fuerza. Le di quinientos pesos para que me aguantara unos días más. Intentó asomarse al cuarto pero se lo impedí. Me miró con desprecio, como si yo solo fuera otro pedazo de basura en el gran montón que se iba a ver obligado a sacar cuando yo acabara mi proyecto aquí. Quiso decir algo pero ya no lo hizo, le convenían más los quinientos pesos y los cuantos más que le sacaría al asunto si duraba yo un par de días extra en la tierra. Al final solo me dijo:

—Bueno, ya apúrese con su asunto, que queremos usar el cuarto pa' instalar a la criada.

Se fue, y yo hice recuento de lo que tenía: quedaban ochocientos pesos, una piedrita de goma de la cual saldrían tres siestas a lo mucho, y un par de gramos de *lady*. Todo se iba esfumando, pero yo seguía aquí. A veces se me olvida que sí tengo cierta prisa para cumplir mi cometido. No entendía cómo era que se evaporaban toda la chiva y el dinero, pero luego pensé que si seguía vivo sería porque llevaba días chutándome, y tenía que haber ingerido alimentos en la última semana. Habría fumado cigarrillos, y mi cuerpo, en piloto automático, habría realizado toda una serie de acciones de las cuales, en ese momento, no tenía ningún recuerdo.

Estuve un largo rato sentado sobre el borde de la cama, esperando a que mi cerebro se pusiera en marcha. Recordaba haber ido a un bar, las picaduras de alacrán, la pistola con la que querían que me diera un tiro. Ahora ya no parecía tan mala idea pegarse un tiro. Lo demás seguía borroso. Mis lagunas mentales estaban empeorando. Me sostuve la cabeza entre los brazos un largo rato, encorvado, paralizado. Mi mirada se paseaba por el cuarto, tratando de reconstituir los últimos días. Había un garrafón volteado con un fondo de agua, varias latas de atún y de frijoles, botes de yogur y de sopa de fideos amontonados en un rincón de la habitación, invadidos por larvas y hormigas y moscas, plastas de cera y docenas de colillas de cigarro regadas por el piso. Todo estaba recubierto por un velo espeso de ceniza, el cuarto olía a enfermedad y a humo frío. La

veladora de San Judas se había consumido por completo, pero deduje que había comprado provisiones; tenía velas nuevas, encendedores y cerillos, ron, algodón. Las jeringas estaban en un estado deplorable, era evidente que no había logrado conseguir nuevas.

De las aguas turbias de mi mente surgían imágenes, recuerdos, algunos que no pueden ser reales, no pueden ser más que cosas que me imagino por el opio. Sé que no es posible que me haya adentrado en la selva hacia las haciendas, porque si lo hubiera hecho no habría vuelto a salir. Todo esto sería el sueño crepuscular de un moribundo. Creo que llevo varios días deambulando por el pueblo, pero casi no tengo memoria de ellos. Me llegan escenas, flashes de mí mismo vagando por las calles del Zapotal, sediento y en cueros. Me seguían los perros callejeros, me observaban y parecían decir:

—Mira tú, allá va el Muertito. Síguelo a ver qué se trae.

Recuerdo llegar a una granja que creía en ruinas buscando agua, donde encontré un redil de vacas huesudas. Recuerdo la sensación de exprimir lodo en mi boca para que el agua mojara mi garganta adolorida, y masticar tierra porosa y crujiente. Recuerdo que una adolescente con una cubeta me encontró y se puso a dar de gritos, y en la confusión que le siguió un hombre mayor me sacó del terreno a punta de machete. Recuerdo que ya en la puerta se apiadó de mí y me dio una cobija, me sentó bajo un foco que palpitaba una tenue luz amarilla, y le pidió a su mujer un plato de arroz con habas, que me comí sin decir palabra antes de alejarme tambaleando de vuelta hacia el crepúsculo. No sé en qué momento sucedieron estas cosas. Arrastro mucho tiempo perdido tras de mí. Sé que todo se conjuga y se enlaza de alguna forma para llegar a este momento ensordecido y febril, pero me cuesta cada vez más trabajo distinguir lo que viví de lo que he soñado.

No tengo ningún recuerdo de cuándo fue la última vez que salió excremento de mi cuerpo. Quizás no desde mi llegada al Zapotal, pero en mi intestino no hay ningún movimiento, ni siquiera un ruido. Lo único que siento palpitar en mi cuerpo, más allá del tenue latido de mi corazón, es el ardor en mi brazo izquierdo, justo ahí, donde me pico. Juro que le ponen algo a esta chingadera que se va comiendo la carne de uno. Todo el músculo de alrededor se adormece, se debilita y se va volviendo una especie de papilla, y cuando ya van muchos piquetes en el mismo lugar, las llagas supuran y apestan, y toman más tiempo en cicatrizar.

Siento una especie de cansancio ardiente que me recorre las venas, y tengo mucho calor. No sé si es el clima tropical, o los síntomas de una fiebre selvática, o si ya se está formando en mis venas envenenadas el principio de una septicemia para la cual nadie en este pueblo podrá recetarme un tratamiento. Debo pesar unos cuarenta y cinco, o cincuenta kilos, a lo mucho. Ya no debe faltar tanto. Me sorprende la tenacidad de mi cuerpo para mantenerse vivo a pesar de lo débil que estoy.

Sin dinero, me voy a ver forzado a dar las nalgas para comprar más chiva, y en este pueblo no habrá manera de conseguir ni la goma más enclenque. No es posible que haya un mercado para la *lady* en este lugar. Si lo hubiera, hace mucho que la heroína se habría vuelto plaga, se habría devorado a la población entera. No quedarían en el pueblo más que casas vacías con cadáveres grises y secos acostados en las camas, sentados en los sillones y los divanes de las salas frente a las televisiones prendidas, con jeringas saliéndoles del brazo. No, en este lugar no hay chiva, así de lejos estamos de todo. Tendría que viajar a la ciudad más cercana, y para eso habría que dar las nalgas muchas, muchas veces, y de seguro me daría el ataque a medio camino y me pondría a temblar y a sudar frío, a gritar y a sentir que todo el mundo me quiere matar o encerrar. Si me llega a dar el mono aquí en medio de la nada, sí prefiero que alguien me dispare. No puedo permitirme

llegar a ese punto.



## 7

He alcanzado una encrucijada en mi existencia y es imperativo hacer cambios drásticos en mi método. Así que tomé las medidas que tengo previstas para este tipo de situaciones: preparé un viaje de goma, y me voy a tirar en la cama, a fumar.

Una siesta de opio es de lo más placentero que hay, y para mí es especialmente sano, porque enseguida me empieza a regresar una especie de lucidez, y recuerdo todo lo que se me olvida cuando estoy despierto. Es como si tuviera toda una existencia paralela que sucede desde este catre, y el simple olor del humo del opio me recuerda ese lugar. Su sabor como a pan dulce recién horneado me adormece la garganta, y me hunde en ese espacio cálido, aterciopelado. Le doy varios jalones mientras todavía puedo controlar mis miembros, antes de que se vuelvan ajenos a mí. Las cosas adquieren brillo, un resplandor interno que les confiere una respiración tenue, igual a la mía, igual al latido de mi corazón, que se va volviendo imperceptible. Siento en mi cuerpo una chispa de vitalidad más o menos equivalente a la que siento recorrer el pocillo de metal, la pintura de la pared, la pata de la silla. Mi carne se vuelve indistinguible de la materia con la cual están hechas todas las cosas, y mi espíritu se desata de ella, y se suelta a divagar por el tiempo y el espacio.

Veo formarse un valle cerca del mar, y un coche rojo que lo recorre por un sendero de tierra, levantando polvo y arena. Observo la claridad de la escena, como si estuviera dentro de ella, antes de comprender que yo ya viví esto. Esta es la vez que nos fuimos Cleto, Jairo y yo a comprar *lady* a la costa. Teníamos diecinueve años, y en diez días habíamos rematado una pelota de opio del tamaño de una naranja, diez mil pesos de pura diversión que tenían que durar tres meses. En ese lapso, se nos esfumó el proveedor y nos entró una malilla infernal. Salimos a recorrer los barrios, asustados y sudando frío, y como no ligamos nada nos subimos al coche de Cleto y nos fuimos de una vez a la costa. Aún veo el mohicano y el diente partido de Jairo, sonriendo a pesar del mono. Lo escucho decir que en la costa va a ser fácil armarla, que a eso vienen los gringos de vacaciones, que no hay pierde, ahí mismo en la playa con el que vende los cocos. Pero nunca encontramos goma. Lo único que hubo fue *lady*. Ninguno de nosotros la había probado, pero lo único que queríamos era que nos aliviara. Y sí que nos alivió.

La primera vez que te metes heroína sientes que por fin encontraste algo extraordinario, algo por lo cual vale la pena vivir. Nosotros no teníamos algo así. Nuestra vida iba a ser muy común y muy solitaria, hasta que encontramos a la *lady*. Entonces era como si nos hubiéramos emparejado con la mujer más sensual del planeta. Nos dio una razón para ya no separarnos más. Sientes mucho vigor, sientes que las cosas te vienen fácil y te salen bien. Te sientes el más ocurrente de la fiesta, el más lúcido, el más sensual. Ampliaba el abanico de sensaciones a nuestra disposición mucho

más allá del rango que podían permitirse los mortales, a quienes empezábamos a ver con desdén. Cuando usas chiva eres feliz, como si supieras exactamente lo que necesitas, haces las cosas con tanto gusto y tanta facilidad que luego sientes que ya no puedes hacer nada sin ella. Llegas a pensar que la vida sin ella ni siquiera es vida, solo una maraña de dolor y de malestar, una carrera de obstáculos. La verdadera vida, aunque pocos lo sepan, es aquella que se vive bajo la influencia de la gran señora.

Es bueno saber que puedes agendar el fin de todos tus problemas tres veces al día. La miseria que te aflige se vuelve cada vez más terrible e insoportable, pero la solución es cada vez más sencilla, también. Uno huye de todo lo que es familiar para adentrarse en ese mundo, y entiende que habitarlo viene con un precio muy alto, y son pocos los que están dispuestos a pagarlo. Uno cree que estar dispuesto a pagar el precio confiere nobleza, que lo vuelve a uno un ser de otra especie, y sucede. Te vuelves un ser de otra especie. Terminas por dar el paso, creyendo que aunque el costo sea alto, las recompensas lo valen también.

En el mundo suntuoso y aterciopelado del opio, siento que llego a mi hogar, a un lugar antiguo y legendario que me fue íntimo y familiar hace mucho tiempo. A mi alrededor hay techos ornados, domos muy bajos que me envuelven como capullos, y me regocijo al ver las caras de mis amigos alrededor, porque sé que están ahí, conmigo, en este salón voluptuoso. Este lugar en el que se cumplen todos mis deseos es mío y aquí así es como tengo que estar, como merezco estar, yo, que estoy dotado de una elevada nobleza y siento correr por mis venas una sangre azul, casi púrpura por la falta de oxígeno. Los rostros que me rodean son hermosos, amistosos, y me observan con un cariño cálido, incluso cierta admiración.

Estás recostado en un trono, observando un paisaje vasto y fértil, y todo lo que abarca la vista es tuyo. Es el panorama de tu mente, y por un rato puedes habitarlo plenamente, sin nada que perturbe tu placidez. Desde ese trono puedes contemplar tu reino y estar satisfecho. Un monstruo que intentase devorarte no se encontraría más que con aire, con una sustancia inmaterial, inasible. Podrías llegar a la iluminación, a la plenitud total, si no fuera por esa comezón que sientes en el instante en que se desvanece el *flash* y te vuelves mortal de nuevo; un ser pequeño y frágil, hecho de una materia blanda que se retuerce y se acalambra. Se vuelve una bendición saber que no es difícil volver, que el camino de vuelta ya está trazado. Se nos pasaba el efecto y Cleto y yo nos volteábamos a ver, y uno de nosotros sonreía y decía:

—¿Otra?

Era como preguntarle a un niño si quería otro helado, o si quería subirse de nuevo a la montaña rusa. Ese momento que pasábamos sonriendo antes de responder no era para preguntarse si lo haríamos o no, sino para reconciliarse con la inutilidad del dilema, y quizás crear la ilusión de haber deliberado.

—Arre, otra.

Así nos pasamos varios días tirados en la playa, esnifando chiva. Jairo se quedó dormido al sol y tuvo quemaduras de segundo grado. Parecía un pedazo de chicharrón andante, pero ni así quiso ir al doctor. Se curó la tatemada con chiva. Cuando le preguntamos por qué no se quitó del sol, dijo que sentía que se estaba cocinando bien sabroso. Ese viaje fue repugnante, en retrospectiva; nos la pasamos en cuartos plagados de cucarachas, vomitando, picoteados por los moscos y las pulgas de arena, curando a Jairo con vinagre blanco mientras se le iba deshebrando la piel como a un trozo de cochinita pibil. Aun así, yo solo nos recuerdo sonriendo, todo el tiempo. Esa fue la primera vez, y siempre la revivo porque nunca hubo ninguna otra como esa. Esa

vez en la playa con Jairo y el Cleto, esa es la sensación que he estado buscando por años y no logro encontrar, ese hogar mío al que nunca podré regresar, que solo logro entrever como ahora, desde la distancia.

Algunos meses después el Jairo se nos murió, y a Cleto lo mandaron al campo; nunca más lo volví a ver. Nunca nada volvió a la normalidad después de eso. La gente se entera de que te estás metiendo chiva y se ofuscan, como si se la estuvieras metiendo a ellos. A mí se me hace que es porque se les antoja, y los pone nerviosos saber que tú tienes. No vaya a ser que los tienes o algo. Les dices heroína y parece que les dijiste ántrax o algo así. Les dices que es tu *lady* y entonces te quieren quemar, como a las brujas.

Al principio te tratan bien para que piques el anzuelo, te dicen que eres único y especial, y que te van a tratar bien, y cuando piensas que quizás puedes pasar algún tiempo gozando de la metadona que te dan de desayuno, ahí es cuando se ponen perros. Te bajan la dosis, te obligan a estarte quieto, se meten en tu vida y, si no se la quieres contar, te gritan, te encierran. La tecnología es moderna, pero el método sigue siendo medieval. Te vas enterando de que el mono de la metadona es peor que el de la chiva, y dura meses —hazme el chingado favor—, meses de gripa y de estarte cagando en los pantalones, que solo te engancharon a esa mierda para tenerte bien agarrado, para que no te les vayas a ir a ningún lado.

Yo estoy seguro de que las visiones del infierno que se ven en los museos se las inventó alguien que se tuvo que curar el mono; eso es una fanfarria de fluidos putrefactos supurando de cada orificio de tu ser, acompañados de hormigueos y calambres insoportables, dolores punzantes y ardientes que te atraviesan el cuerpo, y alucinaciones; incluso los rostros de los enfermeros se vuelven grotescos. El placer y el aire de benevolencia con el cual te torturan es aterrador. Yo nunca gemí como en ese lugar, nunca sentí dolor así. Entonces te quiebras, y aflojas, y les empiezas a contar todo eso que crees que quieren escuchar.

Deciden que estás loco y es como si entraras a una máquina de destazar carne; sabes que no vas a salir entero de ahí, que no se van a rendir hasta quitarte la grasa, el hueso, el ligamento, y no dejar de ti sino un filete de carne limpia, roja. A mí eso de la terapia nunca me funcionó. Te dicen que tú te drogas para llamarle la atención a tu viejo, que porque buscas afecto, que porque en el fondo estás buscando a tu mamá.

Yo les decía: «Brother, ¿es en serio?» Mira, a mí no me van a institucionalizar las frustraciones sexuales de un ruco perico y decirme que con eso me voy a curar. Yo lo que tengo se llama vida, y eso no se cura más que con lo que estaba tomando. Si se hubiera chutado chiva el viejo ese, ahorita me estarían dando un premio. Te dicen que drogarse no es una manera de vivir, que porque te va matando poco a poco; pero amigo, la vida mata, y yo prefiero vivir la mía así. Les dices que son unos cerdos fascistas sin humanidad, y ellos te dicen que las puertas están abiertas, que nadie te retiene ahí. Que tú decides volver a la vida que te espera allá afuera.

Así que yo agarré mis trastes y me fui.

Volví a los brazos de mi *lady*, a dormir en los sofás de amigos, a veces, aunque eso nunca duraba mucho. Nunca fui el favorito de sus padres. Nunca jamás me dijeron: «Quédate, come algo, aquí no te juzgamos, aquí te apoyamos. Puedes estar aquí todo lo que haga falta.»

Yo se lo habría agradecido. Les habría dicho: «Gracias, señora. De veras que está a toda madre chutarse chiva aquí en su sala.»

No quedaron más que las entradas de los edificios conocidos, sus azoteas, algunos parques, las entradas de tiendas cerradas. Así fue por algún tiempo. Veo con claridad las calles de la

ciudad, las avenidas negras y húmedas por las cuales erré durante días y noches enteras con monos espeluznantes. Recuerdo la presencia de gente que prendía veladoras a mi lado mientras dormía sobre una banqueta. No sé si esa gente era real, ya desde aquel entonces la heroína me disolvía el cerebro, veía gente y cosas que no estaban ahí, y era incapaz de mirar una pared sin que de los patrones del cemento surgieran las siluetas oscilantes de calaveras y demonios. Es un suplicio incontrolable, y lo único que me lo quita es la *lady*. Enseguida siento que el corazón se me tranquiliza, me escucho a mí mismo diciéndole: «Calma, chiquito, ¿por qué vas por la vida tan acelerado? Te toca tu hora de descanso...» Las paredes recobran solidez, se cierran las puertas del infierno y todo deja de ser tormentoso y amenazante por un rato.

Hubo quienes me levantaron de ahí. Al principio me daban miedo, porque parecían leprosos o sobrevivientes de una bomba atómica, parecía que algo les estaba carcomiendo la piel. Los seguía dudoso a través de callejones oscuros a unos lugares que a duras penas se podían llamar edificios abandonados. Eran sótanos con olor a muerte donde la gente iba dejando pedazos de sí; ropa y colchones, jeringas, rastros de sangre y de mecos embarrados en el piso, en los muros, plastas de mierda amontonadas en cubetas abandonadas hace meses. Nadie sacaba la basura, nadie siquiera podía levantarse a sí mismo; se habían vuelto parte del panorama. Incluso sus ardores, sus deseos y ambiciones los dejaban ahí regados, les supuraban del cuerpo mientras estaban ahí tirados, atasabados, a tal punto que se podía sentir la substancia etérea y viscosa de la cual estaban hechos los sueños de toda esa gente cuando te recostabas en el piso o te recargabas contra alguna pared.

Te llegas a preguntar cómo puede alguien vivir ahí. Pero ellos te recibían, te cocinaban un poco de chiva junto a la luz de una vela. No existe generosidad como la del que se quita la heroína de la vena para inyectártela a ti. Cuando sientes el trepe y toda la negra que traías cargando por fin se disipa, los vuelves a observar y parece que pudieras ver a través del velo opaco de sus ojos, del cascarón reseco y agrietado de su piel. Es como si los vieras de verdad por primera vez, y entiendes que por debajo son como ángeles. Sus rostros son de una belleza sobrenatural, y brillan con una luz que les emana desde adentro. Sus ojos te observan con una quietud divina, algo parecido a lo que alguna gente llama «piedad». Entonces entiendes que esta gente viva aquí. Este lugar al que has llegado es el más cálido y acogedor de toda la tierra.

Hace mucho que no siento una presencia benévola junto a mí, como las que sentía en ese entonces. Me llegan destellos de presencias cálidas y cercanas, olores que me regresan a tiempos remotos. Voy siguiendo el rastro de lo dulce, lo suave y lo cálido, directo hacia ese lugar sin retorno, y nunca falta que de camino me encuentre a mi Valerie. Mi princesa punk, tan sofisticada, tan refinada ella. Cuando fumo goma la veo como si estuviera viva, recuerdo su piel tatuada de monstruos marinos y lenguas apuñaladas, como un mapa del tesoro. Toda ella era el tesoro, un misterio que no quería llegar nunca a desentrañar.

Épocas irrecuperables cobran vida ante mí como espejismos, pero todo lo veo desde fuera, con el desprendimiento de un espectro. Revivo nuestra convivencia terrible, desenfrenada, los dramas en las escaleras de su edificio, sus llantos y gritos descontrolados cuando se enteraba de que estaba con la *lady* en vez de estar con ella, y cómo regresaba siempre, amándome más que antes, como si fuera urgente, como si supiera que se le acababa el tiempo. A Val nunca le gustó la chiva, pero ella sabía que no podíamos estar juntos de otra manera, así que emprendió el camino conmigo. Y se me adelantó. Cuando fumo goma y la veo entre sueños, ella no está triste, ni enojada. No se puede decir que me esté esperando, porque ya no está sujeta a las leyes del tiempo.

Me observa de lejos, quizás la conmueve un poco verme luchar por llegar hasta ella.

Siento a mi perro el Mijo en una esquina del cuarto, como si estuviera ahí, lamiéndome la mano, dándome vueltas alrededor, gruñendo y chillando, esperando a que se me pase el *rush* para poder salir a pasear. Ese pobre Mijo, creo que se la pasó una buena parte de su vida con ganas de mear. Lo veo ante mí tal y como me lo encontré, todavía cachorro. Me acuerdo de cuando llegué a la cueva y el Mike estaba jugando con él, y cuando entré me dijo:

—Flaco, ¿cómo ves? Encontramos a tu perro. Míralo, es igualito a ti.

El pobre Mijo estaba flaco y jodido, y cubierto de grasa de motor. Sí, era idéntico a mí. No había terminado de negarme y quejarme y ya el perro me seguía a todos lados con su cara de huérfano hambriento. Oigo sus gemidos de fondo, insistiendo. Ese Mijo era el perro más listo del mundo. A todos se los torcía. Aprendió a olfatear chiva y nos encontraba a los marchantes cuando salíamos a pescar. Luego, si nos dábamos una probadita en el tren, nos despertaba antes de que se nos fuera la estación. Muchas veces se nos iba de todas maneras por no hacerle caso. A mí lo que más me gustaba de ese animal era que podía estar feliz tirado contigo, acompañándote mientras se te pasaba el *rush*, y lo único que pedía a cambio era que le dieras unas croquetas y lo sacaras a mear. Yo creo que es posible buscar por toda la faz de la tierra y no encontrar nunca a un amigo así, como ese que tuve yo.

Aun dormitando me cocino un arpón y me doy unos jalones de opio. La *lady* prolonga las visiones del opio; entro en un estado cadavérico, y me dejo hipnotizar por el espectáculo de luces dentro de mi cráneo. Recuerdo pasar días enteros así, tendido en un colchón, ensayando para no volverme a levantar nunca, sintiendo cómo las paredes del cuarto se ciernen sobre mí hasta prensarse alrededor de mi pecho. Mis oídos zumban con un rumor eléctrico, como cascadas o cables de alta tensión, pero aun así los ruidos del pueblo entran por mi ventana, y desde mi profundo sopor lo sé todo; oigo ladrar a los perros y las campanas de la iglesia, los pasos arrastrados de los que vagan por las calles, las riñas a muerte y los llantos de rabia que les siguen. Oigo pasar los entierros y los gemidos de placer y de dolor que salen de las casas a cualquier hora del día. Vuelvo a saber qué es lo que sucede cuando estoy del otro lado del humo; y es que los muertos regresan, o quizás yo voy al lugar donde viven los muertos, y me dejan quedarme con ellos un rato.

Sí, la heroína es un portal al mundo de los muertos. Porque mata lentamente, y no hay tal cosa como una vida consumiendo chiva, solo descensos más o menos prolongados hacia el inframundo. Pero también porque, cuando te inyectas *lady*, todo se vuelve más lento. Se crea como un silencio dentro de ti, y los escuchas, los sientes a tu alrededor. Oyes sus cuchicheos constantes, y sientes sobre ti sus miradas inquisitivas, llenas de interés.

Los muertos nos observan con fascinación, pero con total desprendimiento. La mayoría ya no están involucrados en asuntos de la tierra; creo que sienten ternura y lástima porque nosotros sí, por la importancia que le damos a todo. Lo ven todo como detrás de un vidrio, desde la perspectiva del que ya no tiene nada en juego, del que ya no se opone a nada, ni siquiera al tiempo mismo.

Existen algunos que no quieren estar muertos, que quieren seguir jugando a la vida, y como no pueden se agitan, y andan de inquietos por el mundo dándoles lata a los vivos. En este pueblo son multitud. Van y vienen por las calles y los pasillos de las casas, entran aquí de curiosos, y te observan. Lo mejor es ignorarlos, porque cuando se dan cuenta de que los puedes ver, toman interés en ti. Vienen a sentarse en mi cama o se quedan en el marco de la puerta, y me hablan,

porque saben que los oigo, que en el fondo soy uno de ellos, aunque sigo de este lado. Me cuentan sus inquietudes, me mandan a realizar encargos, me dicen:

—Te lo imploro, ve por favor con mi primo y dile que no le guarde rencor a su compadre por culpa de esa mujer que lo engatusó. Si lo ves que anda borracho y se duerme, aprovecha y llévate el fusil que tiene sobre el hornillo, y lo dejas tirado en la selva. Esa escopeta fue de mi tío, y al tío le va a dar tristeza si la usa para matar a su ahijado. Dile a mi primo que nunca van a poder descansar, ni él ni su compadre, ni el tío tampoco. Por favor, ve y díselo antes de que haga algo que no debe, te lo imploro por lo que más quieras...

Así llegaban y me decían, y yo les decía que no, que no era mi asunto, que yo había venido al pueblo a encontrar paz, que si me encontraban robando pistolas me iban a amarrar y a linchar, que yo no servía para eso.

—Tú ya vas de salida, no te cuesta nada. Haz algo bueno antes de irte, no seas malo.

Hasta los muertos tratan de sacarle provecho a uno, incluso cuando uno ya no está más que despellejándose en la cama, convirtiéndose lentamente en polvo, cuando uno ya no sirve más que para escuchar sus quejas.

Otra vez entró una niña al cuarto. Primero pensé que era una niña del pueblo. Tenía como nueve años y venía llorando, preguntando por su perro.

—¿No has visto a mi perro? —me decía—. Se me fue del otro lado de la carretera y corrí a alcanzarlo, pero ya no lo veo.

Yo me hacía el dormido, pero la niña insistía, hasta que abrí los ojos, un poco, y levanté la cabeza. Le dije:

—No, nena, aquí no está tu perro.

La niña nomás se sorbía los mocos y se frotaba los ojitos.

—¿Dónde está mi perrito? —me preguntaba lloriqueando.

—Tu perro se fue con la luz —le dije—, tú también tienes que irte para allá, allá lo vas a encontrar.

Siguió necia la niña un rato chillando y jaloneándome. No sé si me hizo caso, pero al cabo de un rato se fue, de seguro a seguir buscando al perro.

Así vinieron varios. Incluso después, cuando desperté y me incorporé en la cama, aún los recordaba, quiénes eran y lo que habían venido a decirme. Cada uno de ellos había quedado atrapado en una especie de bucle; el tiempo pasaba pero ellos se empeñaban en hacer lo mismo. Van buscando quien los ayude, y en cuanto encuentran a alguien se ponen a lamentarse y a suplicar, porque piensan que vas a sentir lástima por ellos y los vas a ayudar. Llega una y te dice:

—Quítame estos calcetines, por favor. Yo jamás en toda mi vida usé calcetines amarillos. Mis hijos me los pusieron por pura maldad. Por favor, se lo suplico. Vaya allí al panteón y quítame los calcetines.

Al cabo de un rato, llegaba otro y decía:

—Mire, vaya usted y pregunte por la granja de su servidor, Antonio Sierra. Dígale a mi mujer que ahí debajo de la higuera enterré un cofre con dijes de plata. Yo intenté decírselo pero no pude, por la parálisis. Dígale que yo lo envíe, que a cambio le dé los pendientes de esmeraldas..., ándele, vaya...

Y después de un rato, otro:

—Deme para una cervecita, don, no sea. Ya me iba yo a mi casa y me golpearon unos gañanes.

Solo quiero echarme un trago para quitarme el susto. Pido y pido, y nadie me da. Tenga piedad en su corazón.

Yo me quedé ahí sentado en la cama un largo rato, lo estuve pensando mientras fumaba cigarro tras cigarro. Ya llevo mucho tiempo en esto. Sé lo que pasa, sé que la droga no solo adormece el cerebro sino que lo contamina, lo va royendo y desgastando. Lo he visto suceder incontables veces; empiezan los cuates alucinando, piensan que la casa ya se la tomaron los bichos, sienten hormigas en la piel y larvas de gusanos en la panza. Luego empiezan a ver a toda la gente que dejaron en el camino, los ves ahí sentados hablando con ellos. Si no se matan rápido, acaban delirando y babeando, sacudiéndose en la cama, incapaces de levantarse para no cagarse en ella. Se les vuelven los nervios como una pulpa de caucho.

Pensé mucho en el hermano de mi amiga Elisa. Le decían Cristo, hazme el favor, supongo que se llamaba Cristóbal. Uno de los primeros recuerdos que tengo de ese compa era que el techo de su cuarto tenía chorros café que lo cruzaban de un extremo al otro, de cuando se picaba la arteria y le salían chisguetes de sangre a presión, y cuando yo lo vi ya no le faltaba mucho para terminar de pintarlo entero. A él se le infectó la sangre y las bacterias le empezaron a carcomer las válvulas del corazón. No sé cuántos millones de *shots* de chiva se hayan gastado los padres de mi querida Eriza para mantenerlo vivo, pero el caso es que le arreglaron el corazón al hermano, y como se siguió chutando después de eso, pues se le volvió a infectar.

Terminó el buen Cristo en un cuarto aséptico; como ya no había manera de controlarle la infección y a cada rato había que abrirle el pecho para operarlo o inyectarle los antibióticos, pues ya mejor ni lo volvían a cerrar. Ahí lo tenían acostado en la cama quirúrgica de su cuarto, totalmente consciente, con el pecho abierto y el corazón expuesto. Podías ver cómo le latía y todo. Hasta él, si estiraba el cuello, se podía asomar ahí dentro. A nosotros nos dieron unas mascarillas y nos dejaron entrar, dizque a despedirnos de él. En realidad lo usaban para asustarnos, y la mera verdad es que sí daba miedo, el cabrón. Pinche Cristóbal, con todo y que tenía el corazón y toda la carne al aire te sonreía, te hacía plática. Te presumía las pinches drogas a las que lo tenían enchufado cada instante del día, sobre todo para calmarlo, porque en cuanto le entraba un poco de lucidez lo único que hacía era aterrarse y suplicarte que por favor lo mataras, pero no había nada que hacer. Los padres lo querían salvar. Querían que estuviera vivo a fuerzas.

Así lo tuvieron durante varios días, semanas quizás. Obviamente al cabo de un rato el pobre empezó a desvariar. Fijaba el techo con esa mirada que tienen los yonquis en el *rush*, como si por ahí se filtraran visiones venidas de otra dimensión. Nos saludaba a todos, uno por uno, hasta a los que ya no estaban ahí, hablaba de toda la opulencia y el refinamiento que lo rodeaba, de cómo ahí solo había silencio y del silencio salían las voces de gente que lo cuidaba, y nosotros pensábamos que estaba hablando de su cuarto aséptico. Nunca se me va a olvidar el Cristo hablándonos, llorando y haciendo muecas con el corazón al descubierto. Parecía un experimento nazi, el cabrón. Al final ya no se entendía bien si estaba vivo o si ya nomás estaba como reanimado, si era él el que gemía y se retorció, o si ya nomás era su cuerpo el que seguía ahí, zangoloteándose. Quién sabe qué tenía que pagar, a qué se le resistió tanto, que acabó con el corazón puesto ahí a la vista de todos, como si ni eso lo hubieran dejado guardar en la intimidad de su pecho.

Yo sé que hace tiempo que mi cerebro está todo licuado por la droga, que no puedo confiar en lo que veo y lo que escucho. Sé que soy incapaz de distinguir los sueños del opio de mi vida cotidiana, y es absurdo creer que puedo escuchar a los muertos, pero mientras más lo pienso, más sentido tiene. Estoy tan cerca de ser uno de ellos, que la frontera que nos separa se vuelve

sumamente tenue, quizás por momentos incluso deja de existir. Ya tiene rato que me sucede, solo que me cuesta trabajo recordarlo cuando estoy despierto. Es como si yo ya fuera uno de ellos, un espíritu que se aferra con terquedad al cadáver que trae cargando.

No debe ser la primera vez que un yonqui como yo desarrolla la capacidad de ver a los muertos. Es probable que le haya sucedido al buen Cristo, y que les suceda también a los ancianos, a enfermos terminales, a la gente que está anestesiada en una mesa de operaciones o atrapada en derrumbes o incendios. Es un fenómeno poco conocido porque, estando tan cerca del umbral, la mente sufre demasiado y ya no entendemos bien lo que nos pasa. Nuestro cuerpo es incapaz de hablar, o ya no queda nadie a quien decirle lo que nos sucede. Nadie nos escucha, y si nos escuchan piensan que estamos locos. La capacidad dura lo que dura este estado limítrofe y transitorio que nos separa del vacío, y al poco tiempo nosotros estamos muertos también. Ya no hay nada que contar, ni nadie a quien contárselo. Por eso yo lo tengo que contar aquí, mientras todavía puedo.

Se me ocurría que, en otros tiempos, con un poco más de vitalidad y ambición, le habría podido sacar provecho a esta situación. Un nigromante capaz de actuar como intermediario entre los muertos y sus familias suena como una profesión altamente redituable en un pueblo como este. Habría podido cobrar entrada a una carpa para comunicar a los vivos con sus difuntos, resolver los problemas que afligen a las almas en pena y que a su vez atormentan a sus descendientes, todo con la ventaja adicional de que, a diferencia del espectáculo fantasmagórico y desconcertante que elaboran la mayoría de los médiums faranduleros y brujos de pacotilla, no habría sido una estafa. Habría podido llegar a ser un hombre de estatus y poder en el Zapotal, la clase de hombre respetado a quien las familias ofrecen a sus hijas como pago por un servicio invaluable, y a quien el pueblo ama, mantiene y provee de todas sus necesidades, solo para que no se vaya a otro pueblo a ofrecer sus servicios allá.

Quién sabe, por otra parte, si toda esta gente que me visita es real. Puede que esto no sea más que otra manera de volverse loco, la que me toca a mí. Solo habría una manera de comprobarlo con certeza, y sería ir a la granja de ese tal Antonio Sierra y averiguar si en efecto el hombre escondió un cofre con dijes de plata debajo de la higuera. No tengo razón para hacerlo, más que para comprobar mi teoría y demostrar que no estoy loco, y también porque ya pronto va a escasear la *lady*, y si tengo que volver a alguna ciudad a comprar más lo mejor es preverlo con un poco de anticipación.

Es muy probable que para entonces ya haya cruzado la frontera montado en la lancha de mi señora. Yo sí lograré cruzar; solo se quedan los que tienen algo en juego de este lado, y yo ya no tengo nada en juego, solo esto. Quiero comprobar que todo esto no es solamente un delirio, porque le daría sentido a mi misión aquí. Me confirmaría que sí soy un visionario, algo parecido a un santo, y no solo un yonqui que no tuvo vuelta atrás. Siento que me haría bien salir, quizás por última vez, de este cuartucho de concreto en el cual llevo días encerrado y que empieza a adquirir el aspecto polvoriento y putrefacto de una cripta. Quizás un poco de esfuerzo físico, un poco de aire y de sol terminan por rematarme. Tiempo para la tumba habrá, y si resulta que tengo razón, puede que hasta le logre sacar una ganancia, sin importar cuán diminuta sea, a toda esta situación de mierda. Eso es, a fin de cuentas, lo que me importa a mí: no quedarme sin chiva. ¿A quién chingados podría interesarle ser un hombre de estatus, amado y respetado... en un lugar como el Zapotal?



## 8

Hace tiempo que no controlo la parte de mi mente que toma decisiones lógicas, aunque sé que aún existe. Sé que hay una lógica en mí, aunque no sé exactamente lo que la riga. No sé, quizás existe más de una. A veces me da la impresión de que hay dos personas dentro de mí: uno —a quien identifico como «yo»— que intenta extinguirse a sí mismo, y de esa manera librarse del peso de la materia usando los medios más indoloros y expeditivos a su alcance, y otro, mucho más terco, vicioso y escurridizo, que se mantiene vivo a pesar de todo, y me arrastra tras de él adonde quiera que va.

Mi proceso para tomar decisiones consiste en un enfrentamiento feroz entre esas dos facetas de mi personalidad, con la consecuencia de que a veces el simple acto de ir a la cocina y lavar una taza me toma días enteros, pero idear y ejecutar una estafa maestra para conseguir un gramo de chiva podría tomarme veinte minutos, con contratiempos. Es raro que ambas facciones logren ponerse de acuerdo y tomen cualquier cosa parecida a una decisión, pero cuando eso sucede siempre me entero cuando ya es demasiado tarde, cuando ya estoy vestido y deambulando por las calles como un cadáver reanimado; con perfecta consciencia de adónde voy pero sin ninguna noción de cómo fue que llegué ahí.

Termino caminando por las calles de un pueblo perdido, hacia la granja de un hombre que ni siquiera sé si existe. No necesito los pendientes de plata, porque ya pronto se me va a apagar este motor que traigo dentro del pecho. Don Tomás, o quien sea que me encuentre, puede usarlos para pagarme un entierro, o quizás —y es mucho más probable— se los quede por la molestia de tener que lidiar con mi cuerpo cuando yo ya no esté aquí. Lo que sí es seguro es que, si no me logro morir con la chiva que tengo, tener esos aretes me va a dar un margen de error, una vía de escape por si todo sale mal.

Me es difícil conseguir indicaciones en este pueblo. La gente me rehúye y se dispersa al verme venir, y me cuesta trabajo acelerar el paso para alcanzarlos. Levanté la voz e intenté llamarlos, pero es como si en toda la aldea no hubiera más que sordos. Arrastraba los pies para avanzar por las calles empolvadas y mal asfaltadas, bajo el calor aplastante. Mi cuerpo quería sudar pero no había agua en él, en vez de eso me ardía como si tuviera llagas abiertas por todos lados. Observé mis manos cuarteadas, mis ropas deshilachadas; todo lo que yo era parecía desmoronarse y dejar un fino rastro de polvo grisáceo por su paso. Se oía el zumbido de los tábanos volando sobre las hiedras a un lado del camino, pero más allá de eso un silencio absoluto, como si el tiempo estuviera suspendido. Toqué a las puertas de algunas casas de adobe y lámina, tiré de cuerdas que hacían sonar campanas adentro de los ranchos, pero nadie respondió. A lo lejos veía la iglesia, y pensé que la mejor opción podría ser ir hacia allá. La caminata era larga y no me sentía listo para

una travesía como esa, pero mis pies se alineaban, uno frente a otro, y avancé.

Iba por la vereda y sentía presencias a mi alrededor, pero cuando me detenía a observar no se percibía un solo movimiento en toda la cercanía. Creí distinguir a aquellos chicos vestidos de harapos siguiéndome por entre la maleza, pero muy rápido les perdí el rastro. Al cabo de un rato vi la silueta de un hombre que venía por el camino en el sentido opuesto al mío, hablando solo. Parecía preocupado, sumido en sus problemas. Se iba sobando el cuello, los hombros, la espalda, y cuando se acercó, escuché que venía diciendo: «Ay, nanita..., mi espalda..., cómo me duele mi espalda...»

Al cruzarnos levantó la mirada y me vio, mientras yo me seguía de largo. No se alejó ni se sobresaltó, solo se me quedó viendo ahí de pie, y me dijo:

—Oiga, ¿no tengo a nadie atrás?

Estábamos solos en cientos de metros a la redonda.

—No, jefe. A nadie.

—Hijos, es que siento algo aquí atrás... —decía, y se volteaba como para ver por encima de su hombro y rascarse o sobarse algo en la espalda— que me arde como su chingada...

Este seguro era el loquito del pueblo. Me habría gustado evitarlo, pero no había tanta gente a la mano para salir de dudas, así que le pregunté:

—Disculpe, ¿la granja de Antonio Sierra?

Me miró como si no tuviera idea de lo que estaba hablando.

—Va en el rumbo equivocado —me dijo—. El cementerio es pa' allá.

Señaló en la dirección opuesta a la cual yo me dirigía.

—No voy pa' el cementerio —le dije.

Me miró perplejo, sonriente, como si lo estuviera yo entreteniéndolo.

—Todos vamos para allá.

El tipo parecía confundido. Creo que pensaba que yo era un muerto. Ya podría haberse fijado bien. Deben estar muy acostumbrados a ellos por aquí.

Seguí caminando.

—Oiga —me dice—, ¿usted no sabe cuánto cuesta el paso?

Me detuve un instante, perplejo.

—¿El paso adónde? —le pregunto—, ¿a poco hay que pagar para andar por aquí?

Me mira y se ríe, se tapa la boca como si ya hubiera dicho de más.

—N'ombre..., está usted más perdido que yo, ¿verdad? O quizás todavía no le toca.

Eso me dice mientras se me acerca y me examina de cerca las marcas de piquetes encostradas en el cuello, los brazos. Veo que viene cubierto de tierra, y le caminan hormigas por la cara, y las manos le salen por debajo de las mangas del saco. Se me acerca tanto que parece que hasta me olfatea, el loquito este, antes de soltar:

—Yo les llevé los ojos de mi esposa, Fabiola, pero no me los aceptaron. Ahora voy a por las manos de Venus Ochoa, el cabrón que me la quitó. Las voy a usar para rascarme la espalda. Eso es lo que más quiero en este mundo, no se me ocurre nada más. ¿Usted cree que me las acepten?

Enfrenté su mirada desquiciada con desconcierto, pero no respondí nada. Este no era un lunático normal. Era un muerto enojado, de esos que van buscando venganza. Lo supe desde antes de que se diera la vuelta y empezara a alejarse, que vi los tres plomazos del tamaño de lentejas que tenía repartidos por la espalda. Ese sí me sacó un susto. Me quedé frío ahí en lo que el

hombre se iba alejando. Me tomó un rato retomar la marcha, pero seguí andando por la vereda un largo rato, bajo el sol, siguiendo la cruz sobre el campanario de la iglesia que sobresalía de los cerros a la distancia.

Me detuve en el camino al escuchar detrás de los maizales un sonido rítmico, metálico y rasposo, y sin proponérmelo mis pies me llevaron hacia él. Eran media docena de hombres en un descampado, cortando hierba con machetes que al encajarse en la tierra y golpear las piedras sepultadas bajo el suelo arcilloso emitían una nota aguda de acero vibrante. Estos sí parecían de carne y hueso. En cuanto me vieron interrumpieron su labor, se incorporaron y clavaron sus ojos en mí sin decir palabra. Para no tener que gritar caminé hacia allá; solo se oía el viento soplando por entre la hierba y ellos se mantuvieron de pie y en silencio, empuñando los machetes y observándome, como si estuvieran viendo una aparición, pero también como si no fuera la primera vez que veían una, y ya supieran cómo lidiar con ellas.

Me acerqué y les pregunté si conocían la granja de Antonio Sierra, y la sorpresa fue descubrir que la granja sí existía. Uno de ellos, un tipo de unos sesenta años con la piel cuarteada y un sombrero de paja, dio unos cuantos pasos al frente y me respondió que sí, que la granja estaba a unos doscientos metros, pasando el arroyo, y que se entraba por un camino que cruza por un campo de nopales. Que qué quería con él, me preguntó.

—Se ve usted muy flaco para ser del banco.

Le dije que venía a realizar un encargo que me había hecho el señor Sierra. Que cómo iba a ser, dijo el hombre, que venía yo tarde, que hacía seis años que Toño Sierra había tenido una embolia y quedó sin la capacidad de moverse ni hablar, que había muerto hacía cuatro ya. Ahí había dejado a la hija y a su pobre mujer, y ya pronto iban a venir del banco a quitarles la granja.

Les di las gracias y me di media vuelta. Me tomó un rato alejarme; ellos hicieron algún comentario burlón a mis espaldas y retomaron su trabajo. Dejé atrás de mí el sonido tajante y rítmico de los machetes para dirigirme, a través de una voluntad necia y ajena a mí, en dirección a la granja de Antonio Sierra.

Caminé por la vereda que me indicaron, luchando con cada paso por llegar al arroyo, y cada tantos metros tenía que sentarme sobre un tronco o una piedra a un lado del camino para retomar el aire. Tenía sentido que el buen Toño Sierra me hubiera escogido a mí para llevarle este mensaje a su mujer. Cualquier otro habría entrado a la granja en secreto, habría envenenado a los perros, cavado un hueco de noche bajo la higuera, y se habría llevado todo sin decirle una palabra a la esposa. O habrían podido esperar a que el banco reclamara el terreno y lo dejara algún tiempo abandonado, y luego entrar a escarbar. Yo no tenía la fuerza, ni tenía la ambición, tampoco. En ese sentido, lo entiendo; a pesar de todo sigo deambulando aquí, aunque no por mucho tiempo. Soy el candidato perfecto. Hace rato que tomé un callejón en sentido único y sin vuelta atrás. Ya nada me puede retener en este mundo, ya ni el dinero, ni siquiera el amor. ¿Qué amor se puede comparar al que tiene por uno la Flaca, que nos quiere como una madre, y siempre está lista para recibirnos de vuelta en su vientre? Ya nada me interesa en esta tierra más que la chiva, y la chiva no me retiene en este mundo, sino que poco a poco me va alejando de él.

Cómo es terca la carne, que al cabo de un rato ya había cruzado el arroyo y veía a algunos metros el campo de nopales que marca la entrada a la finca de Antonio Sierra. Me adentré por el camino sinuoso que serpenteaba incontables veces por entre los cactus sin un solo árbol a la vista, ni una sola sombra donde resguardarse. Lo recorrí, paso a paso, aun cuando mi cerebro se empezó a cocinar dentro de mi cráneo y pensé que me desplomaría. Seguí hasta que logré entrever la

pequeña casucha blanca, rodeada por una barda azul que encerraba un pozo y una higuera. Alrededor había un par de gallinas, un maizal y una vieja pick-up destartada. Esa era toda la granja.

La muchacha —debía tener veinte años, a lo mucho— me recibió a punta de fusil. Que qué quería yo, que qué hacía yo ahí, me preguntó. Su madre me observaba con sospecha desde la entrada de la casa, y a partir del momento en que me puso los ojos encima no dejó de acariciar una cruz plateada que traía colgando de un rosario con cuentas de nogal. Que si venía yo del banco a quitarles la granja, preguntaba la hija, porque me metía un plomazo ahí donde estaba. Que mejor me diera media vuelta. Intenté pedir un vaso de agua, pero mi voz salió seca y rasposa, como un gruñido o un estertor. Me ardía tragar saliva. Sentía el cerebro palpitar en mis sienes, los ojos secos y endurecidos a punto de salirse de mi cabeza por la presión. Cuando entendieron que me estaba muriendo de sed la hija bajó la escopeta y se me acercó, mientras la madre se dirigía al pozo. Me sentaron en la sombra y me dieron un vaso de agua, y luego otro. Pensaban que yo era algún antropólogo de esos que salen a buscar oro y ciudades arqueológicas, que ya llevaba meses perdido en la selva.

Pasó un rato antes de que pudiera decirles por qué había venido. No querían meterme a la casa, pero al final no aguantaron el sol y me dejaron entrar hasta la sala, bajo los ojos atentos de la hija que no dejó de seguir cada uno de mis gestos. Pasé frente a un espejo que tenían colgado en el pasillo. Hacía semanas que no me veía en un espejo, y no esperaba encontrarme con lo que había ahí. Era yo un esqueleto con un trozo de cuero lleno de llagas que me recubría el cuerpo entero. Las ojeras alrededor de mis ojos parecían pintadas con una nata espesa de grasa negra. Me veía como si hubiera salido de debajo de la tierra, como si me hubieran empezado a devorar los insectos y a medio almuerzo se hubieran arrepentido.

En el sofá de la sala me encontré a Antonio Sierra, sentado con la mirada fija en el vacío, como ido o catatónico. Ellas no lo veían, me invitaron a sentarme sobre él y les dije que no, muchas gracias. Me quedé de pie, encorvado, sosteniéndome las tripas para no vomitarlas en el piso de la sala. Luego entendí que, aun muerto, Antonio Sierra seguía tirado en el sofá, paralizado por la embolia. Se le había vuelto costumbre.

Les expliqué la situación, les dije con los menos rodeos posibles que Antonio les había dejado un legado, que yo podía ayudarlas a encontrarlo, que a cambio solo pedía unos pendientes de plata con esmeraldas incrustadas que Antonio me había prometido si le hacía este favor.

Madre e hija intercambiaron miradas de desconfianza. Yo sabía lo que pensaban: no solo sonaba improbable y fantástico, sino que emanaba la peste característica de una estafa. Que el mensajero fuera un yonqui moribundo y asqueroso no ayudaba, aun si tenía sentido: de cierta manera, no habría podido ser nadie más. Me pregunté si no estaba quebrando un delicado equilibrio preestablecido entre los vivos y los muertos, y creo que prefería que se rieran de mí y me mandaran de vuelta al calabozo para inyectarme mi último arpón de *lady*; pero no lo hicieron. Lo que les decía hacía eco en ellas, ya llevaban rato preguntándose qué había hecho Antonio con los ahorros, con lo meticuloso que era para ahorrar. Con lo codo que era, pues. Ya llevaban tiempo buscando. Les interesó, no tenían nada que perder. Al cabo de un rato la hija había conseguido picos y palas y estábamos reunidos alrededor de la higuera, dispuestos a comprobar si esta situación delirante era posible en un mundo que se decía racional, como el nuestro.

No esperaba que me pusieran a excavar, pero sí lo hicieron. Era la opción caballerosa, y parecía estar implícito que si iba a recibir unos pendientes de plata, tenía que merecérme los. No

todos los días se ve el espectáculo vergonzoso de un esqueleto cavando un hueco. La gente olvida que es una tarea ardua y agotadora, y yo no estaba en condición de realizarla. Me dieron media tortilla con frijoles y una raja de aguacate y solo por eso no me desmayé. Don Antonio se había aplicado, no quería que las primeras lluvias desenterraran su tesoro, y a cincuenta centímetros de profundidad todavía no habíamos encontrado nada. Ahí estuvo, de pie, pasmado en el horizonte, todo el rato, sin decir nada.

Ya entrado en la tarea, se me ocurría que podría aprovechar la ocasión para cavar mi propia tumba, que una vez terminada la búsqueda del cofre, podría pedirles a las dos mujeres que me arrastraran dentro de la fosa, me dieran mi *shot* de *lady* y me enterraran ahí mismo. En cuanto pensé que iba caer desmayado me relevó la hija. Me senté ahí cerca, escuchando a la muchacha excavar, el ruido rítmico de la pala raspando sobre la tierra, hasta que el calor y el sonido me fueron arrullando. El cansancio se apoderó de mí, y terminé por quedarme dormido a la sombra de la higuera. Fue un sueño profundo, como un coma, tenía el cuerpo tieso y acalambrado por el esfuerzo.

De ese lapso no tengo ningún recuerdo, y cuando me desperté ya era mucho más tarde. El sol había bajado, y el cielo se había cubierto de nubes grises. Se oía el crujir de truenos lejanos como tripas hambrientas, y del suelo se levantaba un espeso vapor caluroso y sofocante. Ya hacía rato que escuchaba un alboroto entre sueños, un ir y venir de pasos puntuado de pequeños gritos suprimidos, respiraciones y cuchicheos, y tardé ya despierto en reunir la fuerza para levantar la cabeza y mirar alrededor. Sentía que las dos mujeres me miraban fijamente y esperaban que saliera de mi sopor, que iban y venían a mis espaldas y me observaban con sospecha y desconfianza.

Intenté levantarme, pero me costaba trabajo echar a andar el cuerpo. Lo sentía desganzado, como el de un muñequito de alambre o un títere con los hilos flojos, sentía que de no haber sido por el cuero seco que me recubría, mis huesos se habrían desparramado por el piso. Cuando por fin logré levantar la cabeza vi que no había nadie alrededor. Me abrí paso hasta la higuera y me encorvé para echar un vistazo dentro del hueco que había alcanzado casi un metro de profundidad alrededor del árbol, que ahora parecía un paciente muerto tras la operación, con las raíces expuestas en un enredo arterial, astilladas e inservibles. No había más que un hueco vacío en la tierra alrededor de la higuera, y las dueñas se habían esfumado por completo.

Arrastré mi cuerpo entumido hasta la casa, que encontré cerrada, apagada, como si hubiera estado en desuso por años. Ya no había gallinas, ni camioneta pick-up, incluso el maizal parecía más seco y descuidado de lo que me pareció cuando lo vi por primera vez. Llegué a preguntarme si no había dormido días enteros, meses quizás, si no había muerto por fin durante la siesta. Rodeé la casa, golpeé puertas y ventanas, pero no había nadie adentro.

Pensé que podían haberse ido al pueblo, o a la ciudad más cercana a pagarle al banco, pero no. Me habían engañado. Esperaron mi momento de letargo para escabullirse a mis espaldas. Si aparecen, se habrán puesto de acuerdo para mentir y negarlo todo. Aunque no debo parecer físicamente muy imponente, deben pensar que soy un lunático, o un demonio, y que les quiero quitar todo. O temen que si la gente del pueblo se entera va a entrar alguien a la casa a robarles las joyas y degollarlas. De seguro ya están muy lejos. Yo las llamé, les grité, les dije:

—Señora, por el amor de Dios, solo quiero comprobar que esto es real, que no me estoy volviendo loco. Por piedad, no me quiero volver loco. Pronto ya no seré de esta tierra, pero necesito esto para irme en paz. Háganlo por mí.

Me aterraba escucharme y darme cuenta de que ya estaba rogando y suplicando, que ya estaba empezando a sonar como ellos, como un alma en pena. La viuda Sierra debía pensar que mi vida no le llegaba siquiera al valor de aquellos pendientes, y es muy posible que tuviera razón. A decir verdad, nunca esperé ganar nada. Solo fui porque quería entender lo que me está sucediendo. Me imaginaba a la mujer y a su hija alejándose a toda velocidad del pueblo en la pick-up, la madre acariciando las cuentas de nogal de su crucifijo. Quizás rezaba porque había roto el pacto que yo tenía con su marido, pero eso no importaba porque esa noche rezaría más y se disculparía con Dios, y ahora que iban a tener dinero todo quedaría en el pasado, incluyéndome a mí.

Del cielo empezaron a caer gotas de agua tibias y espesas que levantaban polvo y me empapaban la camiseta. Creo que hasta ese momento, aun si llevaba tiempo arrastrando los pies, había logrado mantener la cabeza en alto, pero esos tiempos habían terminado. Atravesé el terreno, quizás caminar ya no es un verbo adecuado para mí, quizás fue algo más parecido a reptar, hasta un portillo de la barda que empujé para salir, y me alejé. La vieja me había dejado sumido en la incertidumbre más profunda, y lo único que quería era llegar al cuarto y ver a mi *lady*, para quitarme todas las dudas que habitaban en mí de una vez por todas.

Arreció la lluvia. Iba con los pies hundidos en el lodo, siguiendo el camino de tierra, pero me costaba ver delante de mí por el aguacero. Tenía la ropa empapada, pesándome sobre los huesos, encorvándome más que de costumbre. Me detuve un momento, estuve escuchando los truenos, y luego me quité la ropa, los zapatos primero, y luego la camiseta, los pantalones. Aun con la lluvia el aire estaba tibio, el agua que se deslizaba sobre mi cuerpo se teñía de gris, llevándose de mi frente y pelo la densa nata de polvo que se había acumulado a lo largo de los días.

Sentía rabia, no por las joyas, ni porque me hubieran engañado, sino por la incertidumbre a la cual me habían condenado. No es posible, no se puede ser desalmado de esa manera. Quién sabe, puede que este pueblo realmente esté olvidado de Dios. Ahora también tengo que considerar que no haya habido nunca ningún cofre, que todo el episodio en la granja haya sido un delirio, una fantasía que armé en un sueño de goma a partir de cosas que escuché en el bar, que los verdaderos fantasmas eran aquellos hombres en el campo que me decían que la granja sí existe; o ellas, esas dos mujeres que decían ser esposa e hija de Antonio Sierra.

No sé si fue el agotamiento o la inanición, o quizás el cosquilleo de una malilla inminente, pero experimenté algo ahí, mientras veía la luz púrpura y anaranjada que se filtraba a través de las nubes y los destellos de relámpagos que iluminaban el cielo cubierto por un manto gris. Tuve la certeza de que ya no faltaba mucho. Había demorado demasiado, y además me sentía bien, demasiado bien, como una flama que emite destellos radiantes cuando chisporrotea y consume las últimas gotas de su reserva de combustible. Mi cuerpo se estaba muriendo; muy pronto ya no sería habitable.

Creo que fue la primera vez que lo pensé realmente, porque sentí un retortijón de angustia en el vientre, como un niño al que sus padres olvidaron en el súper o en la escuela. Me sentí pobre, desamparado, y recuerdo que me pregunté cuál sería mi hogar entonces, adónde iría a resguardarme después. El Zapotal me pareció, en ese momento, el peor lugar del mundo para morir. Habría podido vomitar, pero ya no existía la fuerza del espasmo en mí. Todo estaba atrofiado. Exprimí la ropa bajo la lluvia torrencial, la tendí sobre mi hombro con el kit metido en el bolsillo del pantalón, y seguí mi marcha trabajosa y cadavérica, en cueros, hacia la habitación.

Tengo que considerar la posibilidad de que estoy solo, realmente solo, a punto de morir en un pueblo perdido, y para colmo delirante, inventándome fantasmas para tener compañía, para sentir

que le intereso a alguien. Tengo que hacerme a la idea de que, por primera vez, esta empresa en la que me embarqué hace ya muchos años, y en la cual no hay vuelta atrás, me está dando un poco de miedo. Ya no entiendo bien lo que sigue. Quizás los fantasmas podrían resolver mis dudas, pero Antonio Sierra ya no se aparece por ningún lado, y aunque se apareciera no sabría si creerle una sola palabra después de todo lo que me ha sucedido.

Una cita con la *lady*, eso es lo que sigue. Eso sí me queda claro.

## 9

Ya se había detenido la lluvia cuando llegué al cuarto, encuerado y empapado y con los pies cubiertos de lodo hasta los tobillos. Había salido el sol por entre las nubes, el aire se había vuelto fresco y nítido y una luz naranja y cálida hacía resaltar el contorno de todas las cosas. Incluso vi un arco iris poco antes de llegar a mi habitación. Era un día perfecto para morir. Llegué hasta el cuarto, tiré mi ropa empapada sobre la silla, y aún en cueros me senté en el piso de concreto a prepararme la despedida. Cociné, me armé un arpón bien cargado, no dejé más que restos en la lata. No había que desperdiciar nada. Ya era la hora crepuscular, y ya se estaba haciendo tarde.

Ya tenía la dosis lista y cargada en el arpón; una luz azul y eléctrica impregnaba todo el cuarto. Recuerdo la jeringa contra mi piel, que relucía de sudor como si estuviese hecha de plástico arrugado, y debajo de ella mis tuberías cansadas y endurecidas, apenas palpitando. No recuerdo el momento exacto en el que me chuté, para entonces me había dado unos llegues de goma y había aspirado un fondo de *lady* que quedaba en la lata, y con el opio y la *lady* se me olvidan las cosas, sobre todo los detalles.

No creo haber terminado de vaciar la jeringa entera cuando empecé a sentir el *rush*, ese cosquilleo como un animal cálido y húmedo, tan suave que parece que está cubierto de plumas, pero tan poderoso que te puede tronar la columna. Lo siento reptar por mis venas, siento que invade mi corazón y me sube por la espina dorsal, mordisqueando todo por su camino, me atraviesa por la nuca hasta llegar al cerebro, y entonces algo estalla dentro de mí. Se libera una energía que había estado dormida hasta entonces, una capacidad para el rapto y el éxtasis. Todo el cuerpo se me entumece, como si estuviera envuelto en un abrazo tan estrecho que apenas me deja respirar y que ensordece todo a mi alrededor.

Mis pensamientos se desenvuelven ante mí con una nitidez hiperlúcida; sigo sus cursos y conjugaciones hasta que bifurcan en meandros que ya no me siento capaz de reconciliar. Luego caigo en un coma profundo, me voy como flotando para alejarme de la orilla de un mar que se queda cada vez más lejos, mientras yo me quedo en medio de una nada que lo envuelve todo. No sé si mis ojos están abiertos o cerrados, pero me siento como metido en una caja muy estrecha, bajando hacia las más oscuras y recónditas profundidades de algún subsuelo. No soy ajeno a la sensación de hundirme; lo he hecho toda mi vida. Sé que nunca se llega al fondo. Acostado, inmóvil, me hundo, y en las profundidades encuentro mis recuerdos, como animales monstruosos nadando en lo más oscuro del océano.

Ahí veo a la Valerie. Siento su cuerpo cálido envolviéndome y su respiración lenta sobre mi cuello, el cosquilleo que me eriza la piel cuando me acaricia la espalda. Me sentía tan seguro y en paz con ella que me entraba la dormilona en sus brazos, me llegaban ideas y sueños, como cuando



fumo opio. Creo que en toda la vida no hubo nada tan parecido a darse un *shot* de *lady* como estar entre los brazos de mi Valerie.

Por entre las aguas, veo su cuerpo tendido en la cama. Me llega su olor a flores marchitas, y veo una casa en la montaña, con humo saliendo de una chimenea de piedra, en una ladera por encima de las nubes. Veo perros y niños corriendo por entre los árboles, amigos muertos pero entrados en años cocinando carne sobre un asador. Escenas imposibles. Creo que son todas las cosas que pude haber deseado en la vida. Hacía mucho que había olvidado los deseos y los placeres, eso es lo que hace la *lady*. Toma el lugar de todas esas cosas, y la vida empieza a girar alrededor de la próxima cita con ella, y nada más.

Recuerdo todas y cada una de las citas con Valerie. Aparecen frente a mis ojos, como espectros o espejismos, desde la primera; tan refinada ella, pura vitalidad, en la estación de autobús. Tomamos café y desde ese día le advertí que yo sería su perdición. Ella se reía. Veo otras, cuando la llevaba a pasear por las azoteas del centro y al deshuesadero de trenes. Yo siempre fui sincero acerca de lo que hacía en la vida, y creo que ella pensaba que había encontrado algo así como un gatito enfermo, y me levantó, me trató de curar. Creía que el amor me podía salvar. Pobrecita, siempre tuvo esa vena trágica, hay gente que parece que nace para sufrir, esa es su gran virtud y vocación en la vida, y la Valerie siempre fue así.

No sé por qué escogimos enamorarnos, aunque ya tampoco sé si uno escoge esas cosas. Sé por qué me enamoré yo, y es que yo ya no esperaba que eso sucediera jamás, que una mujer como la Val pudiera amarme tal y como era. No sé por qué se enamoró ella, pero alguna grieta tuvo que encontrar en ese caparazón que llevaba puesto para llegar a mí, porque lo logró, y fue la única que me alcanzó desde afuera. Creo que la vida intentó salvarme con Valerie, eso creo. No quiero pensar que la estaba mandando a ella al incinerador, aunque eso fue lo que acabó sucediendo al final.

Ella decía que la *lady* era como mi amante, y yo le aseguraba que yo a la única que amaba era a ella. Con el tiempo nuestras citas empezaron a tratarse cada vez más de la *lady* que de nosotros, hasta que por fin ella también se enganchó. Nos acurrucábamos como fetos durante días, y ella se iba poniendo flaca; pero la ojera y el look moribundo le sentaban bien, como a una duquesa de la noche. Lo único que querías era conseguirle su medicina a la muñeca de porcelana para verla sonreír, porque cuando por fin lo hacía era como si saliera el sol sobre toda la región. Recuerdo las excursiones por la ciudad, los flashes tirados en el parque, todo el tiempo refugiados en su departamento, antes de que lo perdiera y se viniera a vivir conmigo. Me acuerdo de todas las citas que tuve con mi señora salvo la última. Ahí se detienen las visiones, los recuerdos se enmarañan y desvanecen, el cosquilleo de la *lady* empieza a atenuarse. Todo se confunde y se vuelve tumultuoso de nuevo, y no logro recordar esa última cita. Creo que quizás la dejé plantada. Siento que esta vez será igual, que esta vez tampoco la lograré alcanzar.

Siento una cuerda muy tensa dentro de mí que revienta, y un destello luminoso inunda mi visión como si hubiesen arrancado el último cuadro de un carrete de película. El celuloide empieza a velarse y burbujear hasta evaporarse y dejarme flotando en un líquido de neón lechoso que lo abarca todo y en el cual solo se escucha un murmullo estático; el tenue diapasón de fondo de una galaxia en plena fusión a millones de kilómetros de distancia. Lo primero que siento es pánico, como si mi cuerpo se estuviera asfixiando. Busco patlear, mover el cuello, los brazos, pero no los encuentro. Mi cuerpo está muy lejos de aquí.

Antes de sentir confusión, creo entrever entre las tinieblas blancas que me rodean la figura de

una mujer, y siento algo que nunca siento cuando estoy drogado, algo parecido al miedo. Sé que no puedo verla a los ojos, y bajo la mirada. Sé que si la levanto, ese zumbido que escucho me podría destrozarse en mil pedazos. De reojo, se aparece ante mí una oscuridad espesa que amenaza con tragarme. Es la salida, parece como un hoyo negro que todo lo consume. Sé que no debo ir ahí. No por temor sino porque no entiendo aún lo que me está sucediendo. Prefiero quedarme aquí, donde aún se distinguen siluetas detrás del manto lechoso de la luz.

Vuelve a mí una vaga sensación de movimiento que se intensifica gradualmente. Está regresando la sensación a mi cuerpo. Siento que me trasladan dentro de una caja de un lugar a otro, a veces vertical y otras horizontalmente, distancias enormes que tendrían que atravesar la atmósfera o la costra de la tierra. Me insertan en bóvedas con domos y paredes de cristal sobre los cuales se proyectan fractales de luz, cada una habitada por una entidad distinta. Al entreabrir los ojos, veo seres erguidos como torres a mi alrededor, presencias masivas con cabezas de animal que me observan como a un insecto recién salido de su capullo. Estoy rodeado de entes colosales, como recostado en una mesa de operaciones. Y tengo la clara sensación de que el pronóstico es malo.

—¿Cuánto más va a durar esto? —les pregunto.

Ellos intercambian miradas desprovistas de toda emoción, y luego me examinan con sus rostros curiosos de cuervo, de grillo y de chacal.

—¿Cuánto más quieres que dure, flaco? Puede durar todo lo que tú quieras.

—Nosotros aquí inventamos el tiempo.

Quiénes son estos y por qué me tratan con tanta familiaridad me rebasa. Es como si me conocieran. No me juzgan, pero se creen muy listos y se burlan de mí. No quiero tener nada que ver con ellos, todavía no. No dejo de pensar que para estar alucinando así me tengo que haber dado en la madre bien y bonito. Quizás esta vez incluso sí me maté. Aunque también es difícil negar que, si a estas alturas sigo experimentando recuerdos y alucinaciones, es muy probable que sea porque sigo aquí, porque le fallé a la dosis, otra vez.

Estoy flotando en las aguas entre la vida y la muerte. Ahora sé lo que experimenta alguien cuando lo atropella un autobús o toca un cable de alta tensión. No hay miedo, ni dolor; uno se ve transportado de forma súbita ante algo tan enorme y asombroso que sabes de inmediato que has muerto, y que esa presencia sublime y aterradora no puede ser más que el origen y el final de todas las cosas. Comprendes que el tiempo es un juguete creado para darles una impresión de solidez a animales ingenuos como yo, y que ahora que estás dejando de habitar la materia, todos los tiempos están conjugados aquí, en este lugar al que estás llegando. Solo tengo que soltar y dejarme ir, pero cuando lo intento las presencias regresan a querer retenerme y atormentarme.

Entre las visiones se aparece el Mijo. En esos momentos siempre se me aparece el Mijo, y son los únicos en los cuales le hablo, porque soy incapaz de sentir dolor. Siempre que me lo encuentro le pido perdón, porque siento que nunca me dejó pasar lo que le hice cuando se murió. Le pido que me entienda, que en esa época se acababa de morir la Valerie y yo estaba muy mal. Ya lo único que me quedaba era él. Me acuerdo de cuando me sentaba en el colchón a llorarle a la Val; el perro venía y se sentaba junto a mí, y me recargaba la cabeza en las costillas. Y yo me quebraba, y nomás chillaba y chillaba.

Un día me fui a comprar chiva a un sótano del centro, y antes de regresar a mi casa a guardarme me puse cómodo, me cociné una dosis. Y luego otra. No sé en qué momento pasaron tres días, pero eso fue más o menos el tiempo que pasé ahí tirado. Mientras tanto algún yonqui

dejó abierta la puerta de la casa y el idiota del perro se salió. Quiero pensar que se fue detrás de una perra, o de una pinche chuleta que se cayó de un camión de productos congelados, que valía la pena lo que salió a buscar corriendo, frenético. No quiero pensar que salió a buscarme a mí, o que de plano pensó que lo había abandonado, o que me había muerto. Ese animal tenía calle y era más inteligente que la mayoría de la gente que conozco, nunca se habría dejado sorprender por un coche. Yo creo que se le puso enfrente, creo que el perro decidió que ahora que lo había abandonado era mejor morir que quedarse al cuidado de los demás cadáveres. Porque por alguna extraña razón que nunca lograré explicar ese perro me quería a mí. Se veía enterito el Mijo cuando regresé, parecía que nomás estaba dormido, que al ratito se despertaba. Y nomás no pude lidiar con eso.

Sí le lloré un poco, pero enseguida me armé un arpón y me quité la tristeza yo solo, ahí tirado junto a su cuerpo frío de perro muerto. Yo sabía que lo tenía que enterrar, que lo tenía que dejar ir, pero no podía. Ya había perdido todo lo que tenía, así que nomás me seguí picando. En mi casa no había jardín, solo un patio con piso de cemento, así que lo subí a la azotea y lo dejé ahí para que no se apestara la casa. Quedé que lo enterraría en cuanto encontrara algún lugar, algún pedazo de tierra donde lo pudiera ir a visitar, pero mientras tanto no podía ocuparme, no podía ni siquiera levantarme. Tenía que mandarme a la mierda un rato antes de despedirme de él.

Al cabo de varios días se quejaron del olor los vecinos y hasta mandaron a la policía, los muy culeros. Pensaron que era yo el que se había muerto. Cuando volví a buscarlo, el pobre Mijo estaba irreconocible. Era un montón de pelos con dientes, todo seco y podrido. Se había aplanado tanto que parecía tapete. Lo tuve que meter a una bolsa de plástico y lo saqué a la calle, sin saber adónde iba, dónde lo iba a poner. Acabé por tirarlo ahí en un montón de basura. Ese fue el mejor amigo que tuve en la vida, el Mijo. Fue por ese entonces que empecé a pensar en irme de la ciudad, y que terminé de morir por completo, aunque por fuera parezca que sigo en vida.

Como cada vez que me acerco al umbral, siento ahí al Mijo, cerca de mí, gruñendo, ladrando para que lo saque a pasear. Me lame la mano, me trata de levantar. Yo igual que en ese entonces solo siento cansancio en el cuerpo y le digo:

—Espérate, Mijo, aguanta, chingaos..., deja nomás que acabe aquí..., ya falta muy poco. Ya pronto me alisto y nos vamos...

Lo oigo que gime, que sigue insistiendo. Quisiera quedarme soñando otro rato, pero el perro me lame la cara, me muerde la ropa. Se sube a la cama y me aplasta el pecho, me respira muy cerca de la oreja. Apenas me responden los brazos para quitármelo de encima.

—¡Que ya voy! Sácate, chingado perro...

Oigo que el Mijo chilla y se aleja, se acurruca indignado en un rincón del cuarto. Sigue ahí bufando otro poco, a ratos parece que hasta suspira, pero cada vez menos, como si todo él se fuera desvaneciendo, hasta que al cabo de un momento ya no lo escucho más. Me olvido de él por un rato, pero no logro quitarme la sensación de que me debí haber levantado, de que quizás se me fue la estación, por no hacerle caso.

Me quedo tendido y sé que estoy en el cuarto de don Tomás, inmerso en una obscuridad y un silencio absolutos, pero también sé que no estoy muerto, porque sigo escuchando el bullicio dentro de mi cabeza. Solo necesito levantar el brazo derecho y empujar el émbolo de la jeringa para vaciar el fondo de la mezcla en las venas de mi brazo izquierdo. Con eso estaré del otro lado. Conlleva cierta dificultad, pero aquí, tirado en mi catre con la dormilona, estoy en mi elemento. Estoy inmerso en un proceso consciente de autoextinción, como un monje que se sume

en el más profundo estado de meditación y detiene su corazón por completo antes de momificar cada célula de su cuerpo, una por una. Tengo las mismas ropas austeras, los mismos huesos salientes, la misma voluntad férrea. Concentro cada átomo de mi ser, y conforme levanto la mano y atravieso el trecho aparentemente infinito de vacío por encima de mi pecho para acariciar la jeringa con el pulgar, siento acercarse a mí a una mujer muy flaca y muy triste que me acaricia el cabello, y que dice ser mi madre. Llego al lugar exacto donde se debería encontrar el plástico rugoso del arpón, listo para inyectar las últimas gotas de mezcla, y ya no encuentro nada ahí.

Intenté despertarme, pero sentí que me sostenían por la fuerza y me metían en un costal. Comencé a pensar que todo esto no era quizás más que otro de esos sueños como los que me dan cuando fumo goma. Aún sentía que me movían, que me trasladaban de un lugar a otro. Yo intentaba resistirme, pero estaba demasiado atolondrado por la chiva, y no les pude dar mucha pelea. Escuchaba que me decían que no peleara, que no resistiera, que me dejara llevar al otro lado; entonces me estaba quieto, me dejaba llevar, y no sentía nada.

Yo pensaba que todo esto eran visiones que tenía acostado en el catre del cuartucho de don Tomás, pero en cuanto se me pasó el trepe entendí que no eran visiones. Alguien me había metido en un costal, y me estaban cargando de un lugar a otro. Creo que eran don Tomás y algún propio, y por ahí creí escuchar la voz de Rutilo Villegas, también. Entre sueños traté de asomarme del costal y creí entrever las siluetas de los chicos vestidos de harapos que iban de curiosos por entre la maleza, siguiendo el cortejo. Creo que todos ellos pensaban que estaba muerto, aunque quizás solo se me había acabado la estancia y la feria y me estaban sacando a la fuerza. Ahora me iban a dejar tirado en la calle en medio de un *flash*. No sería la primera vez que me sucede.

Intenté luchar, ahí metido dentro del costal, pero hay que entender que en esos momentos lo último que quiere hacer uno es luchar, quieres dejarte llevar y la *lady* te ayuda, te adormece y te paraliza todos los músculos, las extremidades, la fuerza de voluntad. Era como luchar contra una nube de algodón. Los oía susurrar que no estaba listo, que tenía que regresar y terminar lo que tenía pendiente, y yo les decía: «¡Sí, sí!, por favor, ¡regrésenme, por el amor de Dios!», pero no lo hicieron. Siguieron su camino y yo no pude más que volver a caer en ese sueño profundo que se parece a la muerte. Sentí que me dejaban tirado, y me quedé ahí sin moverme un largo rato, hasta que empecé a escuchar voces a mi alrededor.

## 10

Al abrir los ojos vi que estaba en un panteón. De cierta manera, tenía sentido. ¿Dónde más me habrían podido tirar? Tarde o temprano acabaría aquí de todas formas. Me dejaron a la sombra de un árbol, junto a un hueco a medio excavar. Parecía que se habían saltado a Rutilo Villegas, que sí me pondrían mi tumba en el pueblo al final. No sabía cuánto tiempo llevaba ahí, pero a mí la idea de ya no moverme de ese lugar me gustaba. Aún era la hora mágica. Era posible que solo hubieran pasado algunos minutos u horas desde el último *rush*, aunque también era posible que hubiera pasado un día entero ahí tirado. Esa luz tenue y azulada no era quizás del atardecer de ayer, sino del amanecer de mañana. Eso ya no importa ahora.

Me revisé los huevos y comprobé que aún traía la lata con el kit. Hasta el pinche cuaderno y el lápiz me dejaron aquí tirados. Me recosté, me estiré, contemplé mi suerte. Ahora que tenía la vista perfecta del cielo a esta hora crepuscular e indistinta, y de la selva como un muro que delimita el cementerio, ahora que estaba en el lugar idóneo y tenía todo el tiempo del mundo por delante, solo había un problema. El chingado aparato, mi jeringa de la suerte; ya no la encuentro. Sé que quedaba una dosis ahí, la última dosis decente, justo lo suficiente para cruzar la frontera, pero ya no la veo por ningún lado.

Todo esto fue una movida para sacarme del cuarto y robarme la droga. Piensan que así se van a deshacer de mí, que así me van a matar, y puede que al final lo logren. Puede que me maten de desesperación. No entienden que si me dejan en paz todo irá más rápido. Ahora tengo que volver al cuarto, enfrentarlos y encontrar mi jeringa, pero ya no me queda fuerza. No me he podido mover de aquí, me da miedo quedarme por ahí tirado a medio camino. Llevo rato tumbado escribiendo y pronto me va a dar el mono, y ahí sí voy a estar en serios problemas.

Quizás viene siendo hora de tirarse de la barranca. Ya no tengo ni ocho pesos para comprar una bala y pegarme un tiro, suponiendo que el arma me la dieran prestada. En esta vida ya solo me queda la lata del kit, con una jeringa sucia, la cuchara y seis tristes cigarros adentro. No sé de dónde salieron los cigarros. *Lady* ya queda muy poca. Le he estado raspando ahí dentro porque es la última esperanza que tengo de rematarme, pero no hay mucho que rescatar. Cargo con la lata porque si no me vuelvo loco, y también voy cargando con este cuaderno, porque si no me quedo solo. Y eso sí me daría miedo.

Intenté regresar al cuarto. Seguía con el cuerpo todo tieso y entumido por el abrazo de mi *lady*, y me costaba moverme, poner un pie frente al otro. Recorrí el camino interminable como un cadáver recién salido de su tumba, pasé por el portón del cementerio y enfrente de la iglesia, y luego por un sendero de tierra que cruzaba muchas casas cerradas y apagadas, y al llegar encontré el cuarto cerrado con llave. Don Tomás ya había instalado a su criada. Estuve golpeando a la

puerta de su casa pero nadie se dignó a abrir, nadie abre las puertas de su casa en este pueblo, prefieren verlo a uno morir en la calle. Ya no necesitaba un lugar para quedarme muchos días, ni siquiera necesitaba usar la cama, solo me hacía falta un lugar para resguardarme, para extenderme en el piso de cemento y terminar lo que había empezado. Así que troné el vidrio de la puerta, quité el seguro y me metí. La empleada de don Tomás no estaba, debía haber salido a algún lado a cumplir con sus quehaceres, y yo nomás pensaba que para cuando volviera ya me les habría adelantado a todos.

Busqué mi arpon como enajenado, no fuera a ser que lo hubieran dejado por ahí tirado, perdido en algún lado. Busqué en los cajones, detrás de la cama y entre las posesiones de la nueva inquilina, y al no encontrarlo supuse que no lo volvería a ver nunca más. Me senté ahí en una esquina del cuarto con las piernas cruzadas, a cocinarme un último piquete con la jeringa que me quedaba. Estaba más sucia, más oxidada que la otra, pero qué más daba ya. Me puse en el rincón del cuarto que conocía bien, donde Mike había quitado ese ladrillo que llevaba al subsuelo, aquellos primeros días cuando llegué al pueblo. Busqué el tabique flojo y no lo encontré, algún truco debía tener. Ese rincón de concreto resquebrajado era quizás el lugar más cálido y familiar que podía encontrar en todo el Zapotal en ese instante.

Saqué el kit y me puse a rascar toda la chiva que le pude exprimir a aquella triste bolsita, el polvo de goma acumulado al fondo de la lata, y lo empecé a juntar todo, cada gránulo. Juntaba y juntaba lo que podía entre aquella fina polvareda, y aun así no lograba acumular lo suficiente ni para un patético *fix* diminuto. Así que empecé a barrer la capa de polvo del suelo y las paredes, y a agregar los cúmulos de mugre que quedaban embarrados en mis dedos a toda la mezcla que estaba a punto de inyectarme. Supuse que si la chiva no acababa de darme en la madre, el resto de la porquería sí lo haría.

No pensaba estar tomando tanto tiempo, pero debí tardarme porque al rato llegó la empleada. No le gustó el desorden que había hecho, pero tras pasar un instante de disgusto de pie frente a la puerta se resignó y se puso a limpiar. Recogió su ropa regada por el suelo, cerró los cajones de la cómoda de madera y acomodó la cama en su lugar. Supuse que había quedado de acuerdo con don Tomás para compartir el cuarto conmigo algunos días, porque no le sorprendió que yo estuviera ahí.

—Me dijo Tomás que no quieres irte. Apesta y me das ñañas. No te me acerques, ni me toques, o aviso para que te vengas a sacar.

Eso me dijo, y luego me ignoró, como todos los demás. Yo me sentía muy pequeño en aquel rincón, no hacía ruido y la observaba ir y venir, hasta que se fue a dormir toda inquieta por mi presencia. Yo todavía no terminaba de juntar suficiente para cocinar el *fix*. Siempre me interrumpía algo, a veces eran los gritos aterrados de la pobre mujer, que sufría pesadillas terribles y se levantaba mirándome a los ojos y pidiéndome que me fuera. Yo le decía que ya, que ya me iba. Intentaba preparar mi arpon, pero mi dosis se esfumaba, debía ser el viento o mi propia respiración, lo veía regado otra vez en la lata y en el piso, y me ponía a juntarlo otra vez. Había cada vez menos de esa azúcar roja y cada vez más polvo, cada vez más tierra y mugre, pero algo me iba a chutar, de eso estaba seguro. Creo que la doña terminó por quejarse con don Tomás, porque primero dejó el cuarto, y cuando por fin sentía que había recuperado mi espacio, que había logrado juntar los restos y cocinar y tenía el aparato listo y recargado contra el brazo, escuché que alguien vino y estuvo tocando a la puerta, muy despacio primero, y luego cada vez más fuerte.

Te digo que la vida te avienta curvas hasta el final. Me hizo dudar, si ya me pegaba mi *shot* de

una vez y me olvidaba de lo que seguía, o si iba y abría la puerta, y lidiaba con lo que me estaba aventando el mundo. Tenía que ser algo de suma importancia para que se me presentara precisamente en ese instante, en el cual todo se conjugaba de manera impecable para darle mate a todo. Me acuerdo de que pensé: «Más vale que sea importante, más vale que no sea don Tomás pidiendo más feria, u otro pinche muerto que viene a joder la madre.» Luego lo que pasa es que si no vas y abres, igual entran y te ven tirado, y no te dejan morirte en paz. Entonces a fuerzas tienes que ir a abrir.

Voy y me levanto; no tengo ropa, no sé en qué momento la perdí o se acabó de deshilar. Me tiemblan las piernas como si fuera un venado recién nacido, apenas logran sostenerme, y tropiezo en lo que parece la infinita extensión del cuarto hasta la puerta. Abro y enfrente está mi servidor, Rutilo Villegas, y junto a él don Tomás con las llaves del cuarto en la mano. En cuanto don Tomás me ve abrir la puerta en pelotas, se pone todo pálido y se aleja.

—Y usted, ¿qué quiere? —le digo a Rutilo—. ¿Es testigo de Jehová o qué? ¿Viene a hablarme de la palabra de Dios?

Rutilo ríe de buena gana, y no contesta enseguida.

—No, señor, muchas gracias —le digo—, aquí no creemos en Dios.

Le voy a azotar la puerta en la cara, pero él la sostiene y me dice:

—Eso a Dios le vale madres. ¿Me deja entrar?

Le rezongo, y para hacer tiempo me burlo un poco de él.

—¿Es policía? Si viene a llevarme, no sea malito, regrese en diez, y así me preparo.

—Cómo cree —me dice—, no vengo a encerrarlo. Vengo a ayudarlo a que se vaya. Le ayudamos con lo que haga falta.

Lo recorro con la mirada. Tiene ese aire de altanería que tiene la gente de fe, como los sacerdotes y los misioneros, y es evidente que cree que está haciendo alguna especie de labor noble y divina. Al mismo tiempo, desde el primer momento en que lo vi cuando llegué al pueblo, yo estoy seguro de que este cabrón es policía. No se puede confiar en él. Tiene el comportamiento deferente de un oficial que viene no por sus propios huevos sino porque lo mandaron, y no porque lo mandó una persona sino porque lo manda un pueblo entero que lleva días quejándose y ya viene siendo hora de lidiar con el asunto, de sacar la basura y correr al yonqui asqueroso que por su simple presencia atormenta a todo el mundo. A pesar de eso, hay algo en su mirada que no parece quererme torcer, que parece quererme ayudar. Yo hace mucho que ya no confío en esas miradas.

—Entonces, ¿qué? —le digo—, ¿conoce a un doctor? A mí lo que me hace falta es un doctor. Estoy enfermo y necesito una receta...

—No soy doctor, pero lo puedo aliviar —me dice—. Todos aquí saben que lo que usted quiere es reunirse con su señora. Yo se lo puedo facilitar. Déjeme entrar. Le conviene.

Al son de esa tonada, me puse unos pantalones y lo dejé entrar, no porque pensara que me podía ayudar ni nada de esa índole, sino porque, en mi experiencia, estos tiras chuecos de pueblo siempre saben dónde conseguir *lady*. Quizás intentar conseguirla ya se haya vuelto un hábito, algo automático que vive en mí y que hago sin pensar, de la misma forma que respiro, y que es probable que siga haciendo hasta el día en que por fin me muera.

—¿Lo mandaron de la granja de Antonio Sierra? —le pregunto, pero el tipo no responde ni parece importarle de lo que estoy hablando—. Quizás le dieron a usted lo que me deben. ¿O vino a ahuyentar a las almas en pena que vienen a verme? Eso sí que se lo agradecería mucho. Seguro

sabe que en este pueblo espantan, ¿verdad?

Rutilo se paseaba por el cuarto sin ponerme atención. Ahora que lo había dejado entrar, me aterraba un poco su presencia porque era obvio que no venía a hablar, ni creía una palabra de lo que le decía, y seguro me tomaba por un loco. De pronto me preocupaba que, inspirado por un sentimiento de virtud y caridad ante mi condición miserable, el pueblo le hubiera pagado por encerrarse conmigo y someterme a alguna variante selvática del tratamiento de rehabilitación de la tía Chona: algún cóctel letal de remedios caseros que termine por fulminarme al cabo de varios días en el suplicio más insoportable.

—¿Le quedaron debiendo de la granja de don Toño? —me dice por fin—. Eso está muy mal. Voy a hablar con su señora.

Me acabé el cigarro y lo tiré en el piso.

—¿A poco de veras viene a ayudarme? —le digo—. Porque si es así...

—Por supuesto que vengo a ayudarlo —me interrumpe—, está muy preocupada por usted toda la gente, joven. No quieren que se quede en el pueblo más tiempo de lo que le haga falta, eso es todo.

Yo me reí en su cara.

—Ay —le digo—, ¿en este pueblo tan hospitalario?, pues ni que fuera tan bonito. No se preocupe que, como le dije antes, a mí ya no me queda mucho tiempo aquí.

Rutilo ni se inmutó, parecía que no le importaba que criticaran su pueblo. Solo me miró a los ojos y me dijo:

—Voy a ir con la señora Sierra, y le voy a traer lo que le deben. Pero si yo hago eso, ¿usted me promete que se va a ir, que nos va a dejar en paz?

Resultaba que la gente en este lugar era mucho más decente de lo que yo imaginaba.

—Está bueno —le digo—, traiga lo que me deben, y luego vemos.

En cuanto le dije eso, Rutilo se dio la vuelta y salió del cuarto. Yo no lo podía creer. Hacía años que no me hacía un favor una persona normal, y mucho menos conseguirme una feria sabiendo que me la voy a inyectar por la vena. Debía ser muy importante correrme del pueblo. Existía la posibilidad de que la señora negara todo el asunto y montara a todo el pueblo en mi contra, que regresara Rutilo pero esta vez ya no él solo, sino él con la viuda Sierra y una docena de campesinos, gente con palos, tabiques, machetes y un par de bidones de gasolina, tras haber llegado a la conclusión de que la mejor manera de lidiar conmigo es sacándome de mi madriguera a punta de candela.

No sé cuánto tiempo tardó Rutilo, lo estuve esperando como un niño pequeño espera un regalo prometido. Deambulaba por el cuarto, fascinado ante esta sensación de adormecimiento que se había apoderado de mis piernas, como si no existieran a pesar de poder verlas y moverlas. Al cabo de un rato Rutilo volvió y puso sobre la cómoda los aretes de plata, cada uno con una piedra de esmeralda sin tallar del tamaño de un chicharo.

—Lo prometido es deuda —dijo—, pero con esto compramos la certeza de que se irá del pueblo; ya no tendremos que lidiar más con su respiración jadeante, ni con los gritos que anda pegando cuando duerme, ni con el ruido de sus pasos que se arrastran por las calles de noche. Ya ha abusado lo suficiente de nuestra hospitalidad, ¿no le parece? Se lo pedimos por las buenas.

Todavía que uno va y escoge su pueblo para irse a morir. Lo deberían tomar como un halago.

—¿Adónde quieren que me vaya? —le dije.



—Vaya adonde lo esperan los suyos. Adonde quiera se puede ir, pero aquí ya no puede estar. Ya no es bienvenido.

Los aretes eran mucho más valiosos de lo que yo creía, y en la ciudad habría podido mercarme una buena provisión de chiva con ellos. Me abrumaba una sensación de irrealidad, como si todo lo que me había pasado desde que empecé a ver muertos no pudiera ser más que producto de un delirio febril. Incluso me pregunté si Rutilo Villegas no era él también uno de esos muertos, y él y estos aretes de esmeralda y todo lo que me sucedía no era más que una prolongada alucinación antes de que se me apagarán las luces.

—Oiga —le digo, sosteniendo las joyas que se sentían como luz sólida en mis manos—, ¿usted no sabe dónde puedo conseguir una cita con la *lady* en este pueblo?

El oficial parece entender perfectamente de lo que estoy hablando.

—Uy —contesta—, es muy difícil lo que usted pide. Muy difícil conseguir una cita por aquí. Hay muy pocas, y tantos que las quieren. Debería olvidar esas cosas. Tome lo que es suyo y váyase a otro lado. En este pueblo nunca va a encontrar lo que busca.

—Tiene que haber alguien que me ayude —le digo, suplicante. Él ve la enfermedad en mi rostro y se ablanda un poco.

—Vaya a El Rincón de Juan —me dice—, ahí lo ayudan.

Yo lo escuché y lo miré, lo estuve pensando. Me preguntaba si este tipo era real. Sonaba como algo que diría mi mente para mantenerme en marcha, aunque también era muy posible que a estas alturas me estuvieran desalojando, así de sencillo. Se me habían acabado la estancia, la feria y la chiva, ya solo me quedaban unos pendientes de plata con esmeraldas. Quizás valía la pena intentarlo. Dicen que Juan es el mismísimo diablo. El diablo debe tener un par de grapas de chiva por ahí guardadas en el fondo de un cajón, estoy seguro. A ver si este par de aretes le parecen suficientes, a ver si no qué es lo que me acaba pidiendo a cambio por ellas.

## 11

No me quedaba mucho que reunir cuando me fui del cuarto de don Tomás. Salí de ahí con el kit metido en las bolsas de mis harapos, bajo la mirada reprobatoria del santo Villegas, que me advirtió que si me volvía a ver tomaría medidas decisivas en mi contra. Por fin sucedió, di el paso. Me he vuelto un vagabundo, un teporocho sin techo ni rumbo. Merodeo las calles y ya ni hambre siento. No siento los pies, es como si flotara varios centímetros por encima del suelo, y me transportara por los aires de un lugar a otro sin percatarme, sin pensarlo o proponérmelo. Si me tiro por aquí, en alguna cloaca, seguro termino por perecer de inanición, tarde o temprano, quizás hasta antes de que me entre la malilla. Pero no quiero irme así. Quiero sentir la coza una última vez.

Ya desesperado me senté junto a un riachuelo y me pegué ese *fix* con el residuo que había logrado juntar. No era mucho, pero necesitaba algo, aunque fuera una dosis homeopática, o un chingado placebo, o algo. Me lo cociné con el agua del riachuelo; no parecía que fuera un caño ni nada, por lo menos no a primera vista. Era una dosis muy leve, la agüita estaba clara, apenas pintada, y ni el golpe sentí, aunque algo me debió aliviar. Me sentí un poco más lúcido, pero solo duró un momento, y ahora ya me siento mal otra vez.

Deambulo buscando El Rincón de Juan, mi última esperanza de encontrar un amigo, alguien que me rescate de este suplicio. Quizás Beto y Rubí, o el Chachi, quizás ellos me recuerdan y me pueden ayudar. Las posibilidades de que alguno de ellos sepa dónde conseguir *lady*, y de que tengan la caridad de ir a la ciudad más cercana a hacerme el mandado y fiarme un par de gramos, son nulas, pero vale la pena intentarlo. Solo que por más vueltas que doy nunca encuentro el bar. Me paseo por los mismos lugares siempre, y no es que haya tantos lugares en este pueblo; paso una y otra vez frente a la iglesia, frente al panteón, frente a las mismas casas esparcidas en el panorama. Es como si El Rincón de Juan hubiera sido un espejismo, hasta parece absurdo imaginar que alguna vez existió una cantina aquí. Mi cuerpo se está engarrotando, como atrofiándose en vida, anda por sí solo como si tuviera voluntad propia, y yo no hago más que seguirlo por inercia.

Llevo varios días durmiendo afuera, como los alcohólicos. Lo bueno es que en el pueblo están acostumbrados y no lo molestan a uno. Caigo fulminado por el cansancio, se me hacen las rodillas suaves y me entra un sueño tan súbito y profundo que siento que me voy del otro lado. Ni tiempo me da de escoger un lugar bonito, un lugar en el que pienso: «Aquí, aquí estaría bonito que me encontrarán», nomás me colapso ahí mismo en donde me agarra la pálida y me quedo dormido enseguida, y llego a pensar que ya estuvo, que ya por fin di el salto, y a mi enorme pesar y sorpresa siempre vuelvo a abrir los ojos después.

En fin, no sé si han pasado días. Estoy perdiendo toda noción del paso del tiempo. El cielo lleva rato cubierto, y cuando el pueblo no está sumido en la obscuridad de una noche cerrada, la luz que se filtra a través de las nubes grises es de ese plateado azulino indistinto, entre el día y la noche. Algo en este clima crepuscular alborota a los insectos, el pueblo está invadido por ellos. Por todos lados veo nubes de moscas zumbando sobre la hiedra, arañas montadas en las hojas de pasto, metidas en cada hueco de la tierra y atrincheradas en los rincones de las paredes. Cada vez que despierto me sacudo el polvo arcilloso que recubre el suelo de este lugar, y a cinco o seis arañas culonas que se me subieron durante la noche. Siento gusanos por todos lados; en las entrañas, en la carne y el cerebro. Los veo nadar por la gelatina acuosa dentro de mis ojos. Ya sabía que esto iba a pasar. Sé que los gusanos no son reales, que solo es mi cerebro fermentándose por la heroína. Creo que las moscas y las arañas sí son reales, y hay algo en mi porte o mi olor a carroña andante que las atrae hacia mí.

También hay alacranes, muchos. Los hay negros, relucientes, largos como mi pie, y también amarillos y diminutos, tan pálidos que parecen bebés de araña albina. Parece que parieron crías por centenares y salieron de la madera podrida, de debajo de las piedras y del cascajo de las construcciones. Son recios como tanques blindados y no le tienen miedo a la gente. Cuando te cruzas por su camino hasta paran el aguijón y te la arman de tos, esperando a que te quites. Agradezco esta plaga inusual, porque es lo único que me ha permitido mantener la malilla bajo control. Los mejores son unos negros con patas rojas, un piquete de esos y ya te empiezas a sentir mejor, de los güeros necesitas dos o tres para que te empiecen a zumbar los oídos, y al cabo de un rato tienes que ir a pescar otro y así cada dos, tres horas. Pronto ni eso me va a servir. En unas ocho o doce horas a lo mucho me va a dar la negra ahora sí en serio y es posible que intente matar a alguien por un poquito de *lady*. Ya la siento acercarse, me hierva la sangre dentro de las tuberías, la siento palpar en mis sienes y el sudor frío que se destila sobre mi rostro, ese ardor inquietante que se apodera de mí. Estoy a la espera de ese espasmo de dolor, que me aterra mucho antes de que llegue, tan agudo que solo se compara al placer sin refinar que me procura la heroína.

No puede haber más de treinta casas esparcidas a lo largo de este pueblo, y he golpeado a la puerta de cada una de ellas. Me asomé por las ventanas, eran ventanas puestas en lugares extraños, que daban a los baños, a las paredes del pasillo o las recámaras principales. Muchas de esas casas parecían deshabitadas, perfectamente limpias y arregladas, pero sin más presencias que la de un gato o un loro. En otras sí llegué a ver gente adentro, pero por más que yo golpeaba las puertas y los vidrios de las ventanas, no me hacían caso. No querían saber nada del yonqui asqueroso. Me puse a gritar con todas mis fuerzas como si me estuvieran asesinando, grité «¡fuego!» y grité «¡muerto!, ¡muerto!, ¡aquí hay un puto muerto!», pero nadie prendió las luces de su casa o se asomó por la ventana, ni siquiera había un policía o un pinche cura para compadecerlo a uno. Es como si se estuvieran escondiendo de mí. Se han de estar riendo, seguro disfrutan viendo cómo me vuelvo loco. Pasa una señora de pelo blanco con un rebozo y me dice:

—Hace usted mucho ruido, joven. ¿No ve que aquí estamos siempre muy calladitos? Baje la voz, que luego se enoja Rutilo, y son problemas para todos.

—Oiga, usted —le digo retorciéndome—, dígame dónde es El Rincón de Juan.

Ella lo piensa un momento con una mueca de confusión en la cara.

—Que yo sepa aquí no hay ningún lugar con ese nombre.

No era de sorprenderse que la señora no conociera el putero del pueblo.

—Se ve usted enfermo —me dice—. Mejor váyase a descansar.

—Necesito a alguien que me ayude...

—Eso necesitamos todos, joven —me decía la señora—, ¿por qué no le reza usted a Diosito, que siempre tiene piedad de sus hijos?

Se quedó frente a mí, hablando sola. Yo no sabía ya ni qué decirle para que se fuera. Parece que eso es lo que hacen todo el día, hablar solos. Decía:

—Yo confío en el Señor Jesucristo. No me muevo de aquí hasta que no venga Él por mí en persona. Ya llevo rato esperando, pero confío en Él. Levantará mi cuerpo de la tumba, así tenga yo que hacer paciencia hasta el día del Juicio Final y la resurrección de los muertos. Ya lo va a ver, que Jesucristo vendrá por mí. Así lo prometió en Su Evangelio...

Así murmuraba mientras se iba alejando otra vez. Yo no sé por qué siento que a mí en esta ocasión el diablo me va a ser más útil. Tengo que llegar a El Rincón de Juan. Le tengo que dar gritos y cachetadas, lo tengo que sacudir y rogarle, hacer berrinche y amenazarlo con irlo a visitar en sueños y condenarlo a la maldición de un hombre muerto si no me ayuda. Si aun así no afloja, pues quemo el changarro. No tengo otro lugar adonde ir. Juro que si llego a encontrar mi jeringa, aunque sea en medio de una montaña de podredumbre al fondo de una descarga de basura, le voy a dar gracias a Dios y me la voy a inyectar ahí mismo. Y si no la encuentro nunca, pues moriré aterrado, alucinando calaveras y serpientes, del calambre paralizante que acabe por darle a mi pobre corazón.

A uno se le olvida esta sensación de urgencia, a pesar de que la conoce tan bien. Cuando te da la malilla, todo es al revés. Si tienes frío, sientes que te hierve la sangre; si tienes calor, se te hielan las venas. Cuando estás exhausto no puedes dormir, y si estás despierto sientes un cansancio tan abrumador que es como nadar en melaza. Puedes pasar días sin comer, sin tener hambre, y cuando por fin se te abre el apetito y lo intentas, ya el estómago está fuera de servicio. Se vuelve imposible empujar algo que no sea yogur ahí dentro. Respirar, vomitar, la luz: todo es dolor, y lo único que quieres es quitártelo.

No existe sensación tan abrumadora, es como una comezón. Está programada en el cerebro para obligar al cuerpo a rascarse, como si tuvieras que inyectarte heroína o te fuera a devorar un leopardo hambriento. Ahí andas de inquieto corriendo de un lado a otro, sudando, chillando, pero en realidad no hay nada persiguiéndote. El cuerpo se va apagando, y llega un momento en el cual solo lo anima el mono; esa alarma interna que se dispara cuando no te inyectas y hace que tu mente piense que te vas a morir. Cualquier intento de apagarla es inútil, lo único que la ensordece un rato es otra dosis de chiva.

## 12

Cuando no estoy tirado en alguna zanja durmiendo o escribiendo en el cuaderno, voy por la calle en mi marcha fúnebre, intentando ahuyentarme la malilla. Las llamo marchas fúnebres porque son deprimentes a morir, y porque siempre acaban en entierros, el de uno o el de alguien más. Me traen muchos recuerdos, porque gran parte de mi vida la he pasado así. Conectar heroína es lo más cercano que he tenido a un trabajo desde la adolescencia, y me he vuelto bueno. Hacía tiempo que no me sucedía esto, pero hasta el mejor pescador se muere de hambre en un desierto.

He pasado muchos años tirado en el *rush*. Por eso ya estoy tan atrofiado y flaco, y cubierto de llagas. Es como pasarse toda la vida mirando directo al sol, o viajando a la velocidad de la luz. Los recuerdos que tengo de esta última década están distorsionados por un zumbido de fondo. Son fragmentarios, porque en su gran parte esos años han sido un largo y raramente interrumpido sueño de goma casi total, casi continuo. No sé si es el monqui o una especie de delirio terminal, pero ahora que camino recuerdo partes de lo que fue mi vida, y siento que necesito detenerme a recordarlas, porque pronto se van a esfumar otra vez por entre los huecos de mi memoria toda mordisqueada y corroída por la droga.

Recuerdo cuando la Valerie se enganchó, que le empezó a gustar la *lady* a ella también. Salíamos a pescar juntos, igual de enfermos, igual de asustados, pero yo ya me la sabía. Ya llevaba yo años haciendo lo mismo con el Mike, con Elisa y con Romuel. Ya sabíamos que para armarla en este bisne hay que torcer las reglas, que las reglas en sí pierden toda importancia cuando tienes una meta tan clara. Era bien bonito, porque la Valerie se preocupaba, y yo la tranquilizaba, le aseguraba que íbamos a resolver y todo iba a estar bien, le enseñaba y la cuidaba y al final siempre la acabábamos armando. Había que ver los ojos con los que me miraba la Val después, sus ojos almendrados, grandotes y admirativos, como si fuera yo el más chingón y el más vergas de todos los hombres que se encontraban vivos en el planeta en ese instante del tiempo. Hay quienes viven cien años y nunca sienten algo así, pero yo sí. Yo sí lo sentí.

Con una chava a tu lado todo se vuelve más fácil, y mi Valerie le agarró la onda muy rápido. Ella que siempre había sido tan fina, tan bien portada, ella resultó ser la más delincuente de todos. Tenía un auténtico talento para engatusar a la gente. Yo ya lo sabía, porque fue lo que me hizo a mí, me engatusó y ya nunca me soltó. Yo creo que los mejores momentos de nuestra relación los pasamos así, en la calle, abrazados, con una ligera malilla y una luz blanca rebotando sobre el asfalto mojado, compartiendo cigarros, esperando bajo el alero de alguna tienda cerrada a que pasara la lluvia para entrar a recorrer el barrio otra vez. El resto del tiempo nomás dormíamos, o cogíamos, o peleábamos. Nunca te imaginas que esos momentos tan culeros algún día los vas a recordar como los mejores de tu vida, pero sí, así pasa.

La gente normal no sabe lo que es tomar por asalto una farmacia con tus compas como si estuvieras invadiendo un cuartel militar en nombre de la revolución, no saben lo que es ponerse al tú por tú con un policía que te está apuntando con la escuadra porque ya no existe el miedo, o lo que es tener el poder de materializar dinero, porque en realidad no lo necesitas. Yo los paraba en la calle, les decía que estaba enfermo y necesitaba medicina, y con solo verme me daban su dinero. Ahora creo que era más por terror que por lástima. Nunca nos hizo falta una fusca o un cuchillo, porque no hay nada más aterrador que un cadáver reanimado que se te acerca en la calle a pedirte dinero para su medicina. Como si algo en el mundo hubiera podido curarnos la pálida que nos cargábamos en ese entonces.

El dinero de todas maneras la gente se lo gasta mal, les hacíamos un favor al quitárselo. Nosotros lo usábamos mejor, porque no necesitábamos dinero, nunca fue importante ni lo que queríamos. Solo era un medio para conseguir chiva. Si la gente supiera lo que es la chiva, ya no querría dinero. Quizás la chiva sería el dinero. Un pedazo de papel, o hasta un mojón de oro, si quieres, ¿a quién le sirve de un coño? En cambio esta cosa es la puerta al paraíso. Todo lo demás en la vida se levanta cuando nadie está viendo, o se consigue gratis si tienes amigos. A pesar de que te vuelves un yonqui asqueroso y ya nadie te invita a su casa, de que se vuelve difícil pasar desapercibido en un lugar raspa promedio, déjate tú en uno medianamente decente, a pesar de eso uno se va volviendo cada vez más hábil, va evolucionando para sobrevivir. Uno tiene esa facilidad de adaptación, le guste o no; es lo que tenemos en común con las cucarachas.

Sí termina uno robando mucho, costándole caro a la sociedad. Se llega uno a sorprender de todo lo que le cabe en los calzones, en las axilas, en cada recoveco del cuerpo. Yo no sé cómo evité la cárcel todos esos años, pero una cosa sí puedo asegurar, y es que para mí una estancia en la cárcel habría sido como una vacación todo pagado. Yo he oído a gente decir que la única vez en la vida que se lograron limpiar las tuberías fue en el tambo. No sé cómo le hicieron, porque también dicen que en la cárcel puedes trabajar por chiva.

Alguna vez hasta pensé en hacer que me metieran. Me sentía muy cansado, sentía que necesitaba un hospital o un manicomio, o eso, una cárcel, un techo en donde me dieran comida y cobijas y pudiera yo ver a un doctor, así que llegué con un par de uniformados y les entregué el kit, pero los pinches policías me trataron como perro. Nomás lo tiraron al piso y se rieron de mí. No les interesaba porque no me podían sacar feria. Decían que hasta meterme a la cárcel le iba a costar más caro al Estado de lo que se quería gastar en mí. Que les convenía más que siguiera robando en las tiendas mientras terminaba de morirme. Les dije que por favor, que me hicieran el paro, que solo quería descansar. Que si no solo me quedaría acuchillar a alguien, y eso pues no, no lo quería hacer. Pues que a ver cómo resolvía, entonces, que a ver cómo le hacía para descansar. Eso me dijeron.

Hubo quien sí intentó ayudarme. Mi papá intentó sacarme de ahí, pero él nunca logró abrazarme, no como me abrazó mi *lady*. Me le escapaba y me iba semanas enteras, y si me encontraba o yo regresaba a casa mucho tiempo después cuando ya todos me creían muerto, esa cosa que volvía cada vez era menos «yo». Era otro animal que surgía como de debajo de la tierra, como de las profundidades de algún subsuelo poblado de mugre, sangre y ratas. Cada vez se vuelve más difícil regresar, y cuando lo haces es como si fuera un milagro, algo que no debería haber sucedido. La gente te mira como a un bicho raro, como alguien que no debería estar ahí, que debería estar muerto, o que estuvo muerto y regresó.

Recobrar la sensación después de estar adormecido tanto tiempo es un proceso tortuoso, del

cual uno nunca se recupera del todo. Yo lo viví varias veces, pero eso ya no estoy dispuesto a hacerlo una vez más. Me mataría, y, aparte, yo sé que no regresa uno a nada. La vida es como una especie de refrigerador, el tiempo tiene un efecto sobre las cosas, todo lo que tiene de valioso es como el cartón de leche que se va pudriendo y descomponiendo mientras está uno desconectado, tirado en el trepe. Al volver, ya que te curaron, tiene uno la impresión de que le falta algo de suma importancia, como un brazo o un ojo, que lo condenaron a ir con muletas por la vida.

Cuando murió el viejo y me cayó su herencia, ya no hubo nada que me impidiera llevar a cabo mi plan. No quiero creer que quizás yo lo maté, pero no debió ser fácil para él, y a veces no puedo evitar pensar que cuando por fin se le reventó el corazón fue un poco por intentar seguirme el paso. Me pregunto lo que fue ver a su hijo convertirse en esto, como si su retoño hubiera crecido en las profundidades de una cueva, ciego y albino, quizás un tanto monstruoso, un engendro que no está hecho para ser visto, sino para quedarse en lo oscuro. Él siempre intentó sacarme y ahora se lo agradezco, por más inútil que fuera. No podía entender que yo pertenecía al subsuelo, o le era imposible amarme así, tal y como era. Existen pocos lugares en el mundo en donde se concibe la existencia de seres como yo, muertos en vida que han sido enterrados y desenterrados tantas veces que ya no tienen ninguna participación en la sociedad y han sido definitivamente abandonados por ella, y el término que se usa para referirse a nosotros es «zombis».

Yo me sentía muy solo cuando le empecé a abrir a mis amigos las puertas de la casa que me dejó el viejo. Al principio me gustaba porque armábamos juntos y siempre había material para todos. Me reconfortaba estar rodeado por las caras de mis amigos, y cuando me sumía en el *flash* yo sentía que ese lugar era un poco como recuerdo todos los picaderos en los que he estado; como un palacio suntuoso decorado con ornamentos dorados y púrpura, de un refinamiento exquisito, lleno de cariño y calidez, y de caras conocidas y amables.

Bien rápido se corrió la voz de que en mi casa se podía estar, que había regadera y sofás, que ahí pasaba el marchante dos veces al día. Eso muy pronto se volvió algo así como un cementerio, un poblado de zombis. Yo siempre mantuve mi cuarto, pero cuando te levantabas del *flash* por un vaso de agua te los encontrabas regados por toda la casa. Había que caminar de puntitas, rodearlos y pasarles por encima para no pisotearlos. Por todos lados había basura y jeringas, apestaba a cuerpos sucios y humo estancado. Ese fue el palacio suntuoso en el que acabé viviendo esos últimos meses.

Luego, cuando se te pasa la dormilona y empiezas a buscar a tus amigos entre la multitud, cada vez te cuesta más trabajo encontrarlos. Los desentierras todos contraídos detrás de algún sofá, o metidos con más gente en una tina. Cada vez más, las caras conocidas que te encuentras son objetos tiesos de color ceniza y labios muy pequeños que luego hay que ir a aventar frente a un hospital. Un día te levantas de un *rush* particularmente generoso, y cuando empiezas a voltear y remover a los cadáveres amontonados por la casa, ya no encuentras ni un solo rostro familiar. Te das cuenta de que todos tus amigos se han ido, y llevas días, quizás semanas, rodeado por desconocidos que solo llegaron a chutarse heroína en tu sofá porque lo que alguna vez fue tu casa se ha vuelto el picadero más popular del norte de la ciudad.

Yo siempre pensé que esa casa me gustaba porque había crecido en ella. Tenía muchos recuerdos en ese lugar, algunos buenos, muchos de cuando solo éramos mi papá y yo. Recuerdo tardes nubladas con olor a whisky, tabaco y flor de naranja, lo recuerdo bailando canciones de jazz que sonaban por encima del rumor de la lluvia, y viendo películas viejas de ciencia ficción en la televisión. Esa casa, y los recuerdos de infancia que veía entre sueños cuando vivía en ella, me

inquietaban profundamente. Ahora que lo veo en retrospectiva, creo que fue porque el viejo todavía estuvo en esa casa muchos años después de morir. Ahí estuvo, a ratos pero mucho tiempo, de pie en el marco de la puerta, agarrándose el pecho, y pidiéndome que cambiara, que fuera un buen chico, que hiciera algo constructivo con mi vida. Igual que cuando estaba vivo. Creo que se quedó preocupado, me inquieta pensar que quizás sí le importé, mucho más de lo que se dignó a admitir. Yo no era consciente de eso antes, pero creo que fue parte de la razón por la cual huí de la casa. No se sentía más que soledad ahí, y escuchar la voz de mi jefe todo el día era demasiado. En la voz de los muertos no se siente ninguna compañía ni ningún consuelo, no se siente sino pura ausencia.

Creo que en el fondo lo que intenta uno curarse es esta soledad que sientes cada vez que se pasa el *flash*, cuando entiendes que te estás quedando solo, que tus compas se te están muriendo uno por uno, y los que no se mueren se van, te abandonan. Así como me abandonó mi familia por vender hasta mi alma y volverme escoria, igual me abandonó mi madre, con el simple acto de parirme. Hasta mi Valerie me abandonó, por quererme alcanzar. La única que no te abandona es la *lady*. Ella siempre está dispuesta a recibirte, es la única que te proporciona algo así, algo parecido al amor, a un abrazo tan estrecho que a veces te cuesta trabajo respirar. Terminas como yo, dejándolo todo, yéndote de la ciudad porque no hay nada peor que estar rodeado de gente y aun así sentirse solo; pero mira adónde llegas. Este lugar al que vine a dar tiene que ser el pueblo más desolado del mundo.



## 13

Llevo horas tendido en esta zanja a un lado del camino, y no he dejado de escribir porque es lo único que me distrae. El dolor que palpita en mi cabeza es tal que me cuesta trabajo ver las letras que se forman en el papel frente a mí, y estoy cansado de caminar. Estoy cansado de regresar siempre al panteón, como si todos los caminos del pueblo llevaran a él. No quiero meterme ahí porque sé que ya nunca saldré, ni quiero entrar a la iglesia porque no quiero sermones. No quiero saber lo que he hecho mal. Solo necesito un buen *shot*, para embarcarme hacia el otro lado. Quizás si me quedo aquí escribiendo ni me entere cuando se me acabe el jugo, quizás ni llego a sentir el mono y nada más dejo de respirar. Ya la siento, ya, ahí viene.

Aquí solo los muertos dan lata, ellos nunca descansan. A veces intento cerrar los ojos y dormir, pero me empiezan a asediar las voces. Entre sueños vi que vino y se sentó Antonio Sierra a mi lado, y me dijo:

—Espérate, no te quedes dormido, chamaco. Escucha lo que te tengo que decir, te quiero devolver el favor que me hiciste tú a mí...

Yo me estaba retorciendo ahí en la zanja, se me acalabraba la panza, pedirme que lo escuchara era como pedirle a un paciente con cólico nefrítico que deletreara su nombre. Lo único que me pasaba por la mente era: «Un favor, un favor. Todos en este pueblo le quieren hacer a uno un chingado favor, y mira nomás dónde acaba uno.»

—¿Me vas a decir dónde está mi *lady*? —le gritaba yo desde la zanja.

—Eso no te lo puedo decir porque yo todavía no he encontrado a la mía. Te quiero resolver la duda que no te resolvió mi esposa, quiero dejarte descansar. Quiero que sepas que no estás loco —me dice—, que no estás alucinando. Los muertos somos reales, y tú te estás volviendo uno de nosotros.

—No, no, no —le decía—, yo no, yo no seré un espectro atormentado por sus deudas, voy a encontrar la paz del otro lado, la he visto, la conozco bien..., ahorita nomás te veo por la chingada malilla, pero al rato que se me pase vas a ver, que yo me voy de aquí y llego con mi señora...

—Nadie puede salir de aquí. A lo sumo llegarás a El Rincón de Juan, pero no creo que te reciba la Señora. Nada pierdes en intentar.

Este es el tipo de trucos que me juega el cuerpo, su manera de hacer que me levante de esta cloaca y siga deambulando por ahí. Cuando intenté cuestionarlo Antonio Sierra se había ido, y yo nomás me agarraba la panza y esperaba que se me pasara el calambre para seguir andando.

No me queda más que arrastrarme hasta encontrar la taberna. Ya estoy bajando al infierno. Esto es lo que sucede conforme se va disipando el efecto de la *lady*: se empiezan a sentir cosas de nuevo, en su gran mayoría desagradables, y el cerebro hambriento de heroína empieza a buscar lo

que echa de menos en placeres más sencillos.

Hace rato me comí un cigarro. No fue mucho, pero el sabor amargo del tabaco me adormeció un poco el hambre. Ya no sé si es hambre de comida, lo único que quisiera comer es *lady* y siento que ni eso podría saciarme. Ese cigarro me levantó, el calambre en la panza se me distendió un poco hasta que se transformó en un cosquilleo eléctrico. Me procuró una extraña sensación de placer que hacía mucho no sentía. Todavía me sabe la boca a amargo, pero ahora ya puedo dar de tumbos. Es difícil encontrar El Rincón de Juan a esta hora crepuscular, sin la lámpara de halógeno para actuar como faro en la obscuridad. El pueblo está sumido en su desolación usual; menos mal que hay perros, que me conocen y yo los conozco a ellos. No sé si es porque he pasado tanto tiempo solo, pero hasta parece que me hablan, que me miran con sus ojos inquisitivos y me dicen:

—¿Qué pues, ese Muertito? ¿Qué, todavía no la palmas?

Y yo les contesto:

—Nel, ¿cómo la ven? Todavía sigo aquí dando lata.

Ellos me acompañan y ladran cuando oyen movimiento en la maleza para ahuyentar a las serpientes y a los depredadores. Se me hace que ahuyentan a la gente también, les avisan que ahí vengo. Voy oyendo cómo se cierran las puertas y las ventanas de las casas, veo a lo lejos cómo se apagan las luces antes de que yo llegue. Todo alrededor de mí cobra un aura fantasmal, y no revive hasta que me alejo a más de tres cuadras.

Por ahí pasó alguna que otra familia, algún pastor con sus cabras, pero nomás redoblaron el paso y se alejaron. A mí no me da miedo la gente porque sé que yo les doy miedo a ellos. Si yo fuera una persona normal y me encontrara conmigo mismo, sé que me llevaría un buen susto. A los pocos que me voy encontrando en el camino les pido indicaciones, pero nadie conoce El Rincón de Juan. Parece mentira que en un pueblo tan pequeño nadie sepa qué hora es, ni dónde está la cantina, ni dónde se consigue un *fix*. Parece que viven en otra época, que son presas de una especie de monomanía frenética. Una de ellas viene llorando y me tiende a su bebé, pero arropada en las cobijas que sostiene en sus brazos no trae más que una piedra de río.

—Por favor —me dice—, sosténgame a mi bebé.

Yo a estos hago como si no los viera. Trato de apresurar mi marcha cadavérica, y me sigo de largo. Ellos también siguen su camino sin perder un instante de angustia.

Sigo avanzando durante lo que parecen días o semanas antes de encontrar a otro, y cuando apenas empiezo a acercarme a él para preguntarle por el local, veo que se crispa y se eriza.

—¡Vete de aquí, Satanás! —me grita de lejos—. Es a tu Señor Jehová al que debes adorar..., pues el que cree en Él aunque esté muerto vivirá, y el que aún vive y cree en Él jamás morirá... Él me ha dado el poder de aplastar serpientes y escorpiones... y nada puede lastimarme...

Yo no sé quién es esta gente ni por qué me dice estas cosas, ni si le dicen lo mismo a todos los que pasan por este camino. Me pregunto si no son muertos, si no sigo aquí alucinando gente que me alucina a mí, y por eso nadie sabe nada. O quizás son vivos y nomás están locos. Las mujeres que cruzo se persignan cuando me ven, me miran con sospecha. Cuando hablo se interponen entre los niños y yo, y les tapan los oídos. Ellos se ponen pálidos y dejan de respirar al verme, y cuando yo los veo a ellos se esconden detrás de las faldas de sus madres y levantan piedras del piso, y así es como entiendo que yo soy esa cosa que habita los cuentos de los adultos y que viene por los niños que se portan mal. A veces observo su rostro lívido y aterrado, y sé que es aún peor. Sé lo que en realidad ven en mí: yo soy el niño que se portó mal. Soy la moraleja de la historia.

Al borde de la selva entreveo campesinos vestidos con harapos sucios, corriendo con

machetes por entre los árboles con rostros salvajes y negros de tierra, y gritando asustados que corra, que ahí vienen. No sé quiénes vienen, y antes de poder preguntarles se adentran en la selva y vuelven a desaparecer. Yo en este estado no podría huir ni luchar, el que venga por mí me va a alcanzar sin ningún esfuerzo. Soy una presa regalada para un lince o un jaguar, no tiene más que saltarme encima desde las ramas de un árbol y con eso me parte en dos. Quizás no les parezco tan apetitoso, quizás prefieren algo menos tóxico y con más carne, así que no me preocupo. Los perros me llevan, me guían hacia donde tengo que ir.

Tengo la imagen de mi jeringa con media dosis estampada en la mente, la veo frente a mí. Sea adonde sea que camino, voy hacia eso. Conforme cae la noche, ese arpón es lo único que logro discernir delante de mí en la oscuridad cerrada y sin luna. Voy maldiciendo a los habitantes del pueblo, que se han negado a ayudarme. Juro que si me dan un último deseo al morir, será que vean mi rostro de cadáver todas las noches de su vida, y que mientras yo descansa, mi cuerpo los venga a atormentar y a asfixiar en sueños, que el remordimiento los carcoma hasta el día de su muerte, de la misma forma que este mono va a terminar por carcomerme a mí.

No es, quizás, el sentimiento más cristiano con el cual se puede uno ir a la tumba, pero nunca fui cristiano y bajo las circunstancias me parece justificado. Aun así, estoy dispuesto a hacer una concesión y ponerla aquí por escrito, y es que, Señor, si existes y me ayudas a encontrar esa última dosis, me voy calladito y por las buenas, sin penas ni rencores, perdono a todos, y luego la cosa nomás es que Tú me perdones a mí por todo este disparate que armé en la tierra. Pero eso si quieres lo negociamos después del *rush*.

## 14

Cuando desperté el cielo aún estaba cubierto, había pasado toda la noche adosado a la pared de una estructura de concreto en medio de un descampado. Durante la noche no hubo ruido ni movimiento, y esta mañana no se oye el canto de ningún pájaro. Siento que llevo semanas deambulando, pero a juzgar por el mono no debo llevar más que un par de días. Apenas estoy empezando el descenso.

Me levanté y caminé penosamente alrededor del local, que podría haber sido tanto una bodega en desuso como un matadero de reses, hasta llegar a una puerta metálica cerrada con una cadena de acero. Levanté la vista y me encontré con el letrero de Corona Light, sucio y roto, colgando bajo una lámpara con un foco de halógeno fundido, y en la tenue luz de madrugada logré leer las letras desgastadas: era El Rincón de Juan, pero parecía clausurado, o como si nunca hubiera existido. No había borrachos tirados en los alrededores, ni botellas ni colillas, no había restos de comida ni basura; nada que indicara que este lugar había sido frecuentado por una sola alma en muchos meses.

Sigo rodeando el cubo de concreto, buscando algún hueco que me permita echar un vistazo adentro, pero no veo ni una grieta por donde se pueda filtrar la luz. Alrededor solo hay terrenos baldíos, con montañas de cascajo esparcidas por el campo. Todavía parece ser temprano en la madrugada, pero no veo arrieros, ni rastros de humo por ningún lado. Tampoco escucho el canto de los gallos, ni el rugir de las trocas cargadas de taladores derrapando sobre la tierra, o los motores de las sierras eléctricas allá afuera en el monte, y me pregunto si es posible que todos hayan abandonado el pueblo de un día para otro sin hacer ruido. Parece que el mundo quedó congelado en domingo. Un poco como ha sido mi vida entera. Solo queda esperar a que suenen las campanas de la iglesia, para ver si todavía queda algún ser vivo en los alrededores.

Aquí no se siente más que soledad y desolación, pero de la selva emana un zumbido magnético que atrae la mirada, y desde la loma en la cual me encuentro junto a El Rincón de Juan logro discernir las haciendas a lo lejos. Con el destello azulado de la mañana, las paredes que antes parecían de un rosa deslavado han cobrado un tono carmesí profundo, casi sanguíneo, y las lianas que las carcomen palpitan como los tentáculos de algún animal subterráneo que las devora, hundiéndolas hacia las profundidades de la tierra. A pesar de su aislamiento y la erosión de las paredes, esas haciendas son los únicos lugares que se sienten vivos en todo el pueblo a esta hora. Algo como una multitud se sacude y se estremece ahí dentro, como si se estuviera llevando a cabo la fiesta del pueblo allá a lo lejos, demasiado lejos para que llegue hasta aquí el sonido de la música, pero el suelo vibra con un eco que retumba a través de kilómetros de una selva baja y tupida, impenetrable.

La visión de las haciendas me obnubila y me fascina, me da inquietud porque siento que ahí es donde debería estar, pero no hay manera de llegar a ellas. Tiene más sentido quedarse aquí, aunque siento que de allá soy, que allá pertenezco. Solo puedo compararlo con lo que sentíamos en esa época con Jairo, con Cleto y con el Mike, cuando nos íbamos a fiestas allá en el bosque, que nos perdíamos y deambulábamos por horas buscándolas. Nos guiábamos por el *tumtum-tumtum* de las bocinas y los tambores, como los latidos lejanos de un corazón, sentíamos que hasta que no llegáramos ahí era como si nuestras vidas estuvieran transcurriendo en otro lado.

Huíamos de casa juntos, y sentíamos que nuestro verdadero hogar estaba en esos reventones masivos y poblados de gente, donde sabíamos que encontraríamos entre las caras de la multitud a todos nuestros amigos perdidos desde hace tiempo. Salíamos allá buscando un hogar, pero como éramos niños perdidos en realidad acabábamos yendo a perdersnos. Era lo que siempre nos sucedía. A veces no encontrábamos la fiesta y ahí mismo en el bosque donde estábamos poníamos la música, sacábamos los polvos y a bailar se ha dicho, a perderse en la droga, en toda esa cascada de sensación. Ahí nos fuimos encontrando unos a otros, eso fue lo que poco a poco empezamos a llamar nuestro «hogar». Y la *lady*, pues, la *lady* es la patrona misma, la gran matriarca; y no tardó nada en tomarse las riendas de ese hogar.

Creo que fuimos pocos los que volvimos a nuestras casas después de eso. Era difícil volver, sobre todo porque cada uno a su manera ya era extranjero a su vida desde antes. La gente normal se aferra a las cosas. Yo desde chico entendí que solitas las cosas lo van dejando a uno, así que no me aferré a nada. Solo a la chiva. En comparación, creo que está bastante bien; es casi como ser un monje, solo que te aferras a algo que realmente existe.

Pienso en todo esto con la mirada fija en los muros lejanos e imponentes de las haciendas. Parece que el tiempo no pasa, que el pueblo sigue en una especie de limbo, un sopor estático. Lo único que desvía mi atención de la ensoñación transitoria que se proyecta en la bóveda de mi cráneo es el sonido de golpeteo rítmico, metálico, como el de algún animal forcejeando con la cadena del local. Me apresuro en rodear la estructura para ver cuál es la otra presencia, aparte de la mía, en este paisaje que por su inmovilidad y desolación parece posterior a un desastre nuclear. No me sorprendería encontrar a un monstruo, algún mutante cuya deformidad le impide interactuar con otros seres, o a un terrible depredador que lo devora todo en su camino. Esas son las presencias que tendría sentido encontrar aquí, perdidas conmigo al borde del mundo.

Antes de llegar a la entrada, escucho un chiflido intenso y melódico que entona una canción traviesa. Parece que salen múltiples voces de ese único silbido que conjuga notas como si fueran casi simultáneas, a la manera de un acordeón, y al llegar a la entrada me topo con un joven de tez cobriza, con cabello largo y negro hasta los hombros, y una barba de chivo. Trae puestas ropas negras, y aunque no son particularmente elegantes, hay un cierto refinamiento en su aire. No parece percatarse de mí al principio y lucha torpemente por abrir el candado que mantiene puesta la cadena del local.

—¿Tú eres Juan? —le pregunto.

Sin sobresaltarse o reaccionar de ninguna manera a mi presencia, el tipo sigue forcejeando con la cadena. Levanta la mirada, me echa un vistazo que me recorre de la cabeza a los pies, y me dice:

—¿Ya llegó? Es usted bienvenido.

Luego vuelve a bajar la vista, intentando abrir el candado con un manojo repleto de más llaves que las puertas que puede haber en todo el Zapotal.

—¿Usted sabe quién soy? —le digo.

—Cómo no voy a saber quién es usted, si ya en todo el pueblo lo conocen. Usted es el Muertito de turno. ¿En qué le puedo ayudar?

Me parece conocido, como si ya lo hubiera visto antes. Mientras forcejea con la puerta, yo empiezo a arrastrarme hacia él, tratando de recordar en dónde vi su cara.

—Quería saber si no tendría un poquito de chiva que me venda.

El tipo asiente distraído, y sin levantar la mirada me contesta como si mi petición fuera de lo más normal.

—Una chiva está en cuatro quinientos, y sale muy buena la barbacoa.

—N'ombre —le digo, imitando el gesto de inyectarse un pase—, ya sabe usted..., material, pa' hacer cita con la *lady*.

El hombre levantó la cabeza y me observó sonriente, curioso.

—¿Quiere hacer cita con la *Lady*?

Cuando me preguntó eso se me destaparon las narices, y los ojos se me hicieron grandes como toronjas, quizás hasta dibujé una sonrisa.

—Es correcto —le contesté—, ¿usted me puede ayudar?

—Se puede arreglar —me dice—, pero ya sabe que la *Lady* es una amante muy celosa, y muy caprichosa, también...

—Oh, sí que lo sé... —le contesto, emocionado.

—Y no es fácil tener cita. ¿Tiene con qué pagar?

—Algo, sí... —le digo mientras saco los pendientes de mis bolsillos—, consígame un poquito nomás...

Mira los pendientes y luego me mira a mí, perplejo, como si estuviera yo loco.

—¿Cómo que un poquito? Se la consigo toda, entera.

Sentí como un retortijón de angustia que me envolvía, un bochorno como una ola de adrenalina viajando por mi cuerpo.

—¿Entera? ¿Cómo? ¿De qué está hablando usted? —le pregunto.

—Pues de la *Lady*, la puta más popular del pueblo. Quizás del mundo entero. Porque, ¿de qué está hablando usted?

—Pues de *lady*..., un poco de chivita, de heroína para mis venas tristes...

El tipo se ríe de mí.

—No, cómo cree. Aquí no hay de eso. Con toda la tristeza y el aburrimiento que sufre la gente, ¿usted se imagina lo que pasaría si hubiera? Se acabaría el pueblo.

Yo miro alrededor y parece que está obscureciendo, que se está haciendo de noche pero nunca fue de día.

—¿No se acabó el pueblo ya? —le digo.

—Para algunos sí —contesta él, mientras deja de forcejear con el candado y tira el manajo de llaves al piso, frustrado.

De una mochila de cuero en el piso saca un desatornillador y un martillo y se pone a darle de golpes al candado para intentar romperlo. Yo lo observo e intento gritar por encima del ruido.

—Tiene que haber por ahí un poquito que le haya dejado alguien. Dicen que usted es el mero mero de aquí de este pueblo.

Con cada golpe del martillo el candado estalla en un destello de chispas blancas.

—Dicen que usted es el mero diablo.

El tipo se ríe, y ni levanta la vista para responder.

—Si supiera todas las que dicen. Y algunas son ciertas.

—Qué... —le digo en tono de broma—, ¿eso no es cierto?

El tipo sonrío y me mira. Niega con la cabeza, frustrado, cansado de explicar.

—Yo solo soy el encargado —me dice.

—¿Encargado de qué?

—Pues, por lo pronto, de abrir la puerta nomás.

Luego le sigue dando de golpes al candado con el desatornillador y el martillo, y es imposible tener una conversación por encima del ruido de golpe metálico. Yo lo observo y me pregunto si no será un ladrón, un tipo cualquiera que aprovechó que la gente abandonó el pueblo para venir a saquear los locales, las casas, las tiendas, que me está inventando que es Juan porque yo mismo se lo pregunté. Quizás este tipo ni existe y aquí estoy hablando solo, viendo espejismos como alguien perdido en el desierto y ya mi mente nomás me está jugando trucos, recitándome incoherencias para mantenerme entretenido.

—¿Así que usted no me puede ayudar?

Las rodillas se me están venciendo de nuevo y me tengo que volver a sentar cuando el tipo por fin se rinde y tira las herramientas al piso junto al manajo de llaves. Saca una cajetilla de cigarros y viene a sentarse junto a mí.

—Pues puedo hacerle una cita con la *Lady* —me dice, ofreciéndome un cigarro que tomo de la cajetilla con una mano temblorosa—. ¿No quiere? De verdad que no hay nada mejor, ¿eh?, se le acaban a uno los problemas, encuentra uno la paz en los brazos de esa señora.

—¿No dices que es difícil hacer cita? Mirame nada más, no creo que esté dispuesta a recibirme.

Enciende un cerillo con el que prende mi cigarro y luego el suyo.

—Es porque tiene una agenda cargada. Pero la *Lady* quiere con todos. A mí se me hace que el que no quiere eres tú. Te da miedo o algo. Porque si no desde hace rato habrías ido a verla.

Yo no conocía a este tipo de ningún lado y me parecía que estaba tomando demasiada confianza, así que me alebresté y le dije:

—Cuidadito, ¿eh? Que no me gusta que me anden diciendo cobarde. Esa señora de la que hablas, ¿cómo me va a dar miedo? Si yo vine aquí a enfrentarme con lo que más aterra a la gente. Y hasta ahora siempre he salido ganando yo. Así que a mí mejor que me vayas entendiendo —le digo—. A mí no me da miedo nada. Ni siquiera la muerte. ¿Comprendes?

El chavo asiente y mira a la distancia, le da una calada a su cigarro, y al suspirar nomás oigo que dice:

—Claro que sí, compita, ¿cómo no voy a entender? Yo lo único que digo es que los hay también a quienes sí les da un poco de miedo, y no hay que tener pena por eso. Uno lo entiende, porque cuando uno hace su cita con la *Lady* luego ya no hay vuelta atrás. Siente uno que descansa, y le viene a uno una paz, que luego hay quienes ya no quieren volver. Y tiene uno que entregarle todo lo que tuvo en vida. No hay de otra.

A mí todo esto me sonaba a que ya me lo habían dicho antes, pero sobre todo me daba una especie de tristeza que hacía que se me acalambraeran los ojos y me costara trabajo contener las

lágrimas.

—Yo ya no tengo nada. Solo quiero a mi *lady*. No pido más.

Nos quedamos un rato mirando la selva en el horizonte, yo de vez en cuando me volteaba y lo observaba, observaba los detalles de su piel cobriza que brillaba con el resplandor del atardecer, o amanecer o lo que fuera esto, y que tenía una cualidad etérea. No estaba seguro de si estaba ahí. Parecía ser algo parecido a mí, un ser que no pertenecía realmente a este mundo, quizás otro fantasma, pero ahí estaba sentado, fumándose su cigarro en silencio, con una sonrisa que se enroscaba en un rincón de su boca.

Pensé en lo que decía. Sí, la *lady* fue mi más grande amor, mi relación más duradera. Su ausencia siempre me ha producido un retortijón en el vientre que ninguna otra falta o nostalgia, y ningún otro desamor, me han logrado provocar. Aquí sentado, siento cómo la chiva se va disipando de mis venas, y voy recuperando todas esas sensaciones que anestesié con medicina para el dolor durante muchos años. La súbita ola de químicos que inundan mi cerebro como si se rompiera una represa de agua, esta sensación abrumadora de nostalgia y angustia que duele hasta lo más profundo de las tripas, y a la que siempre me refiero como una enfermedad, es quizás lo que otros llaman sencillamente «estar vivo». Hacía mucho que no sentía el espasmo de estar vivo como ahora, que estoy tan cercano a la muerte. Ahí sentado con temblorina y espasmos, esperando a acalambarme, empiezo a entender que esta sensación de la que huí durante todos estos años, este dolor es en realidad mi verdadero hogar, el lugar en donde vive toda la gente que dejé en el camino.

Por momentos, el tipo me mira de reojo y me ve retorciéndome en silencio.

—¿Hace cuánto que no la ves? ¿A tu señora?

Lo pienso, pero en mi estado es difícil determinarlo con certeza.

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo llevamos aquí sentados?

Sin mirarme el tipo murmura algo entre dientes, pero no alcanzo a escuchar lo que dice. Todo lo que me sucede tiene la cualidad de un sueño.

—Me siento muy mal. Sin ella siento que me muero.

—A mí se me hace que ya la estás olvidando, que ya no la necesitas. Yo te ofrezco algo mejor. Toma mi oferta.

El tipo sonrió y me observó de reojo, en silencio.

A veces hay seres así que se presentan durante el mono e intentan ayudarlo a uno. Te tratan de jalar para un lado o para el otro, te ofrecen el *fix* que habías estado buscando, o te tratan de convencer para que te encierres en un cuarto a limpiarte las tuberías de una buena vez. Todavía no sé qué quiere este, pero a algún lado me quiere llevar.

—A mí se me hace que te haría bien una cita con la *Lady* —me dice.

—¿Y estás seguro de que tú puedes arreglar eso?

El tipo sonríe y me dice con un tono orgulloso, casi presumido:

—Yo soy el guardián de la puerta. Yo decido quién entra y quién se queda afuera esperando.

—¿Y crees que me dejen entrar? ¿Crees que algún día me reciba? Todos me dicen cosas tan diferentes, que no sé si algún día lograré conocerla realmente.

—Amigo —me dice Juan con una sonrisa—, esa es la única mujer en el mundo que no necesita introducción, porque ya todos la conocen. Y si no, la van a conocer muy pronto.

Yo lo miro con mis ojos secos y vacíos.



—No tengo nada con que pagar. Solo tengo estos pendientes de plata —le digo, mostrándole los aretes—, pero quería comprar mi chiva con ellos.

Sus ojos se iluminaron al ver los aretes de plata con esmeraldas. Los tomó en su mano y los volteó, los examinó un momento antes de perder el interés y devolvérmelos.

—Esto aquí no tiene ningún valor —me dice—. Pero no se ocupe, que todos encuentran con qué pagar el paso.

Mi alma tampoco tiene mucho valor, pero no se lo iba a decir. Iba a esperar a que lo entendiera él solo cuando ya fuera demasiado tarde.

—¿Adónde hay que ir? —le pregunto.

Juan levanta el brazo hacia la selva y apunta a la distancia, a los muros de las haciendas en ruinas, y me dice:

—Allá, al Cerro de las Ánimas.

Observé el trecho de selva que nos separaba de ellas y supe que sería un camino largo y arduo. No dije nada, pero sabía que sin mi *lady* no podría llegar nunca.

—Está retirado —me dice—, pero vale la pena. Allá está todo lo que usted busca. Muchos de los que han venido aquí, como usted, mucha gente que se ha perdido o desaparecido, se han ido para allá.

Recordaba ese sueño de goma de los primeros días, la sensación de que todos mis amigos muertos en realidad habían venido a parar aquí.

—¿Allá hay un picadero? —le pregunté. El tipo sonrió y negó con la cabeza.

—Casi. Llámeme usted una comunidad. Allá se encuentra todo lo que a usted le hace falta. Ahí encontrará a la *Lady*.

Sonaba como una oferta generosa: una ida sin retorno a un lugar de descanso del cual ya no se volvía nunca más. Era justo lo que necesitaba. Yo no quería admitirlo, pero me daba miedo la travesía.

—¿No me puedes ayudar tú? —le digo—. Ve y pregúntale si tiene lo que busco. Yo aquí te espero. Ya no me voy a mover de aquí.

—Hagamos algo —dice él—, tú ve y sigue paseándote, a ver si encuentras lo que andas buscando. Cuando estés listo voy a mandar a los míos para que te traigan. Pero estate a las vivas, porque, si no, te vas a quedar errando por el pueblo buscando a tu señora, chillando y escribiendo cosas en ese cuaderno para siempre, y nunca te vas a acabar de morir.

Juan me dio una palmada en las piernas huesudas, dibujó una sonrisa y se levantó. El martilleo metálico retomó, los golpes retumbaban en mi cabeza con una fuerza sin precedente, como una migraña palpitando en alguna arteria enterrada de mi cerebro. ¿Cómo quieren que evite estar errando por ahí si no dejan de mandarme de un lado a otro de este pueblo? Me mandan de ventanilla en ventanilla para obtener el formulario de petición del certificado para la aprobación del permiso preliminar, y mientras tanto yo solo me voy enfermado más. Siento que si dejo regresar la sensación a mi cuerpo va a volver lo único que sí quiero evitar a toda costa: el miedo, la sensación de pánico como de estar encerrado en un lugar sin aire, muriendo de asfixia.

No recuerdo cuándo fue la última vez que pasé tanto tiempo sin mi *lady*. En mis recuerdos, después de un par de días, esto se vuelve un descenso a un infierno febril y delirante. Yo ya debería estarme retorciendo de dolor; aunque de cierta forma, sí llevo días retorciéndome de dolor. ¿Por qué no termina nunca de pegarme esta malilla infernal? Juguetea conmigo, amenaza

con sumergirme por completo, pero nunca termina de tumbarme. ¿O es que estoy tumbado en alguna zanja alucinando y nada de esto está sucediendo?

¿Por qué siento que aún puedo levantarme de aquí? Incluso siento algo de vigor en mis piernas, mis brazos. Puede que sea la nicotina, o el mismo mono, esa energía que carga mi cuerpo nauseabundo y atrofiado hacia el *fix*, y que es mucho más fuerte que yo. Me eleva varios centímetros por encima del piso y me permite flotar de un lugar a otro para saciar mi apetito de fantasma hambriento. Esta sensación de tener las vísceras rotando como una lavadora y estar atrapado en vida, incapaz de detener su marcha siquiera por un instante, de no poderse bajar de la montaña rusa, esto tiene que ser el infierno, y yo ya estoy en él desde hace muchos días.

## 15

Hace rato que se detuvo el martilleo metálico, pero no me di cuenta porque lo que nunca se detuvo fue la palpitación dentro de mi cabeza. Ya no veo a Juan por ningún lado, y la puerta del local sigue cerrada con una cadena de acero. Dijo que seguiría intentándolo, pero creo que tengo que aceptar que nunca encontraré a mi *lady*, y muy probablemente muera de abstinencia a un lado del camino. Es muy probable que mi cuerpo no sobreviva a algo así, aquí en este estado y sin nadie para cuidarme. Qué mal que así sea como me toque irme. Este no era para nada el plan, nunca imaginé que me acabaría toda esa chiva que traía, pero mira nada más, uno es un agujero sin fondo, y lo devora todo por su camino, todas las formas, toda la luz.

No puedo detenerme. Hay mucho camino que recorrer hasta el Cerro de las Ánimas, y hacia allá me dirijo ahora, ya más por resignación que por necesidad. Me da la impresión de andar en círculos, y cada vuelta que doy estoy más acalambrado, más paralizado de los músculos. Si alguien se cruzara conmigo por este sendero, quizás lo único que verían sería un saco de piel relleno de tripas, gimiendo y flotando por encima del suelo, fumando cigarrillos —aún me quedan dos—, y verían aparecer y desaparecer autopistas eléctricas y ramificaciones circulatorias, mis venas y nervios, parpadeando y lanzando destellos como las luces de los árboles de Navidad, formándose en cuanto las voy sintiendo y creando con mi conciencia, y luego volviendo a desaparecer en cuanto las vuelvo a olvidar.

Estoy recobrando la sensación en todo mi ser y con ella vienen, inevitablemente, todos los viejos achaques que cargo conmigo. No solo los dolores de muelas y los dolores de panza que he desatendido durante años, y que han terminado por ulcerarse hasta ser insoportables. Yo hablo de los otros dolores, de la angustia sobre todo. A mí cuando me da el mono lo primero que siento, y lo primero que quiero calmar, es la angustia. La he sentido toda mi vida, esa angustia que me da cuando estoy solo, y que se me calmaba un poco, me acuerdo, en aquellas fiestas masivas a las que iba con mis amigos. Quizás lo que me tranquilizaba no eran las drogas, sino tener gente alrededor, ver las caras de mis amigos. Las drogas solo aseguraban que los amigos siempre estuvieran ahí, que siempre volvieran y nunca lo abandonarían a uno.

Aquí ya no queda nadie. Antes por lo menos tenía a la *lady*, pero ahora estoy solo. Y como mi mente cree que lo que quiero es ver a mis amigos, me los va mandando uno por uno, y ahí están. Veo sus cuerpos descarnados, o se me aparecen sus cabezas a lo largo del camino. Así como me los voy encontrando, se burlan de mi marcha fúnebre, o me echan porras, me dicen:

—¿Qué tal ese monqui, brother?

Volteo y veo la cabeza de Jairo ahí puesta sobre una piedra, y unos metros más adelante, encajada en un deslave, la de Romuel, que le contesta:

—N'ombre, aquí lo que mi compa se viene cargando no es un mono cualquiera..., es el mismísimo jefe de la manada...

—Viene con toda la pinche selva montada en la espalda, el pobre...

Jairo atraganta una risa, mientras Romuel sigue:

—Míralo nomás, ahora sí trae una negra espectacular...

—Una Naomi Campbell...

Se ríen de mí, los muy pendejos. Huyendo, aún los oigo burlarse.

—Un auténtico King Kong...

Me alejo de ellos, y a unos pasos veo a Elisa flotando entre los árboles, la pura cabeza con las tripas colgando, y ella me dice:

—Échale ganas, flaco, que ya vas a llegar, ya estás a punto. Ya vas a alcanzar ese pase, el más dulce que has probado en tu vida entera.

Junto a ella, de la penumbra que se forma entre la maleza, emerge el Cristo con el corazón de fuera, alzando la mano y saludándome de lejos con movimientos lentos.

—Ánimo —me dice—. Vas a ver qué rica dormilona te espera, hermano...

Ya no sé si lo que me está sucediendo es un síndrome de abstinencia o algo más. Lo he sentido demasiadas veces, y este proceso, por más que trate de disfrazarse de un mono infernal, por más que intente imitarlo y parecerse a eso, esto es algo muy diferente. Este retorno cíclico, trabajoso, por un camino pedregoso y rodeado de maleza salvaje da la sensación de estar atrapado. Quizás este momento de suplicio antes de morir es lo que la gente llama un purgatorio. A algunos les toca en una cama, a otros solo les dura el segundo que se les revienta el corazón. Yo ya estoy en él desde hace mucho tiempo.

El pueblo se oscurece a mi alrededor, las formas de los árboles y sus hojas van perdiendo el detalle, y se esfuman los contornos de las casas, como si se estuviera yendo toda la luz del lugar. Quizás me estoy quedando ciego también. Camino en línea recta sin jamás encontrar obstáculos o salir de los límites del pueblo. No he logrado encontrar ninguna vereda que me acerque al Cerro de las Ánimas, pero buscándole me encuentro una cabaña de piedra que resplandece en el interior. Adentro hay cinco adolescentes arrodillados en el piso, tomados de la mano, con una veladora prendida puesta entre ellos. La chica debe tener como dieciséis años, y parece ser la mayor.

—¿Qué están haciendo? —les digo, y todos se sobresaltan, pero solo la muchacha voltea el rostro y me observa fijamente. El menor del grupo, de unos once años, también abre los ojos e intenta enfocar su mirada en mí, pero le cuesta trabajo. Parece que tiene una infección en los ojos; los tiene rojos e hinchados, llenos de lagañas. Los demás voltean o cierran los ojos nerviosos, o se quedan quietos, pálidos, observándose fijamente unos a otros, o a la muchacha, que me contesta:

—Lo andábamos esperando.

Para no asustarlos les digo:

—Vengo buscando a mi *lady*. ¿No tendrán un poco que me regalen?

La chica me observa, mientras que el chamaco se talla los ojos hinchados para tratar de verme a través de las lagañas. Dos de ellos son gemelos y parecen ser hermanos de la chica. Son idénticos a ella, la observan fijamente e intercambian miradas. Un quinto adolescente, como de catorce años, recorre el cuarto con la mirada, observando la escena con inquietud y miedo. No le gusta mi presencia y por momentos suelta en tono de súplica:

—Por favor, ya vámonos.

Los demás no le hacen caso. Cuando está a punto de levantarse la chica lo retiene, lo vuelve a sentar. Ninguno de ellos tiene el valor de mirarme, más que ella y el niño de los ojos hinchados. Ella se voltea y saca un plato hondo de un morral. Se pone a preparar algo ahí dentro, y cuando lo pone frente a mí veo que en el plato hay una jeringa de *lady*. No es la mía, no es la que tenía preparada, pero es lo que había estado buscando todo este tiempo.

—Nomás que sepas que esto no te va a quitar el hambre. Solo te lo damos por caridad.

Me senté en un rincón del cuarto; yo nunca he sido pudoroso con estas cosas. Tomé la jeringa y me inyecté, sentía las venas tan apretadas que apenas podía clavar la aguja. Me costó trabajo hacerla entrar, como si mi piel fuera de caucho, o como si mis venas fueran demasiado estrechas para la aguja. Cuando por fin logré empujar la mezcla ahí dentro, supe que era la mejor heroína que había probado, aunque ni siquiera sentí el golpe. Solo se me quitó el hambre, y al mismo tiempo sentí sueño, como si me dieran algo que no me habían dado desde hace tiempo: permiso para descansar un rato.

—¿Con quién hablas? —pregunta el adolescente asustado, pero yo ya no escucho lo que ella contesta. Como en los viejos tiempos, mi mente se libera de este mundo y se aleja a vagar libremente. La heroína ya no tiene ningún efecto sobre mis sentidos, dentro de mí ya solo existe el hambre y el desasosiego. Ella había prendido un sahumero de hierbas que llenaba el cuarto lentamente de un humo espeso, y en el humo yo veía las formas de mis recuerdos.

Son recuerdos recientes, recuerdos de mí mismo vagando por el Zapotal. Es mi tiempo perdido. Veo multitudes de gente observándome desde los maizales, desde las casas abandonadas, susurrando entre ellos. Veo gente asomada por encima de las murallas de las haciendas, sus siluetas indistintas a lo lejos, conscientes de mi presencia, de que me estoy acercando y tarde o temprano llegaré a ellos. Veo un cuerpo tendido muy quieto en un catre, tan gris como el humo en el cual lo veo formarse, rodeado de presencias que susurran con preocupación. Soy yo, pero todo lo veo desde fuera, como en un sueño, o como un espectro. Siento los límites de una caja muy estrecha que desciende más allá de la costra de la tierra. Tiene forma de cuerpo humano, y de inmediato se disuelve en el humo. Solo quedan residuos, partículas que perduran flotando sin forma, y brotan del sahumero como una corriente de agua con forma de viento.

Todos estos son recuerdos del otro lado, cosas que no se puede recordar cuando se está vivo. Fue como si mis ojos se enfocaran y de pronto pudieran ver que en ese plato que me habían ofrecido no había más que un trago de leche. La sensación de tacto me volvía al cuerpo, y sentía que los harapos deshilachados que llevaba días puestos eran como una sombra, inmateriales, se desvanecían al tocarlos, y debajo de ellos, lo mismo pasaba con mi piel, con mi carne, incluso con mis entrañas flotantes, palpitantes, que se volvían translucidas hasta llegar a la transparencia, y solo el vago contorno de mi esqueleto quedaba sutilmente estampado en el tejido del aire.

Había muerto desde hacía tiempo. No sabía exactamente cuándo. Había estado dando tumbos, atormentando a los locales, sollozando y escribiendo notas desde la ultratumba. Las mismas cosas que había hecho en vida, había seguido haciéndolas después de morir. Incluso me había estado picando con algo que no podía ser más que chiva fantasma, y había estado fumando cigarros que solo podían ser cigarros fantasmas.

—¿Cuánto tiempo llevo muerto? —les pregunté en cuanto salí del sopor.

—Aquí en la tierra, van cinco meses —me dice ella—, llevas cinco meses dando tumbos y alaridos.

—No puedo llevar más de tres semanas aquí. No es posible.

—Fue hace casi medio año. Te sacaron al panteón, pero no quisiste estarte quieto. Luego te tuvieron que sacar de allá, de casa de don Tomás.

—Me aventaron a la calle. Me quitaron todo y me tiraron a la intemperie, a morirme.

—Ya estabas muerto —me dice—, hubo que quemar tu jeringa para que nadie se picara con ella. Por eso no la encuentras. Nosotros estábamos ahí, te fuimos a dejar al panteón con Tomás y don Rutilo, te dejamos tu cajita de hojalata, tu lápiz y tu cuaderno. Don Tomás hasta con unos cigarros te enterró. Y tú todavía andas de malagradecido, molestando, eso es lo que te pasa. No habíamos ni acabado de tapar el hoyo y ya andabas rondando por el pueblo.

—Rutilo —les digo—, ese pinche tira no ha hecho más que correrme de todos lados adonde voy a acurrucarme. Es su culpa que atormente al pueblo.

—Rutilo no es policía —me dice—, es el brujo. Solo él y yo, y los perros y quizás algunos niños, y algunos muertos pueden verte. El resto nomás oyen cómo chillas de dolor y pegas contra las ventanas, cómo arrastras los pies cuando vas y vienes. Te huelen, y sienten frío cuando te les acercas. La gente del pueblo le pagó a Rutilo para encaminarte, para ayudarte a descansar. Él mismo fue y acusó a Otilia Sierra hasta que ella le dio lo que te debía. Y solo así te logró sacar de casa de don Tomás.

Nada tiene sentido.

—¿Y tú? —le pregunto—. ¿Tú por qué me puedes ver?

Ella me miró fijamente y no dijo nada, pero dejó entrever que sobre su cuello y brazos se extendían cicatrices de quemaduras en forma de árbol que recorrían todo su cuerpo, y entendí que ella era igual a mí, o a lo que yo había sido; que ella había cruzado el umbral de la muerte también.

—Lo malo de vivir en un pueblo tan chico, y tan triste —me dice—, es que a veces hasta los muertos son mejor compañía. Por eso nos la pasamos aquí metidos, y allá en el cementerio, a ver con quién nos encontramos para platicar un rato.

Los hermanos alternaban su mirada perdida entre la flama de la vela, entre su hermana y ellos mismos, mientras que el adolescente se había acuclillado en un lugar alejado del círculo, con la cabeza entre las piernas. Así que estos son los famosos adoradores de la muerte de los que hablaba Rubí; una pequeña pandilla de chavos desahuciados que conducen sesiones espiritistas en las casas abandonadas del pueblo para no enloquecer de aburrimiento.

—Este chamaco también te ve —me dice la muchacha abrazando al niño de las lagañas, que no me ha quitado la vista de encima, y cuyo terror quizás no es aparente detrás de la hinchazón de sus ojos.

—¿Y eso?

Ella lo abraza y lo sacude ligeramente para que él responda. Él baja la cabeza y, con una voz entrecortada y llorosa, murmura:

—Es que me hicieron un reto los chavos del pueblo, y me puse lagañas de perro en los ojos. Que porque ves los muertos. Ahora dicen que estoy loco y me quieren encerrar en la casa de niños. Por eso me fui, me vine aquí, con ellos —dijo señalando a los demás muchachos.

—Por eso se le infectaron sus ojitos —me dice la niña, mientras le quita las lagañas y le acomoda el pelo en la cabeza.

Los observo unos instantes y no logro sentir más que una gran sensación de injusticia. Ya no

era yo más que un espectro hambriento vagando por el pueblo, rogando por lo único que creía que iba a saciar el hueco dentro de mí. Todos parecían saberlo menos yo. Ahí nació en mí un sentimiento nuevo, algo que nunca me había permitido sentir antes, algo así como una vaga pero penetrante sensación de vergüenza.

—¿Por qué nadie me dijo que ya estaba muerto?

La chica, enternecida, me soltó su mejor sonrisa.

—Amigo, eso no se hace. Es etiqueta, sencillamente. ¿Tú despertarías a un sonámbulo? No, mano, nomás lo tratas de recostar de nuevo. Intentas convencerlo de que se vaya a descansar...

—Ya, no se hagan —les dice el adolescente, aterrado—, ahí no hay nadie. ¿Con quién hablan?

Nadie le contestó. Intenté recordar cuándo fue que pude haberme pasado del otro lado. Es extraño migrar a otra tierra sin darse cuenta, pero yo ya llevaba tiempo haciendo este viaje, la ruta se había vuelto mi actividad cotidiana desde hacía tiempo. No es fácil determinar el momento exacto en el que crucé, porque pasé muy rápido de estar muerto en vida a estar en vida muerto, y mi experiencia no cambió tanto durante esa transición. Ambos lados de la frontera habían sido el mismo páramo desolado, extendiéndose a pérdida de vista. He pasado gran parte de mi existencia hambriento, miserable, ignorado por todos y con un cuerpo en estado de parcial descomposición. La muerte ha sido, de cierta manera, mi elemento, mi estado natural, desde hace mucho tiempo.

Hago el recuento de mi llegada al pueblo, de mis noches febriles alucinando en sueños de goma. Es como tratar de determinar en qué momento uno se durmió y empezó a soñar. ¿Cuándo fue que se volvieron las cosas distintas, carentes de color? ¿En qué momento se volvió un caos el tiempo, discontinuo, irregular, trabado en un ciclo recurrente? Eso ya me sucede desde hace mucho. Intento rememorar cuándo fue la última vez que comí, o que cagué, y fue hace tanto que ya no lo recuerdo. El hambre que siento ya no es por sustento, ni por chiva. Ya no sé de qué es esta hambre que sentimos los fantasmas.

Intento recordar en qué momento empecé a ver a los muertos, o ellos empezaron a verme a mí; en qué momento me quedé solo en este pueblo congelado en el tiempo, pero a los muertos los llevo cargando desde hace años, y siempre he estado solo. El tiempo siempre ha sido una tortura entre un *flash* y el siguiente. Trato de ordenar mis recuerdos, mi última noche de bar, el incidente en la granja de Antonio Sierra, mi marcha fúnebre en cueros bajo la lluvia, hasta ese arpón de *lady* que me había metido, justo antes de que me sacaran al panteón.

Ese piquete que había preparado con tanto esmero, con tanto amor, por el cual vagué por el pueblo durante tantos días. Con razón no lo encontraba, con razón estoy muerto: ese *shot*, parecía que sí me lo había chutado al final.

—Dicen que se siente mucha paz —suelta ella.

Aún me observa, hincada, desde un costado del círculo, su rostro tenuemente iluminado por la vela. El adolescente agacha la cabeza, no quiere enterarse de nada. Los gemelos siguen sin ponerme la mirada encima, ahora entiendo por qué. Ninguno de ellos tres me ve.

—No sentí nada —le digo—, pero hace mucho que ya no siento nada. Aun así, me da mucha pena haberme perdido ese instante en particular.

—¿No se aparecieron tus seres queridos para guiarte al otro lado?

Lo pensé. Todo era muy patético, en retrospectiva.

—Creo que mi perro lo intentó. Pero no le hice caso.

—¿Y la Virgen? —me dice—. ¿No viste a la Virgen? ¿No llegaron espíritus para llevarte a la

luz antes de que cayeras de vuelta aquí?

—No me acuerdo. Me desperté en el panteón. Como me corrieron de mi cuarto, busqué a Juan. Él me dijo que fuera al Cerro de las Ánimas, y de camino me los encontré a ustedes.

—Si viste al guardián de la puerta —me dice—, él te ofreció una entrada. ¿Por qué no la tomaste?

—Había que ir a un lugar muy lejos, y me dio miedo no llegar. Quería ver si conseguía un poco de *lady* para el camino.

Bajó la mirada y negó con la cabeza.

—Entonces tu alma sí está muy enferma.

Estuvimos en silencio un rato, sentados todos alrededor de la vela, con el humo del sahumerio llenando el cuarto. Me sentía como la víctima de una estafa, como esas veces que me vendían una grapa de canela en vez de chiva, un poco como se debió sentir toda esa gente a la que paraba en la calle y le pedía dinero. Sentía que me habían agarrado desprevenido, que no me habían explicado bien las reglas, que había zarpado el barco sin mí. Solo que esta vez lo que había perdido en un momento de distracción y estupidez, en un instante de miedo, no era un fajo de billetes ni una grapa de chiva, no era el kit con el arpón más dulce que había preparado, ni el amor de mi vida vuelta púrpura después de horas asfixiándose en su propio vómito; era mi vida entera, y con ella cualquier oportunidad de participar en la existencia terrenal.

—¿Eso que hay en el tazón qué es? —le pregunto.

—Una ofrenda, para calmar tu hambre un rato.

—Dame más. Solo un poco.

—No, yo ya no puedo hacer nada por ti. Si te vuelves a encontrar al guardián de la puerta, te sugiero que le aceptes la invitación.

El adolescente la miraba hablar con una mezcla de intriga y asombro, y cuando volvimos a caer en un silencio pesado que llenaba el cuarto, le preguntó:

—¿Qué tanto dice?

Hablaba de mí como si yo no estuviera ahí, pero dejó de respirar cuando la escuchó hablar. Ella sopesó sus palabras y, observándome a mí, le dijo:

—A veces la gente vive llena de deseos y no los pueden satisfacer con nada. Ni siquiera con la muerte se les quitan. Sus almas van por el mundo tratando de colmar el hambre que sienten, pero no pueden. Tienen panzas del tamaño de montañas, pero bocas chiquitas y estrechas como alfileres. Están condenados a sentir hambre para siempre. A este lo que se le hicieron chicas fueron las venas, al pobre. Anda viendo para dónde se va ahora, porque aquí..., aquí ya no puede estar.

El muchacho no quería creerlo, y como último recurso para luchar contra el miedo empezó a burlarse de ella. Le dijo que ella siempre había sido la loca, la rara del pueblo, que todos lo sabían desde que fue a abrazar el transformador de luz, después de que murieron sus hermanos en aquel accidente en el aserradero. Que a nadie le sorprendía que siguiera poniéndoles platos en la mesa a sus hermanos después de todo eso. Ahora, para mantener la cordura, el chico pensaba que la loca del pueblo nomás los quería asustar.

Los dos gemelos, ahí sentados, no abrían la boca. Resulta que ellos eran los hermanos muertos, y que iban por la muerte siguiendo a la hermana, mirando las velas, mirándose el uno al otro y a sí mismos, muy callados. No había entendido hasta entonces que ellos también pertenecían



a ese club selecto del que hablaba el Mike. Le pregunté a la chica por qué, si estaban muertos, yo los veía a ellos y ellos a mí no. Ella me dijo:

—Los muertos solo ven lo que les da su regalada gana.

Yo le contesté que eso era algo que los vivos hacían también.

## 16

¿Quién lo habría dicho? La muerte no es como yo pensaba que iba a ser. Muchos me lo habían advertido, que un día sin siquiera darme cuenta me despertaría muerto. Había venido al Zapotal para tomar esa decisión a conciencia, para ponerle fin a todo y que cuando sucediera no me pasara de largo, para alcanzar plenamente ese *flash* después del cual ya no habría nada más que paz. Ahora que veo las cosas tal y como son, sé que todo esto fue una trampa; la trampa que me puso la *lady* para que me quedara con ella. Eso que yo había sentido, ese *flash* de paz no era la muerte. No podía serlo, porque siempre había vuelto. De la muerte no se puede volver. Yo, de esta, no voy a volver jamás. De eso estoy seguro.

Si hubiera sabido que irme al otro lado iba a ser más de lo mismo, no solo esa noción me habría parecido insoportable, sino que de plano me habría quedado en la ciudad. Lástima que no existe heroína para el alma, y que mi cuerpo, que es el único que entiende a la *lady* ahora está varios metros bajo tierra, allá en el panteón. Me parece difícil, a estas alturas, recuperarlo. Lo que me desgarran por dentro es saber que me perdí el espectáculo principal, y ahora estoy empezando a preguntarme qué tantas otras cosas me habré perdido en la vida por estar quemando tiempo, tumbado en el *rush* con la *lady*.

Con razón todavía ando por ahí rondando, con razón sentía como si el vigor me regresara a las extremidades: este cuerpo que siento no es el cuerpo que me dieron al nacer. Lo voy creando yo mismo, con el rastro de conciencia que me queda. Lo creo a partir de lo que recuerdo que era habitar un cuerpo. Recuerdo la sensación agri dulce de la úlcera en mi estómago, la punzada de mis huesos encajándose contra mi carne, el ardor y la comezón generalizada de cada centímetro de mi piel. Me da una ilusión de solidez reconfortante, me ayuda a recordar cómo eran las cosas. Todo lo que he hecho hasta ahora ha sido como un intento inútil de rememorar lo que era estar en vida; por eso hasta hace poco seguía buscando tan desesperadamente a la *lady*. Nunca entendí lo que estaba pasando cuando estaba en vida. No tendría por qué sorprenderme que la muerte sea igual.

Tuve que salirme de la cabaña. El humo del sahumero me empezaba a sofocar; yo creo que por eso lo prendieron. Al irme me desearon buen camino. Buen camino adónde, pensé. Todavía queda un rastro de voluntad en mí, solo por eso sigo aquí. Aún tengo algo pendiente. Lo único que se ve en esta obscuridad son algunas ventanas de casas que parecen resplandecer por dentro. Me acerco, me asomo. Dan a lugares improbables; a cuartos, baños y pasillos. Estas aberturas por las cuales me asomo desde hace días son los espejos de las casas, y me voy moviendo a través de ellos. Son una de mis únicas ventanas al mundo de los vivos.

Las otras son las velas. A veces parece que estoy atravesando una gran extensión de vacío sin

forma ni presencias, sin estrellas en el cielo, y solo me guían diminutos destellos de luz en la oscuridad, que persigo a tientas hasta que se vuelven lo suficientemente grandes para ver que son velas prendidas. Se han vuelto los únicos puntos de referencia que tengo, y voy de una vela prendida a otra entre los vivos. A veces me encuentro a la gente dormida, otras veces a tipos bebiendo, o a una familia comiendo frijoles. Los escucho hablar de hambre y de males de amor. Problemas de vivos. Ninguno de ellos voltea a verme.

La iglesia y el panteón están llenos de velas y brillan por dentro, pero yo ahí no me acerco porque se oye como un ruido de tumulto. Deben estar llenos de muertos. Ya no sé ni siquiera lo que busco, pero sé que seguiré vagando, hambriento, buscándolo. No quiero vivir la existencia de un fantasma, fumar, comer y chutarme ofrenda hasta el final de los días de la tierra, o cuando la autoridad a cargo decida que estoy listo para ser absuelto. Sé que no puedo ir por el pueblo amenazando a la gente para que pongan tazones de leche en las entradas de sus casas si es que quieren pasar noches silenciosas, noches sin gritos y aullidos de enfermo. No quiero tener que someterme a exorcismos una y otra y otra vez hasta que me encierren en un frasco o algo. Quiero salir de aquí, quiero descansar.

Me angustia preguntarme cuánto tiempo tendré que estar vagando aquí, pero quizás tiene algo que ver con lo que me había propuesto desde un principio, con darle sentido a esta experiencia, aunque sea para mí y para nadie más. Quizás ese es el propósito de este cuaderno. Quizás este recuento que se hace antes de pasar el umbral no es algo que solamente me haya sucedido a mí, quizás esto es lo que los tibetanos llaman el *bardo*. Si lo es, no es para nada como yo me lo esperaba. Pensé que sería más... no sé. Más espectacular, quizás.

La Valerie estuvo un rato leyendo *El libro tibetano de los muertos* y me lo regaló en algún momento. Me dijo que lo leyera, aunque fuera una vez nada más, aunque no entendiera yo nada. Sí lo leí, me acuerdo, y no entendí nada. Según esto, era lo que veía uno cuando se muere. Ellos lo llaman así, el *bardo*. Dicen que ves desfilar tu vida, y se te aparecen unos monstruos con chingos de brazos y collares de cráneos, armados con filos, y luego luces y gente cogiendo. El libro decía que cuando se aparecieran los monstruos no había que tenerles miedo porque no son reales, solo están ahí para asustarte y que te distraigas, porque te tienes que estar bien pendiente de unas luces de colores que se aparecen entre los monstruos y la gente cogiendo, que son como vías exprés al otro lado.

Dicen que se aparece una luz blanca primero, y si agarras esa ya la armaste. Te vuelves un iluminado cósmico y vives para siempre en la luz resplandeciente del absoluto. Esa se me fue, evidentemente. Pero si se te va, aparecen otras luces, y puedes agarrar esas para volver a nacer. Yo no sé si quiero volver a nacer, me daría una pereza inconcebible nacer y volver a empezar, sobre todo porque sé que nacer se siente como si te acabaran de despertar de una sobredosis con naloxona y te diera el mono de inmediato. Sin embargo, vistas las circunstancias, me parece mejor opción nacer de una vez que la alternativa, que es quedarme vagando aquí. En fin, en ese libro lo describen todo muy espectacular. Nada que ver con lo que me ha estado sucediendo a mí. Quién lo habría pensado, que todos esos pinches tibetanos en bata nomás estaban diciendo pura estupidez.

Ya no tengo adónde ir, soy un alma sin rumbo, como un migrante que sabe que las cosas del otro lado son iguales, o peores. Antes por lo menos existía el calor constante de la carne palpitando sangre tenue y febrilmente, existían deseos que perseguir y sueños de goma, por lo menos eso lo mantenía a uno andando. Todavía vivía uno en el reino tangible y manipulable de la neuroquímica. Ya no hay química que alterar, ni estómago que llenar. Ya no sé qué es lo que toca

buscar ahora, qué es lo que toca añorar, desentrañar, resolver. Esos son placeres reservados para los vivos.

Antes por lo menos había sensaciones que venían de fuera, como el aire acariciándole a uno la piel; había luz del sol brillando sobre uno y sobre las cosas, y colores. No esto, no fragmentos de luz atrapados, y ecos rebotando sin rumbo en una cámara oscura, no estas impresiones residuales. Antes por lo menos había gente aquí, no esta soledad y desolación, podía uno ir al bar a que lo rodearan y lo sonsacaran para pegarse un tiro, y podía uno negarse. En la muerte estamos solos. Igual que en la vida, solo que en la muerte lo estamos un poco más. O, por lo menos, yo lo estoy.

Hace rato que voy recorriendo el camino que trae hasta acá. Toda una vida ahuyentando a la gente; lo único que me podía tocar volverme era un monstruo, o un espectro. Quién sabe adónde se fue mi mamá, adónde se fueron Mike y la Valerie y todos mis amigos, pero aquí no están. Por fin lo logré: me he quedado completamente solo. Ahora sí tengo tiempo para pensar en mi vida. Creo que eso es el infierno de verdad, sobre todo si viviste tu vida como yo viví la mía. Ojalá uno se diera más manera de consolarse en vida, de disfrutar el tiempo después de la muerte. Yo mis mejores momentos no los recuerdo, y lo que sí recuerdo me acecha y no me deja dormir. Hay algo en la vida que no permite que uno esté solo nunca; pero en la muerte no hay otra opción más que esa.

Lo único que me acompaña es la selva. Sigue dando flores, y a un lado del camino me encuentro frutos como manzanas rosadas, que a veces levanto, olfateo, y, preso de una extraña curiosidad, les doy mordidas, y mastico su carne seca y porosa que truena y rechina entre mis dientes y me sabe a tierra amarga. Todo me huele y me sabe a tierra desde hace días, es como si tuviera la nariz y la boca llenas de tierra. Sé que no voy a saciar el hambre con esta fruta, pero aun así masticarla y deglutirla dispara algo en mí. Es como si mi ser fuera un nudo de corrientes eléctricas sujetas por la memoria, un amasijo de recuerdos que se dispersan conforme los voy removiendo. Estar vivo es una relación muy estrecha con la materia. Todo lo que queda de mí está hecho de olvido, y quizás cuando incluso ese olvido haya terminado de disiparse, yo por fin pueda descansar.

La selva me observa, alta y oscura por todas direcciones como una pared viviente, un ente guardián encargado de mantenerme encerrado en los límites de su territorio. Sigue corriendo por ella el agua, escucho el sonido de sus riachuelos, a veces tengo la idea de arrodillarme a sus orillas y beber, pero sé que podría acabarme toda el agua del monte y no sería suficiente para saciar esta sed. Me pierdo en el laberinto de sus clareadas, sus rebordes y vericuetos, y deambulo, así como vi a tantos deambulando por aquí antes de mí. No quisiera cruzarme con nadie, si lo hiciera probablemente sería tan aterrador para mí como lo sería para ellos.

Hace poco me encontré a un pastor que se había dormido junto a una clareada. Todavía brillaba una aurora crepuscular, y me acerqué a él por la niebla, tan cerca que podía discernir la cadencia con la cual su vientre se contraía y expandía al compás de su respiración. Nunca he tenido suficiente ambición como para sentir envidia, pero creo que sentí por ese hombre algo parecido a la envidia. Hay algo envidiable en el estado transitorio de estar vivo, en el placer de poder saciar el hambre con comida, ahogar las penas con llanto y aguardiente, y descansar el cansancio que siente el cuerpo después de trabajar. Abandonar el cuerpo y dormir. Incluso el acto de respirar, que es como poder aliviar constantemente el sofoco que siente el cuerpo en su estado natural, me parece algo envidiable.

Creo que me acerqué demasiado y se despertó de sobresalto. Hasta me puso los ojos encima, pero enseguida volteó la mirada, se tranquilizó y se volvió a dormir. Cuando despierte no recordará siquiera haberme visto. En otros tiempos habría pensado que me estaba ignorando por ser un yonqui asqueroso, para que me alejara de él. Ahora sé que los vivos también ignoran a los muertos simplemente para que los dejen en paz. No lo hacen adrede, es un hábito que han aprendido para poder vivir sin sermones ni reclamos por parte de los difuntos. Ese pastor no me puede ver. Solo los perros me ven ahora. No sé si me siguieron del pueblo o encontraron mi rastro después. Me ayudaron a bajar del cerro, me llevaron de vuelta al pueblo.

—Muertito —me dicen con sus sonrisas de perro—, ¿pa' dónde ahora?

Y yo les contesto:

—A un lugar donde se pueda dormir.

Ellos me convencieron de que viniera de vuelta al panteón. Llevo mucho tiempo aquí tirado debajo de mi árbol. En fin, del árbol bajo el cual me enterraron, que no puedo llamar mío porque somos muchos aquí. Llevo rato aquí acostado muy quieto, viendo a ver si de algo sirve, pero una cosa es segura: ya no me es posible dormir. El sueño es para el cuerpo, no para el alma, y enterrado aquí, a algunos metros debajo de mí, estoy seguro de que mi cuerpo sí descansa; pero para mí la muerte es un largo insomnio en el cual a veces pierdo el conocimiento, y cuando regreso sé que todo este tiempo he estado merodeando sin rumbo ni sentido ni saber exactamente qué es lo que estoy buscando ahora.

No sé cuánto tiempo llevo aquí, en este lugar nunca acaba de hacerse de día. No me gusta el panteón porque es ruidoso; cuando clarea vienen los vivos a lamentarse y en la noche, que es casi siempre, parece un salón de fiestas. Salen los muertos a socializar, y los que no lo hacen para quejarse, parece que disfrutan estar atorados aquí, e ir asustando a niños e inquietando mulas, embrujando a la gente y los lugares. Son como el buen Chachi, ya hicieron su hogar en el limbo, a mitad de camino hacia la tierra a la cual querían llegar en un principio.

Cuando se me acercan los muertos les gruño, les digo que me dejen en paz, que me dejen escribir, que de todas formas yo no soy de aquí, solo estoy de paso. Así como le hice siempre. Percibo en sus reacciones que para ellos soy como un novato en la cárcel, se ríen porque pienso que pronto me van a dejar salir, pero no imagino lo que me espera. Me dicen que este es un lugar triste y solitario, que me acerque a platicar. Cuando seguía vivo y me quería tirar a descansar, tampoco en ese entonces me dejaban tranquilo, desde entonces ya eran cuchicheos, ajeteos, encomiendas. Resignarme a la existencia de los muertos me parece un fracaso. Fue lo que hice en vida, y me queda claro que hay algo en ese método que nunca funcionó del todo.

He tenido mucho tiempo para pensar aquí tirado. Ya no siento el deseo de perseguir a la *lady*, o quizás sí, pero sé que no tiene utilidad. Quién habría pensado que era tan fácil rehabilitarse; solo había que morirse, y ya. Tampoco rehabilitarse es como yo pensé que sería. A mí ya me habían dicho que cuando dejas la *lady* se redescubren todos los placeres diminutos de la vida que habías olvidado, y de los que está hecho todo. Ahora estoy condenado a vivírmela aquí tumbado recordando con nostalgia los placeres sencillos de la vida, como dormir, comer y coger. Es absurdo, esto de retomarle gusto a la vida, y por fin entenderla, cuando uno ya está muerto. Dicen que les sucede a los demás también, que uno solo entiende la vida cuando ya está demasiado viejo para vivirla. Eso dicen, pero no lo sé, nunca lo sabré porque no llegué a viejo, y nunca entendí nada de la vida tampoco.

Ahora mismo mi carroña perpetúa el equilibrio de las cosas. Quizás por eso siento hormigas en

la piel y gusanos en las tripas desde hace días. Me da cierto orgullo pensarlo: ahora sí podría decir que logré mi cometido, que dejé atrás las ataduras de la carne y los asuntos terrenales. Ahora sí puedo decir que soy un ser hecho solamente de espíritu, y que las cosas de este mundo ya no me atañen, que ya no son lo mío. Pero tendría que admitir que las extraño constantemente.

Tendría que admitir que este no es el final en halo de luz deslumbrante que me esperaba. No es algo de lo que presumiría orgulloso ante los que se quedaron atrás. Si los viera, quizás intentaría advertírsele. Es posible que muchos hayan intentado advertírmelo a mí, como el buen Mike. Uno no escucha, piensa que tiene el cerebro ulcerado por la droga, piensa que está uno delirando, y todo eso es cierto, pero haría uno bien en escuchar las advertencias de todas formas. Parece que te están diciendo: «No vengas acá, cabrón, está de la verga aquí, quédate y disfruta tu vida, que tienes suerte de aún tenerla.» Pero ahí va uno de necio. Lo que pasa es que uno nunca aprende con advertencias, uno aprende dándose trastazos.

Si hubiera pensado en esto antes, quizás habría hecho las cosas de otra manera, aunque es posible que no, que las habría hecho exactamente igual. No me gusta que me llamen cobarde, porque se necesitan muchos huevos para hacer lo que hice. Pero ¿a quién engaño? Estoy aterrado. La idea de existir de esta forma me aterra. No sé si lo que me asusta es la idea de eternidad, o si es pensar que todo podría quedarse así, estático, que nunca nada cambie, y todo permanezca tal y como era cuando estaba en vida. Eso suena peor que cualquier infierno que me hayan descrito. La materia tiene la ventaja de ser transitoria, de estar en flujo y transformación constante. Los placeres no duran mucho, pero los males terminan por pasar también. El espíritu no tiene esa ventaja. Aquí, el tiempo es insignificante. El tiempo es una herramienta para los vivos. Aquí, en este plano en el que me encuentro, se inventó la cadena perpetua. Aun si llego a salir algún día, cada segundo aquí se siente como una eternidad.

## 17

Estuve en El Rincón de Juan para ver si ya había logrado abrir, pero el candado seguía puesto sobre la entrada, y por más que lo busqué, por más que lo sigo esperando, el guardián de la puerta no aparece. Así que me paseo por el pueblo, como lo hice en el pasado, y observo a los vivos, y cuando llevo tiempo deambulando y ya importuno, los perros me traen de vuelta al panteón.

Hace poco vi a una mujer bañándose en el río. Me quedé observándola un rato, no tanto con lujuria, sino más bien como uno escucha una canción triste que le recuerda a algún tiempo lejano y hermoso que no disfrutó en su momento y se ha ido para siempre. Y la canción también va a terminarse pronto. En el bosque donde nadie podía verlos, ella se encontraba con su amante para hacer el amor. Era un amor hecho con furia, como si estuvieran dejando la vida en eso, porque lo hacían. En la soledad y desolación del pueblo, eran quizás los únicos seres que podían amarse así. E intentaban morir se haciéndolo. Los vivos hacen alquimia con su deseo, casi siempre por accidente, y es un espectáculo conmovedor e inquietante. Crean vidas como la nuestra, como la mía, que empiezan y se acaban sin que realmente entendamos qué fue lo que nos sucedió; y fue esto, esto fue lo que nos sucedió.

Yo sabía que estaba presenciando el momento de la concepción de un ente: el producto de un accidente hecho de la pasión de dos seres. Para esa entidad, esta escena no dejará nunca de ser un misterio, algo sucedido en una prehistoria que estará por siempre más allá del alcance de su memoria. Los veía morderse y rasguñarse como si quisieran arrancarse la piel, devorarse el uno al otro, como si quisieran matarse; pero se estaban dando vida. Desde afuera no parecía haber ninguna diferencia; la intensidad del acto era la misma. Los veía y sentía en las tripas la añoranza, la nostalgia de estar vivo.

Me pregunto si los vivos saben que los observamos. Me pregunto si se imaginan que la mayor parte de lo que hacemos los muertos lo hacemos sin pasión alguna, más bien por rutina, por costumbre y por aburrimiento, simplemente porque hay tiempo. No lo creo, no creo que lo entiendan, yo nunca me detuve a pensarlo. Entrar en contacto con nosotros inquieta y alborota a los vivos, prefieren no saber que existimos, pero eso nos permite observarlos sin interferir, y sin que ellos cambien su comportamiento por el hecho de que estamos ahí.

La existencia mundana de los vivos es una comedia de errores garrafales, y un entretenimiento de primera clase para los muertos. Quizás ese es su verdadero propósito. Terminas dándote cuenta de que, al fin y al cabo, no lo hiciste tan mal. Hay gente que sacrifica todo lo que ama, y lucha la vida entera por cosas mucho menos satisfactorias que un *shot de lady*. Hay quienes dejan pasar su vida entera sin sacar el pie a la calle y emprender una sola búsqueda con la importancia que tenía para mí armarle su chiva a la Valerie. Algunos nunca llegan a perder a amigos como los que perdí

yo, como el Mike y el Jairo, como Elisa y Romuel, y Úrsula y la Valerie, y a tantos más, porque nunca los tuvieron, porque no saben lo que es estar en la trinchera con tus amigos, hambreándote con ellos y viéndolos caer como moscas bajo el sol, cuidarse las malillas unos a otros y preparar caldos de tuétano de desayuno para aguantar, para no secarse por dentro. Ellos no saben lo que es eso. Viven sus vidas tristes, y solos, más tristes y solos que yo. A mí me toca quedarme aquí y hacer penitencia por todos, pero lo entiendo, lo acepto. No es tan malo, al final, porque puedo encontrarle un poco de sentido a todo esto, aunque sea un poco, aunque sea solamente para mí.

Quisiera contarles todo esto a mis amigos, pero no logro quitarme esta sensación de ser el niño reprobado, el último de la clase. Acabas entendiendo que la vida en realidad es muy parecida a una clínica de rehabilitación, y el hecho de haber durado en ella más tiempo que tus compas solo quiere decir que tú eras el más jodido de todos, el que más necesitaba la lección. Si me encontrara con ellos, con mi Valerie, no podría evitar sentirme avergonzado. Qué bueno que el cielo es un mito, que no hay lugar en el que uno se reúne con sus muertos. Creo que para mí ese lugar sería un infierno; quizás ese lugar existe pero no es para mí. Prefiero vagar aquí sin rumbo y no tener que darle la cara a nadie.

Creo que sí tuve la esperanza, en algún momento, de volver a ver a la Valerie, pero quizás es mejor así. Sería un poco ridículo disculparme con ella a estas alturas. Creo que se reiría de mí. Tendría que admitir que se nos fue la oportunidad porque me distraje, no solo un instante, sino años enteros. Tendría que decirle que, ahora que ya es tarde y nuestros cuerpos están demasiado polvorientos para amarse, estoy empezando a recobrar una especie de lucidez. Y recuerdo la última cita que tuve con mi señora.

En ese entonces Valerie ya se había vuelto como un cascarón vacío, su mirada ya no se enfocaba en nada. La última vez que vi un destello en sus ojos fue el día que me jaló hacia ella y me habló al oído, y me pidió que tuviéramos una última cita. Que nos preparáramos un arpón y ya no nos levantáramos nunca más. Llevábamos tanto tiempo enganchados en esto que yo ya lo único que quería era verla soltar. Le dije que sí, que me parecía una excelente idea, que todo lo que quisiera mi reina adorada.

Creo que por eso se me olvidan las cosas. Porque si las recordara, tendría que reconocer que preparé mi arpón sabiendo que la llevaría hasta la entrada nada más. Tendría que admitir que yo sé de estas cosas; yo sabía que mientras Val se asfixiaba yo estaría inmerso en la más profunda dormilona, y no me enteraría cuando por fin diera el paso. Que por eso no me gusta que me llamen cobarde. No me arrepiento de muchas cosas, pero me arrepiento de eso. Nos habríamos podido ir de la mano y quizás yo habría podido evitar todo lo que me sucedió después.

No sé qué fue a lo que me aferré tan fuerte, si nunca tuve nada, solo deseo. Siempre creí que yo no me aferraba, creí que mi deseo era lo primero que había muerto, cuando en realidad siempre fue lo más poderoso, y lo único que queda de mí ahora. Ahora que ya hasta eso se removió en la ultratumba de mi conciencia, quizás poco a poco me desvanezca hasta desaparecer, pero lo dudo. Hay algo en todos nosotros que no desaparece. Ahora entiendo por qué quería mi Val que leyera *El libro de los muertos*. Van cayendo las máscaras, y los monstruos en la penumbra dejan de ser amenazantes. Me pregunto qué sucede ahora, si la efervescencia del deseo se va disipando por sí sola, o si hay manera de llegar de vuelta a lo que alguna vez fue el tiempo terrenal. Quisiera tener un cuerpo para hacer el amor, para hacer algo con este deseo que traigo cargando.

Menos mal que tengo a los vivos para hacerme reír un rato. Los muertos solo cargan con hambre y penas. Son pocos, realmente, los que vivieron para estar muertos, pero los vivos son



exuberantes, corren y se agitan, gimen y se retuercen, su inocencia y la importancia que le dan a las cosas da ternura. Te dan ganas de decirles: «Ya, chiquita, cálmate, ¿por qué vas tan agitada por la vida? Relájate, échate un *shot* de *lady*, para que veas que nada de eso importa...» Pero, pues, ¿quién es uno para dar consejos? Ni que a uno le hubiera salido nada bien. Es mejor no abrir la boca, uno que al fin y al cabo ya no es sino puro silencio, y que ya tiene la ventaja de no estar involucrado en nada, o casi nada.

## 18

A veces todavía siento que juego un papel en todo esto. Siento que no es solamente por mí, que soy parte de algo más, que quizás vine y sigo aquí porque alguna gente tenía que encontrarse conmigo. Ya me han visto varios. No sé exactamente qué es lo que ven, pero, a juzgar por sus reacciones, debo ser todavía más aterrador ahora de lo que fui en vida. La gente te grita versos de la Biblia y se van corriendo. O te avientan sal. Otros van y te organizan un exorcismo y todo el desmadre, y uno se presta para esas cosas, cómo no. Si funciona, ¿por qué no? Pero nunca funciona. Llega el buen Rutilo y arma todo su tinglado, prende sahumerios y recita sus cantos, te echan humo y te exhortan y la chingada, pero no sirve para un carajo.

—Ya les dije que si pudiera me habría ido hace rato, chingaos. Yo estoy atorado aquí con ustedes, igual que ustedes conmigo.

Algunos nunca se reponen. No sé por qué algunos me ven y la mayoría no. No creo tener ninguna participación en el fenómeno. Quién sabe por qué les tocó a ellos llevarse ese susto y no a otros, por qué les tocó a ellos y no a otros encontrarse con un espectro hambriento y esquelético hecho de pura piel volteada y tripas flotantes en medio del bosque o en las calles oscuras del pueblo a media noche; toparse cara a cara con este ser espantoso y hediondo que actúa con timidez, con pudor y recelo, e intenta evitarlos a pesar de la curiosidad que sienten por él. Tienen que saber que estoy muerto; en vida nunca nadie se interesó en mí, ni me buscó así. A veces pienso que todo esto quizás tiene que ver más con ellos que conmigo. Quizás el mundo es un poco como un espejo, y a ellos les tocaba verme porque ellos también son seres hambrientos que van por la vida quejándose de dolor y malestar. Quizás yo soy algo así como una advertencia.

Eso me ha tenido pensando un rato, porque sí siento que soy parecido a cada uno de los muertos que vi, o a la mayoría de los que recuerdo. Soy igual a esa niña que va por ahí, llorando porque se le perdió su perro, o a Antonio Sierra, tratando de enmendar con su mujer después de muerto. Soy igual a aquel borrachín que me pedía una moneda para tomarse un trago; yo también estoy sediento. No estoy diciendo que ninguno de ellos haya existido, porque sí existen, o existieron, al igual que yo. Yo existí. No creo haberlos alucinado, aun si la realidad y mis sueños de goma son indistinguibles y esos fantasmas han podido ser productos de la esquizofrenia que nos da a los adictos cuando la química cerebral se nos va al carajo; aun así, no creo haberlos alucinado, así como yo no creo ser la alucinación de nadie más. Aunque, de cierta manera, lo soy. Es mi única forma actual de existir: como una visión espectral que se pasea sin rumbo, y que algunos pueden ver y otros no.

Me cuesta más que nunca distinguir entre lo que es real y lo que solo es un delirio mío, pero eso me sucede desde hace tanto tiempo, que he llegado a pensar que quizás no hay ninguna

diferencia; quizás son la misma cosa, y forman parte de una única experiencia que trasciende la vida y la muerte, el sueño y el despertar. Eso querría decir que aquellos tibetanos en bata no estaban diciendo puras chingaderas. Aquí en el *bardo* uno sí se encuentra con toda clase de seres que le permiten a uno, o no, el paso por el inframundo hacia la luz, y la única manera de pasar la puerta es saber que nada de esto es real. Son proyecciones sobre un telón, pruebas para distraerte y mantenerte atado al bucle laberíntico de tu propia mente, de tus hábitos y los deseos que alimentaste hasta que se volvieron tan fuertes que lograron sobrevivir a tu existencia terrenal, que lograron sobrevivirte a ti.

Este pueblo, el Zapotal, no es sino el reflejo de la soledad y desolación que me habitan. Por eso llegué aquí. Quizás nunca dejé la ciudad, quizás morí allá en mi catre y toda la travesía por este pueblo desolado ha sido el *bardo*, un recorrido por el vigésimo cuarto círculo del infierno; qué sé yo. Vida y muerte son un continuo único, dos caras de la misma moneda. Yo mismo no sé si en mi estado actual soy real o un rastro de recuerdos atorado en el éter; no sé si es que el mundo entero no son más que espectáculos de luz, ilusiones. En vida tampoco supe nunca si los fantasmas eran reales, si los espíritus y los demonios vagaban por el mundo; nunca tuve pruebas, nunca tuve certeza. Ahora no estoy seguro de que los vivos existan tampoco.

A veces siento que me entra la dormilona mientras escribo. Siento que clarea y el calor de un astro sobre el recuerdo de mi piel me arrulla y me adormece, pero cuando levanto la vista lo único que encuentro es el mismo cielo cubierto, gris y sin estrellas que lleva días suspendido por encima de mi cabeza. Siento que caigo en algo parecido a un sopor, y solo salgo de él cuando oigo que los perros me vienen a buscar, que rascan a mi tumba y me incitan a levantarme. Así que me levanto, y me paseo por el pueblo, dejo el territorio reconfortante del panteón y salgo a buscar esa luz, ese calor, salgo a buscar y a añorar, como siempre lo he hecho.

Voy buscando el rastro de lo cálido y lo dulce. La muerte no nos pide que avancemos, nos pide que hagamos retroceso, hasta llegar al origen de todas las cosas. Rondé por mis lugares conocidos, por el árbol debajo del cual quedará enterrado mi cuerpo para siempre, por las calles del Zapotal y los alrededores de El Rincón de Juan, hasta que mis pasos me llevaron de vuelta al cuarto de don Tomás y a aquel rincón, el más cálido que había encontrado en todo este lugar, y me puse a buscar el tabique flojo en la pared de concreto, ese que el Mike había quitado alguna vez antes de inmiscuirse por una grieta.

He estado removiendo aquí un buen rato, en este cuarto en el cual pasé mis primeros días en el pueblo, y que ahora está terminado de construir, pintado y amueblado, aunque nunca he visto a los inquilinos que lo habitan. Estoy seguro de que ellos sí me escuchan a mí, aquí, rascando los intersticios entre los ladrillos, pero por fin he logrado zafar el tabique y echar un vistazo a lo que me espera detrás.

Del otro lado de la pared se asoma una obscuridad espesa, como un umbral a la nada. Es ese lugar que existe detrás de las paredes, de cada puerta cerrada, de las tuberías que no llevan a ningún lado; una ausencia de lugar. Hacia allá me dirijo, no hay adónde huir. Solo me detiene esta sensación, como un grito atragantado. Es el miedo, el terror profundo que nunca me permití sentir, y del cual me refugié en el sopor y el aturdimiento. Los perros huelen ese miedo y me incitan a seguir; a mí me aterra porque un lugar, así sea un lugar oscuro y desolado como el Zapotal, es mejor que no tener ningún lugar en absoluto.

—¿Pues a qué le tienes miedo, Muertito, si ya lo peor pasó? —me dicen.

—Ni que la fueras a pelar dos veces, ¿o qué?

Los perros tienen razón, ya no hay nada a que temer. Ya no hay vida, ya lo peor pasó: llegué aquí, y aquí estoy. El miedo se disipa junto con mi cuerpo en descomposición. Yo ya no soy ese cuerpo, ya no soy estos achaques y dolores; todo eso ya es parte del panorama. La soledad y el aburrimiento ya no son míos, sino del Zapotal. Pobre pueblo perdido, embrujado. Cómo le agradezco todo lo que ha hecho por mí. Ya hasta eso se está desprendiendo.

Sé que voy a desaparecer, que incluso mi rastro etéreo va a desaparecer del pueblo, y la gente no preguntará demasiadas veces que le pasó a aquel Muertito que andaba rondando por ahí antes de olvidarme. Me pregunto qué pasa cuando te olvidan por completo, si es posible adentrarse tanto en la obscuridad que todas las cosas desaparezcan, incluyéndome a mí y este rastro de conciencia que insiste en aferrarse al mundo. Yo nunca había pensado tanto en mis amigos como ahora, siento que quizás yo también llegue pronto al lugar adonde llegan toda la gente y las cosas que se pierden y se olvidan.

Pensé que sería más fácil adentrarse en el vacío; pero ya llevo rato aquí sentado en el rincón, juntando el coraje. Espero que pronto se disipe esta sensación de frío. Sé que allá no hay vuelta atrás, no hay *lady*, no hay ningún calor, no para mí. Cuando me asomo por el hueco entre los tabiques veo como sangre que se mezcla ahí dentro, tan oscura que se asemeja a esa materia espesa que llena el universo. Veo movimiento en esa obscuridad, como si detrás transluciera una danza endiablada. Es como una espiral que me atrae, me provoca una fascinación tal que cuando miro hacia atrás ya estoy muy adentrado en el laberinto, y el cuarto de don Tomás está muy lejos de aquí. Lo dejé atrás hace tiempo.

Dentro de la obscuridad hay un camino, como un túnel, y conforme me adentro en él siento que estoy recuperando la vista. Mis sentidos se están despertando, mi mente se libera de sus ataduras y se suelta a divagar. Voy por el camino perdiendo y recobrando conciencia; los perros vienen conmigo y me llaman de vuelta cuando pierdo el hilo, no me dejan distraerme. Me adentro a tientas en la obscuridad detrás de los muros, como si para encontrar mi hogar tuviera que hacer marcha atrás, hacia adentro de mí mismo, en vez de intentar salir del pueblo. Labrada en la piedra encuentro una escalera en espiral que desciende al subsuelo, y bajo uno por uno los escalones fríos con olor a polvo que me recuerdan algo muy viejo, como la infancia. Trato de discernir qué es aquello que veo en la obscuridad, ese patrón dinámico, como estática en una pantalla, y sé lo que es. Es una parvada de pájaros, una entidad gigantesca ondulando con el viento.

Aquí abajo hay cuevas frescas, un lugar escondido en las profundidades, mucho más vasto que la superficie, y creo recordar que en sus grietas y resquicios residen formas de vida extrañas que se esconden de lo que hay arriba. Este es el lugar más profundo y más secreto, y sé que solo veré este sitio una vez; aquel que vuelva aquí ya no seré yo. Aquí están los cimientos, lo más enterrado a lo que puedo llegar en esta travesía. Nada desaparece, aunque se olvide; ni siquiera yo. Todo acaba aquí, en el subsuelo.

Tengo la sensación de ya haber caminado por estos rumbos antes. Quizás fue en algún sueño de goma. Me siento envuelto por un manto terráqueo que me acoge y me protege de la intemperie que me espera allá afuera. Este es el origen de todas las cosas, el camino a casa, un universo cavernoso y uterino que me recoge como ya lo ha hecho antes, alguna vez. Es como si regresara sobre mis pasos para alcanzar un lugar que conozco, y comienzo a sentir una oleada de emoción, como un aletear parpadeante en el vientre.

Este cosquilleo que siento es muy parecido a ser un niño, a estar enamorado. Es tan intenso que por momentos quiero que se acabe, pero cuando me pregunto qué quedaría en su lugar, sé que

no hay nada antes o después de esto. Esto es lo que hay. Solo queda seguir hacia adelante, dar, dar. Uno intenta dar de sí y entiende que no es nada. Al no ser nada, solo deseo volverme algo, y de esa manera quizás vivo, quizás soy, aunque sea un poco. Sigo mi procesión por los vestigios de la memoria a través de una obscuridad sin forma, siento que refresca a mi alrededor, por primera vez en mucho tiempo.

No es luz lo que distingo al final de la cueva, sino otra forma de obscuridad, más íntima, más poblada. Me estuvieron siguiendo los perros por los túneles, y siguen ahí cuando llegamos a la boca de la cueva. Ahora que los veo con más claridad me parece que sus rasgos se vuelven cada vez más humanos, no sé en qué momento se volvieron así, o si ya eran así antes, como hombres lobo, licántropos parlanchines que guían mis pasos bajo el dosel, hacia una maleza tan tupida que parece impenetrable. Estamos tan adentro de la selva que si pierdo a los perros sé que no podré volver nunca.

Como no tengo rumbo, los sigo; ellos se adentran en la manigua y yo no puedo más que seguirlos por la penumbra. El cansancio en los huesos ya no me detiene, me acerco a ese lugar conocido, cálido y reconfortante. Estoy llegando a mi hogar. Esta exuberancia que siento en las tripas, en los miembros, en los dedos, esta sensación que conozco tan íntimamente es como el mono que se levanta, es como la *lady* que viene a visitarme.

No sé de dónde viene esta sensación, porque nunca en la vida tuve un hogar como este, pero al ver las paredes rosadas y cuarteadas de las haciendas levantándose frente a nosotros como vestigios de otra era, sé que no hay otro lugar para mí. De ahí soy, de ahí vengo. Ahí me quiero quedar para siempre. Se escucha un murmullo que viene de adentro, una gran asamblea, como una celebración, y para cuando llegamos a las puertas monumentales de madera corroída, los perros ya no son perros sino personas, dos chavos del pueblo.

—¿Ya agarraste la onda, Muertito? —me dice uno de ellos—. No te nos pierdas, que esta es importante. ¿Tienes con qué pagar el paso?

Yo, muy confiado, les ofrecí los aretes de plata con esmeraldas, pero ellos los observaron con desdén, se los guardaron en los bolsillos y me dijeron:

—Esto aquí no vale nada. Para entrar tienes que entregar lo que más quieres en el mundo.

Esta es la tragedia de morir sin entierro, que nadie ve por uno, por el camino que le espera a uno después. Uno no piensa en estas cosas hasta que es demasiado tarde. Me habrían podido enterrar con mi mascota, o mi esclavo máspreciado o, en su ausencia, quizás sencillamente con mi chamarra de cuero, o algún juguete que atesoré de niño; quizás con la foto de mi amada, o un par de monedas de plata. Hasta una triste flor me habría servido ahorita, pero ni eso me dieron. Los cigarros que me ofrendaron me los fumé. Busco en mis bolsillos y lo único que encuentro es la cajita de hojalata con el kit adentro: la pipa de opio, una vieja cuchara ennegrecida, una jeringa sucia, y párale de contar. Se la tiendo a los chavos. Uno de ellos la toma, la voltea con curiosidad y la agita; escucha el golpeteo metálico dentro de la lata. La abre y observa su contenido, se lo muestra al otro chavo. Juntos toman un momento para sopesar su valor, y uno de ellos me dice:

—Ya estás. Con esto la armas.

Yo siempre supe que cargaría con esa lata hasta las puertas del inframundo. Ya se abría el pórtico de la entrada, ya sentía el sudor frío y el picor en las piernas, los brazos, el cuello, el *rush* inminente. Me detuvieron, dijeron que para entrar tenía que entregar todo, todo lo que tenía, hasta lo último. Les pedí que entonces me dejaran sentarme un ratito en la entrada y terminar lo que tenía pendiente.

Ahí me senté, al pie de las puertas de la hacienda, para acabar de relatar lo que me había sucedido todo este tiempo errando por el limbo. Creo que ya terminé, creo que le saqué un poco de sentido, de provecho a todo esto. Creo que logré hacer algo constructivo. Si vuelvo a nacer haré las cosas de otra manera, creo, aunque puede que las haga exactamente igual. Quizás después de nacer solo nos espera lo mismo que al morir: vagar por el mundo añorando y desentrañando, e intentar encontrar la dicha con nuestra señora. Espero que no; espero que la vida guarde sorpresas, así como las tuvo la muerte. No lo sé, me cuesta cada vez más trabajo recordar lo que era estar vivo, quizás pronto se me olvide del todo. De todas formas, no quiero volver a nacer. Este es el final del camino para mí; allí adentro brilla una luz cálida que me llama a reunirme con ella.

No sé aún lo que me espera de ese lado. Quizás allá esté el gran picadero, ese lugar al que llegan todos los que se han perdido, o despierte al sonido de mi propio llanto, cubierto de sangre y vómito, rodeado de médicos y gente en pánico que me dan de cachetadas y me obligan a respirar. Este síndrome de abstinencia que siento, esta nostalgia al útero materno, como una enfermedad, debe ser a lo que la gente se refiere cuando hablan de «vida». Ya me están dando a la luz. Voy a entregar el equipo; el cuaderno, y mi lápiz también, y voy a regresar a casa. Voy de vuelta a mi hogar, a conocer a la que siempre fue mi madre. Se oye un tumulto ahí adentro, un ir y venir de pasos y movimiento, de gritos y cuchicheos que me llaman, un *tum-tu-tum-tu-tum* como los tambores de una gran celebración. Allá recuerdan mi nombre. Voy a encontrar las caras de mis amigos entre la multitud, a reunirme al fin con mi señora.

Tengo cita con la *Lady*, y no me la quiero perder por nada del mundo.